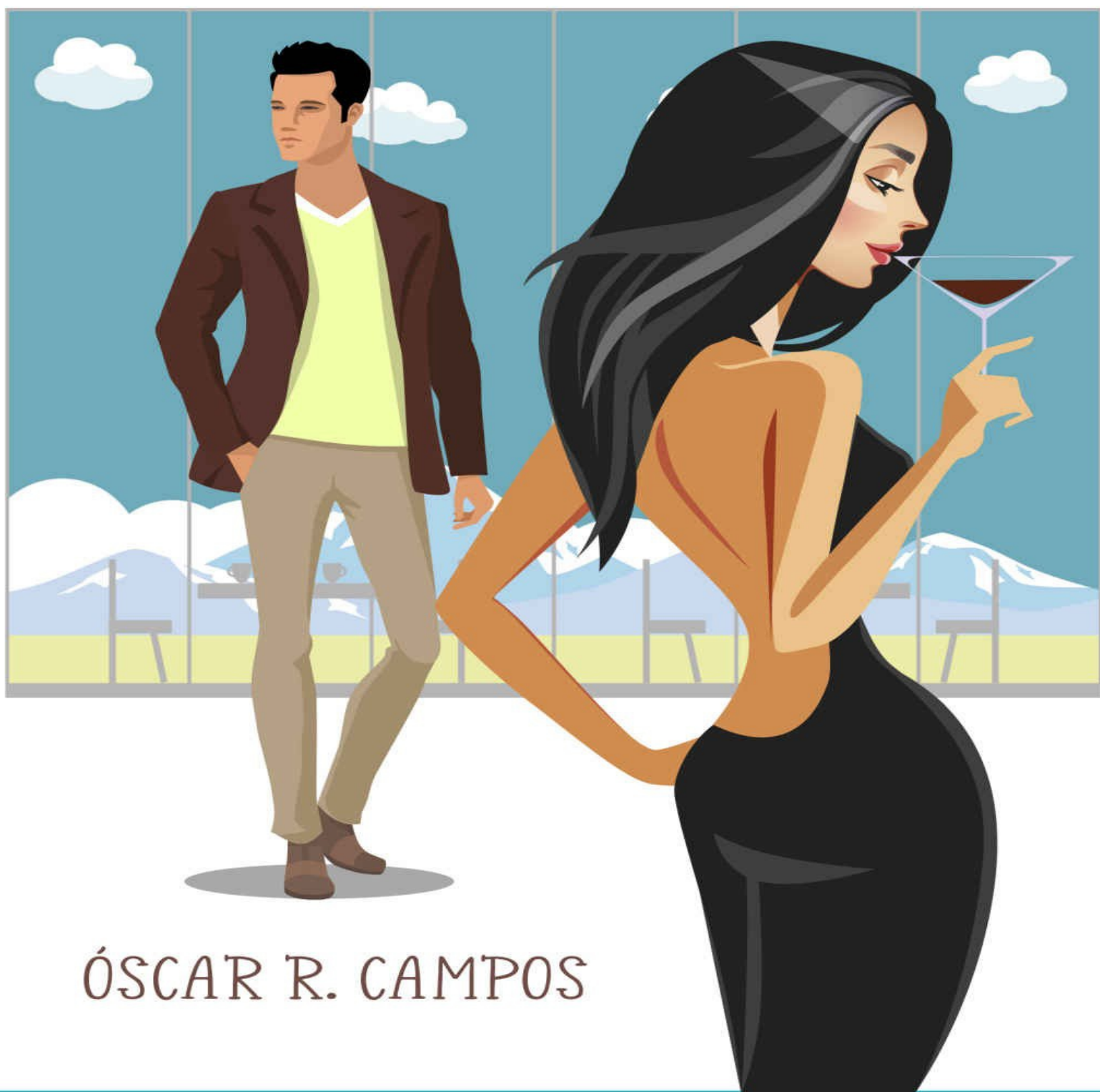


# *Olivia*

## Y LOS HOMBRES



ÓSCAR R. CAMPOS

**OLIVIA  
Y  
LOS  
HOMBRES**

**ÓSCAR R. CAMPOS**

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN KDP: 9798644290703.

Copyright © Del texto: Oscar R. Campos, 2020.

Copyright © De la portada: Nerea Pérez Expósito ([www.imagina-designs.com](http://www.imagina-designs.com)).

*A la mujer de mi vida.*

EL FIN DE SEMANA DEL AMOR  
MI MADRE Y OTROS MONSTRUOS  
DON CULO BONITO  
UN DIOS PARA MÍ SOLITA  
MI NOVIO IDEAL  
UN EMPOTRAMIENTO FRUSTRADO  
EL PUÑETERO *BRUNCH*  
LOS SABIOS CONSEJOS DE MAMÁ  
BRUNO Y LA FELICIDAD  
UN BUEN CHICO  
LA ADOLESCENTE QUE HAY EN MÍ  
SÍ, QUIERO  
SALTAR AL ABISMO  
LA DECISIÓN  
Y LA VERDAD ME HIZO LIBRE  
SIN MIEDO  
FIN

## El fin de semana del amor

Cuando abrí los ojos, aún afectada por la falta de sueño y con los efectos de la botella de vino que había bebido la noche anterior revoloteando sobre mi cabeza, me pregunté quién estaba cantando una conocida melodía en el baño. Tenía recuerdos difusos de la noche anterior y desconocer la identidad de mi invitado me supuso una cuestión moral que, por supuesto, enseguida deslicé de mi mente. Eso podía esperar, porque el que estuviera bajo la ducha saldría tarde o temprano. En ese momento, lo único que quería era un café tan negro como mi humor.

Me levanté de la cama y, al pasar junto a la puerta del baño, ésta se abrió y vi aparecer a un hombre alto, muy atractivo y con un marcado abdomen que, casi con toda seguridad, me volvió loca la noche anterior.

—Hola, guapa —dijo el desconocido.

—¿Perdona? —respondí, forzando una mueca grosera en mi rostro.

Siempre odié que los hombres utilizaran ese tipo de apelativos conmigo. Tengo un nombre, Olivia. Ni guapa ni princesa ni mami. Olivia.

—Anoche me volviste loco —el desconocido se abalanzó sobre mí y me besó. Lo aparté de un empujón usando mi habitual técnica de atacar la entrepierna, que normalmente no gustaba—. Joder, ¿a qué viene eso?

El desconocido se sujetaba sus partes más delicadas y me miraba enfadado:

—Tienes un humor de mierda por la mañana, ¿sabes? —dijo.

Lo miré con extrañeza. ¿Qué vería la noche anterior en él para considerar que merecía estar conmigo? Sí, era guapo, con un cuerpo de escándalo y, según recordaba, una notable entrega en la cama, pero parecía el típico hombre dispuesto a enamorarse.

—Es cierto, tengo un humor de mierda —admití—, pero tú no tienes que soportarlo si no quieres.

Traté de recordar su nombre para dar un mayor énfasis a mi frase. ¿Jorge? ¿Juan? ¿Javier? Empezaba por J, eso sí lo recordaba.

—Así que deberías irte —sugerí al comprobar que mi memoria fallaba.

—¿No puedo tomarme un café?

—Es que no me queda...

Me di la vuelta sin esperar una respuesta. Fui a la cocina, preparé una cafetera y me apoyé en la encimera mientras observaba los azulejos de la pared y fumaba un cigarrillo.

Mi lista de conquistas sexuales seguía creciendo con el paso de los meses. Desde hacía un año, mi único objetivo en lo que a hombres se refería consistía, básicamente, en acostarme con ellos. Usarlos, si se quiere decir así, en mi propio beneficio y conseguir que se marcharan pronto de mi casa. No soportaba verlos por la mañana en mi cama. Los hombres que hacían eso (afortunadamente, la mayoría salía corriendo en cuanto podían, temerosos de que me enamorara de ellos) tenían la extraña costumbre de ser demasiado tiernos y besucones incluso antes de que pudiera tomar el primer café, y eso era algo que me sacaba de mis casillas.

Mis amigas me decían que terminaría convirtiéndome en hombre si seguía así, pero yo sabía por qué lo hacía. Aunque de vez en cuando sentía algún que otro remordimiento, no me sentía tan mal cuando hacía otra muesca más en mi revólver. Además, ¿qué daño podía hacer? Los que yacían en mi cama conseguían lo que querían, y yo también, así que, ¿cuál era el problema?

Según mis amigas, el problema era yo. O bien expresado, el problema era mi relación con el amor.

Intentaré resumir mi historia.

Un año antes, yo era una mujer felizmente enamorada de Sergio. Sergio, también conocido como el Cerdo, era el amor de mi vida, el hombre que me hacía feliz y con el que, estaba segura, acabaría casándome y siendo mamá. Por aquel entonces, mi deseo de ser madre era cada día mayor y el amor que sentía hacia mi hombre estaba fuera de cualquier medida.

Enamorada hasta el corvejón, mi vida era plena: un hombre maravilloso que me correspondía, un trabajo que me hacía feliz, un futuro espléndido por delante... Todo era perfecto, hasta que el Cerdo pensó que por echar una canita al aire no pasaría nada. Total, ni me enteraría.

Pero me enteré y, naturalmente, no me hizo ninguna gracia. Lo pasé realmente mal cuando descubrí la infidelidad del hombre del que estaba enamorada, el único hombre, y esto es importante, que me hizo tener fe en el género masculino. Hasta entonces, mis relaciones habían sido breves y, en su mayoría, desastrosas. No había estado enamorada nunca, ni había tenido tan claro con ninguna de mis anteriores parejas lo que tenía tan claro con el Cerdo: que quería pasar con él, feliz, el resto de mi vida.

Y cuando el susodicho salió por la puerta con sus cosas y el rabo (pequeño, todo hay que decirlo) entre las piernas, humillado y dolorido ante mi considerable perorata de insultos y desprecios, decidí que para mí se había acabado eso del amor. Nunca más caería rendida bajo el hechizo del capullo de Cupido; nunca más volvería a enamorarme. En definitiva, todos los hombres eran unos roñosos desalmados cuyo cerebro (pequeño, en la mayoría de los casos) tenía un único pensamiento.

Sí, lo pasé mal. El Cerdo había dejado huella en mí y no me resultó sencillo olvidarlo, pero lo conseguí. Olvidé a ese hombre, al hombre que me había roto el corazón, y me enfoqué en el aspecto positivo del asunto: era libre.

Tenía treinta años recién cumplidos, un cuerpo esbelto y trabajado a base de gimnasio casi diario y un piso de soltera en el que disfrutar a pierna suelta. Pasé lista a todas las estancias y decidí dónde tendría sexo con mis futuras y esporádicas parejas: en el dormitorio principal, en la cocina, en el baño, en el salón... Quizá incluso en el trastero, si conseguía hacer algo de sitio.

El desconocido apareció para interrumpir mis pensamientos.

—Bueno, ya estoy vestido —dijo—. Quería darte las gracias. A pesar del rodillazo, ha sido una noche muy bonita.

Lo observé tan extrañada como antes.

—Bonita —respondí— no es una definición muy acertada. Sólo nos hemos acostado.

—Sí, bueno, quería decir que me ha gustado mucho conocerte.

La alarma estaba a punto de sonar. Me adelanté y la apagué con un golpe de realidad cediendo la palabra a mi amiga Maribel, más conocida como la *dominatrix* del amor:

—Igualmente —dijo—. Lo siento, no recuerdo cómo te llamas... El caso es que no creo que volvamos a vernos, así que... Chao.

De repente, los ojos de aquel hombre me recordaron a los de un corderito a punto de ser degollado.

—Me llamo Javier —dijo con voz apagada—. Entonces, ¿no quieres que volvamos a vernos?

—No, Javi, lo siento, es que no lo veo...

—¿No lo ves? ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Lo sé, simplemente.

—¿Cómo puedes saberlo?

Como única respuesta levanté los hombros. No tenía ganas de seguir hablando y tratando de hacer entender al bueno de Javier que lo único que quería de él ya lo había conseguido.

Un minuto más tarde, tras acompañar al pobre hombrecito hasta la puerta, fui al baño, me desnudé y me metí en la ducha mientras felicitaba a Maribel por su espléndida actuación.

Inevitablemente, cada vez que despedía a una de mis conquistas sabía que algo no estaba bien. No era una buena persona con ellos, pero no podía evitarlo, me salía solo. Los usaba y sacaba de ellos lo que quería y necesitaba, nada más. Y los despreciaba sabiendo incluso que ese mamífero de dos patas que era el hombre podía sentirse mal por mis palabras o por mis actos, lo que necesariamente, en teoría, debería hacerme sentir mal. Pero no era así. Cualquier rastro de remordimiento duraba poco gracias a la presencia de Maribel, mi *alter ego* emocional, la *dominatrix* del amor que hacía desaparecer cualquier arrepentimiento con su sola presencia. Era ella la que, a través de mí, despedía a aquellos hombres y los sacaba de mi vida usando su cruel látigo de indiferencia.

Y, aunque Maribel hacía un trabajo eficaz e indoloro, la opinión general, en particular la de mi amiga Laura, que era un pozo de sabiduría y más lista que el hambre, era que estaba haciendo pagar a esos hombres lo que me hizo uno solo. Algo así como una venganza emocional que planeaba sobre todo el género masculino.

*“Estás pagando con esos hombres lo que te hizo uno, eso no es justo y lo sabes, Olivia. Que tú no creas en el amor no te da derecho a usar a nadie en tu favor con el único objetivo de hacerte sentir menos desgraciada”.*

Pero por mucha razón que pudiera tener mi amiga Laura, el problema (he aquí una gran revelación) eran ellos, los hombres.

Egoístas, mentirosos, manipuladores, perversos, groseros, vagos, insensibles... La lista podría ser eterna. Todo eso y más eran los hombres.

En particular, uno: el Cerdo.

Con una sonrisa salí de la ducha, me alicaté de pies a cabeza y un par de horas más tarde cogía el ascensor con mi maleta y unos vestidos monísimos en sus respectivas fundas.

El fin de semana del amor podía dar comienzo.

A una hora de distancia de Madrid, el precioso y lujoso hotel que Diana, mi hermanita pequeña, había elegido como lugar para celebrar su gran boda me esperaba como la guarida del malo en una película de serie B: siniestra, primorosamente decorada y mortal. Sentía una enorme pereza ante la idea de pasar dos días enteros con mi familia (Mamá Gallina a la cabeza) y doscientos y pico invitados más a los que o no conocía o no quería conocer. Allí estarían los amigos de Diana e Ignacio, los futuros esposos, todos ellos retoños de lo más florido de Madrid, y varios de los más destacados clientes del despacho de abogados que fundó mi abuelo y que entonces dirigía mi padre.

Y Mamá Gallina, por supuesto, que sin duda iría tras de mí recordándome una y otra vez lo mal que estaba llevando mi vida y lo poco que me parecía a mi hermanita.

Yo era la hija mayor de una notabilísima familia del barrio de Salamanca, uno de los más selectos lugares de Madrid. Hija y nieta de abogados, decidí que lo mío tenía poco que ver con la ley y rompí así con la tradición de pisar un juzgado en calidad de representante legal (no descarté que algún día lo visitaría como acusada), lo que provocó una conmoción en mi familia cuando, además, anuncié mi decisión de estudiar psicología y formarme como *coach* laboral, un término que tuve que explicar en varias ocasiones a mis padres.

Convencida, escapé del nido y me monté mi piso compartido con Laura, mi amiga barra



terapeuta barra Pepito Grillo, con el convencimiento de que, poniendo tierra de por medio, mi familia me permitiría seguir con mis planes sin tratar de sabotarlos.

Con unos pocos ahorros fundé mi propia consultoría de *coaching* laboral, que pronto comenzó a dar sus primeros frutos. No era fácil, pero sí satisfactorio. Veía cómo pequeñas empresas confiaban en mi método y contrataban mis servicios, algo que me provocaba una sensación muy especial. Ser mi propia jefa, algo que jamás había podido ser, podía hacerse extensible a mi vida personal: ser independiente y líder de mi propia causa era lo que me hacía realmente feliz.

Pasó el tiempo, conocí al Cerdo, nos fuimos a vivir juntos y pasó lo que pasó... Y bueno, allí estaba yo un año más tarde, al volante de mi coche camino de la guarida del malo.

Llegué al hotel a eso de las dos de la tarde. Tras más de una hora de camino y varios miles de curvas divisé la imponente construcción tras una espesa franja de pinos. Era un lujoso edificio de considerables dimensiones, de tres alturas, con oscuros tejados y una blanca y elegante fachada plagada de ventanas que se extendía hasta rozar la ladera de un monte. Era el clásico lugar que mis padres disfrutarían por su exclusividad y en el que mi hermana se sentiría en su salsa. Sin duda, aquel suntuoso hotel podía satisfacer sus múltiples y caprichosas peticiones.

Aparqué frente a la entrada principal, descargué mi equipaje y me adentré en el edificio mientras resoplaba por el esfuerzo y por lo que ante mí se extendía: el largo fin de semana que, conociendo a mi hermana, sería todo amor y felicidad.

Y como en el fondo soy buena persona, ensayé mi mejor sonrisa ante la mujer que estaba tras el mostrador de la recepción.

Un rato más tarde entraba en mi habitación, en la segunda planta, dejaba mi ropa perfectamente ordenada en el armario y revisaba la agenda de actividades que los novios habían planeado para el fin de semana: cóctel de bienvenida, *brunch* la mañana del sábado, la ceremonia, un concierto... Resoplé con fastidio y me asomé a la ventana para disfrutar del espectacular paisaje.

Bajo mis pies, una deliciosa terraza con mesitas blancas era la antesala de un enorme y verde jardín que se extendía hasta una arboleda. Todo a nuestro alrededor se veía circundado por las copas de cientos de árboles y varias cumbres coronaban el cielo como vigías de un paisaje antiguo. Por un momento suspiré con melancolía. Sí, suelo tener el carácter de Terminator, cortesía de Maribel, la *dominatrix* del amor, pero también soy una mujer con emociones y una sensibilidad a veces difícil de controlar.

El fin de semana del amor, o el grácil exceso de la primavera que me rodeaba, empezaban a hacer mella en mí y temí que esa sensación se extendiera más allá de esos dos días. Llevaba un año entero, desde el aciago día en que despedí de mi vida al último hombre que amé, convenciéndome de que debía estar por encima de esas emociones. Sin embargo, mi corazón seguía siendo humano. Mi única opción era aceptar que la melancolía, ese molesto trastorno que de vez en cuando nos visita a todos, se hacía presente cada cierto tiempo aposentando su gordo culo sobre nosotros. Y a no ser que se hiciera algo, la melancolía reflataría recuerdos innecesarios.

Así que me giré, aparté la vista del bucólico paisaje y, ante el espejo, me pinté los labios de un poderoso rojo que dejaba claras mis intenciones. De refilón vislumbré algo que se movía en la terraza. Me incliné y pude ver la figura de un hombre con un notable atractivo.

—Hum—dije, más por curiosidad que por interés. Aparentemente era una potencial víctima de mi total ausencia de emociones hacia el género masculino, así que me fijé con más atención en el hombre.

Por supuesto, mi adiestrada mirada se posó en lo importante, es decir, en su culo.

Don Culo Bonito estaba admirando el paisaje y yo me preguntaba de qué me sonaba lo poco

que podía ver de ese rostro y esas posaderas. Sí, creía reconocer a estas últimas (o quería conocerlas, no estaba segura), pero el rostro que ahora veía de perfil se me hacía más difícil de localizar. Rápidamente pasé lista a mis conquistas y concluí que ese hombre no se hallaba entre ellas. ¿Tal vez le conocía del trabajo? Solía moverme en oficinas y hablaba con mucha gente, pero la probabilidad de encontrar en ese lugar a alguien conocido era escasa.

Ahora con más deseo que curiosidad por saber quién era el dueño, mi mirada devoró las posaderas de don Culo Bonito durante un par de minutos más, hasta que decidí que debía controlarme, al menos por el momento. Desvié la mirada, me repasé ante el espejo y me di el visto bueno antes de salir de la habitación.

## Mi madre y otros monstruos

Pasé por la recepción, atravesé el vestíbulo principal y salí a la terraza en la que don Culo Bonito debía estar. No estaba, o era otra terraza distinta porque no recordaba haber visto la pequeña fuente en torno a la cual se distribuían algunas mesas. Vi a varias personas que disfrutaban bajo el sol primaveral de la sobremesa, pero ni rastro de don Culo Bonito o de mi familia.

En el exterior, el aire era puro, el paisaje casi idílico y no había ni un puñetero bar en el que proveerme de una buena copa de vino. Y me moría por un vino.

Volví sobre mis pasos y pregunté en la recepción, donde me indicaron. Aproveché para preguntar:

—¿Los de la boda tenemos barra libre?

—Sí —obtuve como respuesta—, durante todo el día y toda la noche.

Sonreí amigablemente a mi informador. Una buena noticia en el erial que parecía ser ese largo fin de semana.

Encontré el bar y, mientras esperaba a que el camarero me sirviera un carísimo Ribera, sonó mi teléfono.

—¿Se puede saber dónde estás? —La voz de mi hermana Diana sonaba más chirriante que de costumbre—. Te estamos esperando en la terraza del restaurante.

—Enseguida estoy ahí, en cuanto localice el restaurante... Estoy en el bar tomando un vino.

—¿Y se puede saber qué haces ahí?

—Relajarme. El viaje ha sido agotador.

—Ven ya. Estamos en el jardín.

—¿Cuál de los doscientos jardines? Diana, esto está rodeado de jardines por todas partes. Con lo fácil que hubiera sido casarte en Madrid, como todo el mundo, en un saloncito de bodas del extrarradio...

—Deja de quejarte y ven ya, que quiero darte un abrazo fuerte.

—Que sí, que voy.

Apuré el vino y acallé las ñoñerías de mi hermana con más quejas de mi propia cosecha. Me había tenido que tomar el día libre de mis obligaciones para poder asistir a los numerosos actos que Diana e Ignacio protagonizarían desde esa tarde de viernes hasta el domingo, así que me creí en la posesión del derecho a reclamar la devolución de mi tiempo, que podía haber dedicado a otras cosas más productivas.

Dicho así, que me quejara tanto del lugar y la organización de la boda de mi hermana bien pudiera considerarse un insulto a ésta y a la importancia que requería un momento tan trascendental en su vida. Nada más lejos de la realidad.

Adoraba a mi hermana pequeña, a la que siempre había cuidado con mimo y especial interés. Sentía que debía protegerla de la Reina del Averno que en ocasiones podía ser mi madre y atendía cada petición suya como si de una hija se tratara. Quizá yo también era responsable de lo mal criada que nos había salido, pero lo cierto era que mi hermana era tan necesaria en mi vida como el oxígeno que inhalaba a cada instante.

Cuando anunció su boda, toda la familia se unió a su alegría. Yo, en particular, sentí una especial tranquilidad por saber que se casaría con un buen hombre que procuraría su felicidad. Ignacio, que, dicho sea de paso, era un soso, tenía además una infinita paciencia con Diana, rezumaba una bondad casi infantil y poseía la extraña capacidad de calmar el sistema nervioso

más alterado, es decir, el de mi hermana, un logro que alcanzaba utilizando un tono monótono de voz y una expresión facial propia de un cadáver en descomposición.

En definitiva, me sentía feliz por ver cómo mi hermana hacía realidad su sueño. Quejarme por la localización de la boda y por que durara dos días enteros era únicamente producto de mi escasa paciencia.

Tras varios metros hechos y deshechos por salones y largos pasillos y sintiéndome una turista perdida en el centro de Madrid, localicé el restaurante y, bajo la sombra de un alto pino, a mi familia, que parecía haber terminado de almorzar.

Salí al fresco jardín y, en cuanto me vio, Diana se lanzó corriendo en mi dirección.

—¡Olivia! ¡Por fin! —exclamó. Y cuando me estrangulaba con su cálido y casi varonil abrazo, me susurró—: qué ganas tenía de que vinieras, mamá está insoportable.

Me separé un poco de Diana.

—¿Y eso te extraña? —respondí—. Tranquila, ya estoy yo aquí dispuesta a defenderte.

Sonreímos y nos abrazamos de nuevo. Después, Diana me llevó de la mano hasta la mesa.

Mamá, papá, Ignacio, mamá de Ignacio y papá de Ignacio me sonreían desde sus respectivos asientos.

—Querida —me saludó mi madre con una expresión de maldad absoluta dibujada en su rostro —, no te esperábamos hasta la tarde, así que decidimos almorzar sin ti.

—No te preocupes, mamá, ahora picaré algo.

—Tu padre estaba hambriento, ¿verdad, Germán?

—Verdad, querida. Hola, pichoncito.

Mi padre me pellizcó la mejilla y mostró una abundante sonrisa al verme por fin allí. Mi madre torció al morro al recibir mi dulce beso.

—Qué alegría teneros a las dos juntas, en la boda de tu hermana—continuó mi padre.

—¿Dónde iba a estar si no? —respondí sonriéndole.

Mi padre era un sentimental. El asesino despiadado que podía ser ante un tribunal se transformaba en un hombre familiar, dulce y mimoso cuando se quitaba la corbata. A mí siempre me tuvo un especial cariño. Incluso cuando se sintió decepcionado al saber que su hija mayor no seguiría sus pasos en la abogacía. Recuerdo su rostro serio al recibir la noticia y, tras unos días de silencio, mirarme con calma y sonreír:

—Mi hija será lo que quiera ser —sentenció.

Desde ese momento, mi huida desenfadada de la herencia familiar que había recibido fue admitida con más o menos gana por mi madre, que finalmente tuvo que claudicar ante lo inevitable.

Ignacio me presentó a sus padres, a los que saludé con extrema educación (eran *tan* del barrio de Salamanca como los míos) y, una vez sentada, pedí un sándwich.

Tras una breve conversación, mi madre sacó el armamento pesado:

—Estaba diciendo a tu hermana que no me parece elegante una banda de *jazz* tras la ceremonia. No sé, simplemente no veo que encaje y no entiendo a qué viene semejante barbaridad. Esto es una boda, por Dios, no un festival de música juvenil.

—Mamá —respondí forzando una sonrisa—, la decisión es suya y de Ignacio, recuérdalo.

—Sí, sí, por supuesto, querida, pero sigo sin verlo. Yo pensaba que elegirían un cuarteto de cuerda. ¿Qué hay de malo en algo clásico, acorde a la situación?

—Mamá, la banda tocará *después* de la ceremonia—apuntó Diana con aparente calma—, el cuarteto lo hará *durante* la ceremonia.

—El cuarteto de cuerda fue nuestra primera opción desde el primer momento —apuntó Ignacio

—. Haydn, Bach, ya sabéis.

—A mí me vuelve loco el *jazz* —dijo alegremente su padre— y toda esa música *blues*.

—¿Ves, mamá? —tercié—. A todos nos gusta el *jazz*, así que te aguantas.

La conversación giró a continuación en torno a los distintos eventos que se realizarían en el hotel durante el fin de semana, todos ellos ideados, como no podía ser de otro modo, por la perturbada mente de mi hermana, que inundaría cada rincón de ese hotel con la empalagosa fragancia del amor.

A veces me convencía a mí misma de que debía parecerme más a Diana, o al menos intentarlo. Ella, como cualquier otra mujer de este mundo, había sufrido el dolor del desengaño amoroso en sus propias carnes, había llorado y había maldecido por un hombre que rompió su corazón y, sin embargo, siempre se había mantenido firme en la creencia de que el amor era real, posible y accesible para todos. Su fortaleza ante la decepción era digna de admirar.

Los camareros nos sirvieron el café. Durante toda la conversación noté que mi madre me miraba más de lo habitual. Sabía, y me había acostumbrado a ello, que tarde o temprano acabaría arrojándome uno de sus navajazos en forma de comentario mordaz, normalmente dirigidos a mi cuello.

—Olivia, querida —desembuchó—, decía a los padres de Ignacio que no esperábamos que vinieras con tu novio... Tú, que eres tan libre y tuya, eres más de sorprendernos con otras cosas, ¿verdad?

Me mordí la lengua, tragué todo el veneno que pude y sonreí:

—Ya sabes que me encanta sorprender, madre, así que tal vez lo haga... En todo caso, creo que este fin de semana deberíamos centrarnos en la vida amorosa de estos dos encantadores tortolitos. La mía puede esperar.

Mi madre respondió con una de sus astutas sonrisas. Agradecí que su férrea educación la obligara a mantener la compostura ante mi desafío, lo que nos evitaría a todos un momento incómodo.

—Haces muy bien, cariño —respondió la madre de Ignacio, una mujer oronda de grandes mofletes—, que se está mejor sin hombres, ¿verdad que sí?

Soltó una estridente carcajada mientras su marido y mi madre la observaban con cara de no entender el humor de esa mujer.

—Nuestra Olivia es una cazadora solitaria —añadió mi padre sin pizca de malicia.

—Si lo llego a saber hace cuarenta años —apuntilló el padre de Ignacio—, no me caso —y me aconsejó—: no te cases, bonita, que es de gilipollas.

—¡Padre! —protestó Ignacio.

—Olivia —remató mi madre— estaba a punto de casarse con un hombre maravilloso, pero lo estropeó. Cosas de jóvenes, ¿verdad?

—Mamá —respondí, resoplando y empezando a perder la paciencia—, no creo que sea el momento de hablar de ese asunto, ¿no te parece?

—¿Por qué no damos un paseo y así estiramos las piernas? —interrumpió Diana, levantándose de su asiento.

Agradecí que mi hermana estuviera ágil e interviniera para poner paz. La conversación se ponía tensa y yo no sabía si sería capaz de mantener las buenas formas por mucho tiempo.

—Qué paciencia tienes —dijo Diana cuando comenzamos a caminar, unos pasos por delante del resto. Cruzaba su brazo bajo el mío y me sujetaba con fuerza—. Sé cómo es mamá, pero también sé que lo harás bien y no caerás en sus provocaciones.

—Te juro que lo intento, pero no prometo nada... Es que no lo entiendo, ¿por qué se comporta

así conmigo? Es como un perro rabioso buscando pelea.

—Ya sabes cómo es, Olivia. Pero yo me siento orgullosa de ti y sé lo mucho que vales.

Mi hermanita pequeña me tocó la fibra sensible. Nunca me había dicho algo así. La abracé con ternura durante un buen rato.

—Sí, hija —escuché la voz de mi madre—, abrázala, a ver si se le pega algo bueno de lo que tú tienes.

—María Dolores, por favor —se quejó mi padre—, deja a las niñas en paz.

Suspiré y continué caminando junto a mi hermana. Ignorar los comentarios mordaces de mi madre se había convertido en una molesta y habitual costumbre.

Cruzamos una larga galería acristalada que rodeaba otro inmenso jardín, al que salimos para caminar sobre la fresca hierba.

—Me daba miedo que no quisieras venir por ella —dijo Diana.

—No me perdería tu boda ni por diez como mamá —respondí—. Mi niña se casa. ¿Estás contenta?

—Mucho.

Diana sonreía, feliz. Cuando miró al frente, al otro lado del jardín que se extendía ante nosotras, algo llamó su atención.

—Hablando de estar contenta, voy a presentarte a alguien —dijo con una sonrisa pícar—. ¿Quién sabe? Dicen que de una boda puede salir otra, ¿no? Ven.

Dejamos atrás al grupo formado por mis padres, Ignacio y sus padres, y nos desviamos en dirección a la recepción del hotel. Allí estaba la terraza que podía ver desde mi ventana y donde divisé a don Culo Bonito disfrutando del paisaje.

—A ver qué vas a hacer —protesté—, que te conozco.

—Confía en mí.

—No me da la gana.

Alcanzamos la terraza, rodeamos varias mesas y llegamos hasta la puerta que daba acceso al hall principal.

—¿Dónde estará? —dijo Diana—. Si lo he visto aquí hace un momento...

—¿A quién buscas? —pregunté.

Me asomé al interior y vi a don Culo Bonito sentado en un sillón hojeando una revista. Me escondí ligeramente tras una cortina para poder observarlo mejor.

Era atractivo, mucho, más de lo que me había parecido cuando lo vi por primera vez desde mi ventana. Tenía un perfil agradable, una nariz algo aguileña y un abundante y bien peinado cabello oscuro. Vestía un pantalón *beige* y una camisa de color claro que, remangada, dejaba ver unos poderosos brazos. De soslayo vi un tatuaje que surgía desde la parte superior de su hombro izquierdo. Entonces caí en la cuenta.

Sí, conocía a don Culo Bonito y a sus posaderas, y en algún momento no muy lejano de mi existencia pude apretar con energía esos brazos y analizar con bastante detalle el tatuaje que lucía más arriba. Recordaba tenerlo sobre mí, jadeando como una foca asfixiada con un pescado y el rostro rojo por el esfuerzo. ¿Qué podía hacer él ahí?

Con un movimiento rápido arrastré a mi hermana hacia mi escondite.

—Ese de ahí... El del sillón —dije, señalando con un gesto de cabeza a don Culo Bonito—, ¿lo conoces? ¿Es uno de los invitados?

Diana lo reconoció enseguida.

—Sí, precisamente le buscaba a él —respondió.

—¿Ese es el que me querías presentar?

—Sí, ¿por qué...? —Diana abrió los ojos de forma exagerada—. No me digas que os conocéis.  
—Un poco.

No dije más. No creía conveniente que mi candorosa hermana conociera al detalle mis aventuras sexuales.

—Entonces, estupendo —respondió ella—, así será todo más fácil. Creo que haréis una bonita pareja. Vamos.

—¿Cómo que pareja? Espera, Diana, no...

Pero Diana no me hizo caso. No esperó a que terminara la frase y, en un par de segundos, estaba hablando con don Culo Bonito tras saludarlo con dos besos y unas frases de bienvenida.

—Héctor —escuché que le decía—, quería presentarte a mi hermana... Está por aquí... Olivia, ven... A veces es un poco tímida, pero te encantará.

Resoplé, me llamé tonta un par de veces y, esforzándome por mostrar un rostro de absoluta indiferencia, salí de mi escondite.

—Olivia —dijo mi hermana con una sonrisa ladina—, te presento a Héctor, un amigo de Ignacio. Trabajan juntos, también es ingeniero. Y no tiene novia.

Cierto, don Culo Bonito se llamaba Héctor. Durante mi huida tras la cortina traté de recordar su nombre, pero, naturalmente, no lo conseguí.

—Encantada, Héctor —saludé.

—Un placer, Olivia —respondió él.

Nos dimos dos besos, olí su profundo perfume y sentí que su mirada me penetraba hasta lo más hondo en busca de una respuesta.

—Tu cara me resulta muy familiar —dijo, mirándome con extrañeza y una media sonrisa.

—Mi cara es muy común —me defendí.

Dejé que algún mechón de pelo cayera sobre mi rostro para confundir su memoria.

—¿No es curioso que ya os conocierais? —preguntó alegremente Diana—. Un reencuentro en mi boda, nada menos. Bueno, os dejo, así podéis hablar tranquilos. Voy a buscar a la *wedding planner* para supervisar el cóctel de esta noche. ¿Por qué no os tomáis algo y os ponéis al día? —Diana me mostró de nuevo esa expresión de Celestina en prácticas y antes de desaparecer me susurró—: luego me cuentas, perra.

En vano, intenté que Diana no me dejara sola ante semejante marrón. Me giré y Héctor seguía observándome en silencio con su sonrisa ladeada. Yo me quedé bloqueada ante él. Sabía que huir con cualquier excusa me evitaría un momento embarazoso de explicaciones, pero también sabía que estaría el resto del fin de semana huyendo de lo inevitable.

—¿Y bien? —dijo Héctor cuando Diana se había alejado lo suficiente. Yo te traté de traducir esa simple pregunta, pero me resultó imposible.

—Y bien, ¿qué?

No respondió, guardamos silencio durante unos segundos y, al final, sintiéndome como una niña a la que han pillado robando caramelos, decidí salirme por la tangente.

—Entonces trabajas con Ignacio —improvisé con lo primero que se me vino a la cabeza—. Me cae genial ese tío, es el hombre perfecto para mi hermana, serán muy felices... ¿No te parece?

De repente, un hilillo de maldad apareció en la inquieta mirada de Héctor.

—¿De verdad no me recuerdas? —preguntó. Ahora fui yo la que no respondió. Sonreí como una tonta y me limité a mirar hacia delante. Héctor se inclinó hacia mí y sentí su aliento sobre mi rostro:

—¿Y la nota que dejaste sobre mi almohada? ¿Eso tampoco lo recuerdas?

## Don Culo Bonito

De todos los cadáveres que fui dejando por el camino, Héctor fue la excepción a la norma que hasta entonces jamás me había saltado: bajo ninguna circunstancia repetía dos veces con el mismo hombre y, por supuesto, no aceptaba invitaciones para cenar al día siguiente, al cine el próximo sábado o a pasar la tarde haciendo un pícnic en el Retiro.

Es decir, no veía al mismo hombre más de una vez. Porque, ¿para qué?

Desde que el Cerdo desapareció de mi vida tuve claro que los hombres sólo me resultarían útiles entre el momento en que decidía meterlos en mi cama (o yo me metía en la suya) y hasta que se marchaban de mi casa (o yo me marchaba de la suya). No había lugar para emociones, salvo las estrictamente necesarias, ni tiempo para cariñitos, arrumacos y tonterías así.

Héctor, como casi todos los hombres con los que pasaba el rato, me invitó a cenar un par de días más tarde. Me escribió un mensaje y, tras responder que no sabía quién era (y no lo sabía porque había eliminado su número de teléfono de la agenda, como era mi costumbre), él me explicó en dos frases quién era y qué había habido entre nosotros y me propuso salir a cenar. Esta vez sin cama, decía.

—¿Cenar? —me pregunté yo mientras miraba horrorizada la pantalla del móvil—. Pero qué necesidad habrá...

Héctor siguió hablando y yo leyendo con más recelo que interés, hasta que al cabo de un buen rato descubrí que estaba inmersa en la conversación y deseosa, odio admitirlo, de cenar con él. ¿Qué me pasaba?

A Héctor lo conocí unos meses antes. Yo volvía a casa desde el gimnasio, sudada y maloliente, y notando cómo desde hacía un rato una mirada me perseguía. No di importancia a esa sensación. Seguí caminando y, mientras esperaba ante un semáforo, un hombre se detuvo junto a mí.

—Hola —dijo Héctor mientras clavaba su mirada en mi oreja—, te he visto en el gimnasio —me enseñó la mochila que llevaba colgada del hombro— y no he podido evitar pensar que eres la mujer más especial que he conocido en mi vida.

¿Exageraba? Tal vez, aunque sé que tengo mi público y gusto mucho a los hombres. Sin embargo, como mujer siempre supe que ese tipo de comentarios debían ser acogidos con prudencia.

—No me conoces —respondí—, ni me conocerás.

Quien dice prudencia, dice grosería.

—¿No me vas a dar ni una oportunidad?

—No.

Por supuesto, se la di. Mi agenda pedía a gritos rellenar los días que tenía por delante. Aunque jamás lo hubiera admitido, me aterraba la idea de estar sola durante un fin de semana. Salía con mis amigas, sí, tenía planes y llenaba mis horas con todo tipo de actividades, pero nunca sola.

Así que, tras pasar juntos esa primera noche, yo escapé silenciosamente cerrando la puerta de su casa mientras sujetaba mis bonitos tacones entre las manos. Si podía, evitaba despedirme de mis víctimas.

Dos días más tarde llegó su mensaje (tuvo el detalle de no reprocharme mi huida a hurtadillas), su invitación a cenar y mis ganas de cenar con él fueron en aumento, con cierto nerviosismo, lo reconozco, a medida que se acercaba la hora.

Fue un caballero. Detrás de la mala bestia que era en la cama se escondía un buen hombre. Era inteligente, tenía una conversación interesante, sentido del humor y unos propósitos claros para su



vida. Sabía qué quería y cómo conseguirlo. Era un hombre seguro de sí mismo, pero también, como la mayoría, vulnerable.

Pasamos otra noche juntos y fue increíble. Por primera vez desde hacía mucho tiempo me sentí realmente cómoda junto a un hombre. Más allá del placer sexual, por primera vez en todo ese tiempo deseé que aquella noche no terminara. Por alguna extraña razón que no sabía ni quería comprender, dormí abrazada a él con verdadero gozo.

Pero a la mañana siguiente, cuando la realidad me abrió los ojos a puñetazos, la *dominatrix* del amor que llevaba dentro bostezó, se estiró un poco y decidió que la vida debía continuar: me desperté temprano sintiendo el calor que desprendía el cuerpo desnudo de Héctor, que aún dormía a mi lado, fui al baño y decidí huir.

Y antes de salir descalza por la puerta, dejé una nota:

*Gracias por esta noche tan fabulosa. Cuidate mucho. Por cierto, follas muy bien. Adiós.*

Estaba acostumbrada a lidiar con reproches de hombres que se habían sentido ofendidos por mis despedidas a la francesa, así que aquella conversación que tanto quería evitar debería resultarme sencilla: unas palabras de disculpa, algún comentario halagador, un par de sonrisas tiernas aprovechando que lo tenía delante y la conversación finalizaría pronto.

Naturalmente recordaba a Héctor y la nota que dejé sobre su mesilla de noche, así que me vi en la obligación de admitir, casi en un susurro, que sí, que lo sentía pero que debía entender mi situación. Ahora estábamos en la boda de mi hermana, alegué: que si ella estaba por ahí, que si podía escucharnos, que si pobrecita que es mi hermana pequeña, que si la familia, que si debía entenderme porque lo había pasado muy mal... Tonterías que no parecieron contentar al hombre que aún me miraba con malicia, porque con un “*ven y me lo explicas*” me arrastró hacia la terraza y me hizo sentar ante una mesa.

—Vino, ¿verdad? —su pregunta fue casi una orden para el camarero, que enseguida se giró y desapareció.

Una vez aposentados entre varias mesas repletas de conocidos y familia más o menos deseable y mientras la suave brisa primaveral nos deleitaba con sus leves movimientos de cabello, Héctor se inclinó hacia mí, apoyó los codos sobre la mesa y, muy serio, dijo:

—Ahora que has admitido que me recuerdas, y el feo gesto de dejarme una notita, cuéntame por qué hiciste aquello.

—¿Por qué hice qué?

—Marcharte sin decir adiós.

—No es tan grave, ¿no?

—¿Eso crees?

—Mira cómo está el mundo: guerras, revoluciones, hambre... Y el cambio climático, eso sí que es grave.

Héctor sonrió. Tenía una de esas sonrisas perfectas, encantadoras y dulces que bien podría ser la causa de accidentes de tráfico y ataques al corazón de mujeres enamoradizas.

—¿No crees que lo que hiciste estuvo muy mal? —preguntó manteniendo la sonrisa.

—Bueno... —Decidí tirar de estrategia—. Oye, lo siento, de verdad, sé que estuvo mal. Y además hacerte eso a ti, un chico tan encantador, pero a veces las cosas no son tan fáciles como a simple vista pueden parecer... No estaba en mi mejor momento y, bueno...

Fue entonces cuando saqué mi sonrisa más tierna, pero no sirvió de mucho. Héctor me observaba en silencio y yo no me fiaba. Sin duda, concluí tras adivinar sus pensamientos, debía revisar mi estrategia y ensayar ante el espejo mi gesto de mujer débil y ansiosa de protección masculina.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Me encanta escuchar disculpas como esa, tan cínicas y ridículas como las de cualquier hombre.

Ciertamente mis disculpas no eran las mejores, aunque en realidad, debo admitirlo, no puse demasiado empeño en disculparme. Como mucho, trataba de evitar que la conversación se extendiera más allá de lo imprescindible, algo que no parecía posible en ese momento.

—¿Sabes una cosa? —respondí yo. Me incliné hacia él. Ahora ambos apoyábamos los codos en la mesa y nos situamos tan cerca que parecía que estábamos intercambiando secretos—. No tengo intención de disculparme, porque no hice nada que fuera tan grave, y espero que eso sirva para acabar con esta charla. Y tampoco pienso permitir que me llames cínica por hacer lo que vosotros sabéis hacer tan bien.

—¿Huir?

—Como cobardes.

—Entonces, ¿tú eres una cobarde? Me agrada saber que admites la verdad.

La repentina aparición del camarero me salvó de responder algo poco conveniente para una señorita como yo.

—Yo soy una mujer independiente —dije con firmeza, una vez que nos quedamos solos.

Héctor rio. Y su risa me recordó a la del malo de una película de James Bond que, acariciando el lomo de su gato, suelta una carcajada cuando escucha decir al espía que no permitirá que lleve a cabo sus malvados planes de dominación mundial.

—¿Te hago gracia? —pregunté.

Entonces él se reclinó sobre su asiento y bebió de su copa. Me miró y, lentamente, su sonrisa fue desapareciendo.

—No, no me hace gracia —respondió—. Tú lo has definido muy bien: lo que hiciste, huir de mi casa como una delincuente, fue ruin, algo propio de un cobarde. ¿No os molesta a vosotras que hagamos eso los hombres? ¿Huir para no volver a veros nunca más? Eso es tan triste. Y la nota... ¿Acostumbra a dejar notas a cada una de tus víctimas? ¿Es siempre la misma o varias en función de lo mucho o lo poco que se han esforzado en la cama?

—Vale, escúchame bien, capullo, porque no tengo ganas de seguir con esta conversación.

Volvió a parecer esa sonrisa maliciosa en su rostro y yo la admiré durante un par de segundos antes de continuar hablando.

—Nos acostamos y ya —continué con cierta irritación—. Y luego yo me marché. Vale, sin despedirme, con una simple nota, pero no entiendo por qué te pones así, no es tan grave.

—¿Cómo que por qué me pongo así? —me reprochó—. ¿Es que no tienes sentimientos?

—¿Qué tienen que ver los sentimientos en todo esto? —mi pregunta estaba cargada de dudas perfectamente razonables, pero él no lo entendía así.

—Para ti todo se reduce a sexo sin más, ¿verdad?

—No, pero... Venga, no me digas que te has enamorado.

—Claro que no, no quería decir eso.

—Pues lo ha parecido. Y te recuerdo que sólo nos hemos acostado un par de veces.

—No tergiverses mis palabras.

—No lo hago. Eres tú el que ha sugerido que te has enamorado.

A punto de decir algo, se calló. Pensé que había ganado la batalla, pero no.

—Discutir contigo —dijo— es como hacerlo con una niña pequeña. Qué digo, mi sobrina de doce años tiene más sentido común que tú.

—Eres idiota.

—Gracias, tú eres un encanto.

—Lo soy.

Se hizo el silencio, que durante varios segundos nos obligó a mirar a los ojos del otro para, a continuación, desviar la mirada en busca de lugares más acogedores.

—Digo yo —continuó Héctor— que al menos podías haberte despedido en condiciones. O contestar a mis mensajes... ¿Cuántos mensajes te escribí? ¿Diez, quince? Y esa frase —empastó la voz y me imitó—, *por cierto, follas muy bien, adiós...* Qué final para una noche tan bonita. Pensaba que una mujer como tú... Una mujer como tú... —Dudaba si continuar. Y tras una pausa, concluyó—: sólo se me ocurre que algo así lo hace una zorra sin corazón.

Hasta ese momento había considerado que la diplomacia era mi mejor amiga en situaciones como aquella. Lidiar con hombres ofendidos porque los había tomado como mis juguetes sexuales durante unas horas nunca era sencillo, así que recurría a mi notable sagacidad para, unas palabras bonitas mediante, apaciguar su ira y, al mismo tiempo, hinchar un poco su dolorido orgullo masculino y que así se calmaran. Pero afirmaciones como aquella, que me dejaban a mí a la altura de un tacón barato, me obligaban a mandar a la mierda cualquier intento de diplomacia.

—¿Perdona? —Empecé mal con esa pregunta que una utiliza cuando se siente ofendidísima—. ¿Cómo te atreves a llamarme zorra sin corazón, picha floja?

— Te llamo zorra sin corazón porque eso es lo que eres. Te comportaste como una cobarde y me hiciste sentir como una auténtica mierda. Y, por cierto, no recuerdo que te disgustara mi picha floja cuando la saboreabas con tanto entusiasmo.

Miré a mi alrededor. En unos segundos, la conversación había subido de tono y pude ver que, desde las mesas más cercanas, algunos ya ponían la oreja para escuchar lo que esos dos parecían discutir con tanta alegría.

—Me encantó tu picha, creo que eso sobra decirlo, pero tú no —dije bajando el tono de voz. Y añadí—: tú me pareciste un payaso.

Héctor mostró una sonrisa torcida que no presagiaba nada bueno.

—Un payaso con el que te acostaste dos veces —dijo.

—Eso no te convierte en alguien especial —respondí yo con total indiferencia.

—No lo soy, pero sí soy uno de los pocos hombres, si no el único, con el que has cometido semejante imprudencia, ¿verdad? Por favor, sé honesta: ¿con cuántos has repetido desde que entraste en esta espiral de sexo sin compromiso?

No respondí inmediatamente. Traté de encontrar esa frase ingeniosa que me hiciera quedar por encima de Héctor.

—¿Y a ti qué te importa? —respondí. No parecía gran cosa, pero me di por satisfecha.

Don Culo Bonito se levantó de la mesa sin quitar su vista de mis ojos. Seguía sonriendo, pero había algo en su mirada que no me gustó.

—Seguro que no han sido más de uno o dos —dijo—, así que deduzco que vas de cama en cama buscando el placer sin complicaciones porque una vez alguien te hizo daño. Y, por supuesto, huyes en cuanto puedes porque temes que te hagan lo mismo de nuevo. ¿Me equivoco? Un hombre al que amabas, hace poco tiempo, tal vez... No, no me equivoco, salta a la vista. Es la misma historia de siempre. Lo siento por ti, pero me alegro de haber pasado por tu vida y salir ileso.

¿Ileso? ¿Hola? ¿Qué significaba aquello? Héctor me miraba de un modo que no supe descifrar. Y, por primera vez en mucho tiempo, pude verlo en los ojos de un hombre. Veía *eso*, pero no

entendía por qué. Quise preguntar, pero él ya se había dado la vuelta y su culo bonito se alejaba meneándose y diciéndome adiós.

## Un dios para mí solita

Me quedé pensativa, ignorando lo que había a mi alrededor y tratando de entender algo de lo que había pasado. En primer lugar, *eso*, esa cosa, había vuelto a mirarme directamente a los ojos después de mucho tiempo. Y no me gustaba nada, lo admito. Pero lo cierto era que estaba ahí, en la mirada de un Héctor dolido. Y aunque en parte pudiera entender la razón de su dolor, no comprendía la inesperada aparición de *eso*.

Además, ¿qué era lo que había dicho de pasar por mi vida y salir ileso? Que yo recordara, las únicas batallas donde podía haber salido herido fueron las dos noches que pasamos juntos, retozando como animales salvajes y lastimados por algún que otro arañazo sin mala intención. Porque la otra explicación no me agradaba en absoluto. Si el verdadero significado de su frase se refería a algo parecido a emociones o sentimientos, ya podía buscarse él su propia solución, porque yo no me hacía responsable de aquello que fuera que sentían los hombres.

Y me inquietaba que una persona con la que apenas había compartido confidencias, nada particularmente íntimo, y al que sólo había visto en dos ocasiones con anterioridad, supiera tanto de mí y de lo que escondo. Porque don Culo Bonito me había calado. Supuse que, igual que un ladrón reconoce a otro, él debía ser uno de los míos, o lo fue en algún momento de su vida, uno de esos desengañados del amor que una vez decidieron que la promiscuidad y la total ausencia de compromiso eran el mejor camino.

La conversación con Héctor me había dejado con mal cuerpo. Me revolví en mi asiento, miré a mi alrededor preguntándome si, como él había dicho, tenía razones para sentirse como una mierda debido a mi comportamiento y, dado que no encontraba una respuesta que me satisficiera, traté de enfocarme en el momento presente.

Estaba en la boda de mi hermana, en un fin de semana que comenzaba y que debía ser felicidad plena y unicornios volando sobre las flores del jardín, así que ignoré nuestra conversación y decidí disfrutar de mi copa de vino mientras la tarde caía con lentitud, como con desgana. Sin embargo, algo dentro de mí me decía que no sería tan fácil olvidar esa conversación.

Me dediqué a admirar el paisaje, tan bucólico y primaveral, con la esperanza de que sirviera de revulsivo para mi alma contrariada. Pero de repente, ese paisaje se tornó tormentoso y frío cuando vi aparecer el implacable rostro de mi madre en mi campo de visión.

Otra que me había calado.

—¿Aún no estás preparada? —preguntó.

—¿Preparada para qué?

—Para el cóctel de bienvenida. ¿O es que piensas asistir vestida de esta manera?

—Mierda, lo había olvidado.

—Olivia, por Dios te lo pido, compórtate en condiciones y ve a arreglarte. Espero que hayas traído un vestuario adecuado para el fin de semana.

—Sí, mamá, traigo vestidos monísimos y divinos. Y me comportaré, prometido.

—Eso espero. No me gustaría que avergonzaras a tu hermana delante de su familia y amigos.

—No, mamá, te prometo no avergonzar a mi hermana delante de su familia y amigos.

Mi madre, que de natural era tan espontánea y afable, me acuchilló con la mirada durante un par de segundos y, girando sobre sus talones, desapareció. Yo apuré la copa de vino mientras agradecía que mi pésimo carácter, heredado de ella, me hubiera alejado tiempo atrás de su radio de control.

Comenzaba a oscurecer cuando llegué al jardín donde se celebraría el cóctel con el que los novios daban la bienvenida a sus invitados. Lentamente se iban encendiendo guirnaldas de luces y farolas repartidas aquí y allá que creaban un ambiente acogedor y propicio para la relajación de cualquier sentido. En el lugar se respiraba un aire fresco mientras la gente conversaba en pequeños grupos soltando risas y alguna carcajada ya afectada por el alcohol.

Huí de varios de esos grupos, en los que reconocí a familiares más o menos cercanos y adinerados amigos de mis padres, a los que, por supuesto, saludé con mi sonrisa más acogedora, y rescaté una solitaria copa de vino que me ofreció un camarero. Paseé entre los invitados buscando con la mirada a mi madre, a quien quería restregar por su cara mi vestido, tan divino como los más de quinientos euros que me gasté en él, pero al no encontrarla decidí escabullirme a un solitario rincón que parecía tranquilo o, como mínimo, alejado de conversaciones banales.

Mientras caminaba y sonreía con los que me cruzaba, noté una mirada que me perseguía y parecía clavarse en mí. Me detuve en seco, me giré y allí estaba él, Héctor, guapísimo con su *blazer* azul marino y una camisa blanca demasiado desabotonada para mi gusto, pero que hacía de su pecho un lugar ideal para cobijarse en las frías noches de invierno.

Y aunque negaré haber escrito esto, deseé con todas mis fuerzas que de repente fuese invierno.

Mientras trataba de disimular, Héctor y yo intercambiamos miradas. Procuré que la mía fuese glacial, de esas que las mujeres lanzamos a los hombres con el mensaje "*soy demasiado para ti*". Si conseguí que mi mensaje fuese entendido correctamente por mi rival no lo supe con certeza, porque en un momento dado me pareció leer lo mismo en sus ojos. Sostuvimos nuestras miradas un momento más, hasta que decidí que una huida a tiempo era una pequeña victoria. Con la soltura de una modelo de Victoria's Secret sobre la pasarela y un gesto de dignidad que era claramente innecesario, hice girar mis tacones y di la espalda a don Culo Bonito para dirigirme a mi rincón.

Continué mi camino sin volver la vista atrás. Sabía que él seguiría ahí, observándome, disfrutando de mi vestido y de mi figura y, con suerte, con cierta rabia por ignorar su presencia. Así que meneé mis caderas con algo más de brío para que se fijara con más atención. Don Culo Bonito no volvería a disfrutar de aquello que estaba admirando, no después de sus palabras.

Así que allá iba yo, digna como una tonadillera, en busca de un refugio seguro que mantuviera alejados al montón de personas que por allí andaban. Me situé en una esquina del gran espacio iluminado donde se celebraba el cóctel, lejos ahora de la mirada de Héctor, que parecía haberse esfumado. A mi derecha pude ver un escenario finamente decorado y un par de micrófonos. Supuse que los novios nos dedicarían unas palabras a modo de bienvenida oficial. Frente a mí se encontraba la fiesta. Observé a los invitados y uno, sólo uno, llamó poderosamente mi atención.

Era, sin duda, el hombre más *sexy* del mundo No, qué digo, *sexy* no era una palabra que pudiera hacerle justicia.

Arrollador, irreal, glorioso, un dios nacido y criado en el Olimpo para recaer ante las simples mortales que, como yo, no tardarían en empezar a babear. Y no me avergüenza decirlo: empecé a babear por ese metro noventa de altura que, ahora plantados a unos metros de mí, me miraban desde el mar azul oscuro que eran sus ojos. Su sonrisa y esos labios pedían a gritos que se besaran, se mordieran y se lamieran hasta que el mundo llegara a su fin. Más abajo, el masculino pecho se extendía hacia unos hombros que podían sostener un edificio y, allá donde el cinturón se encogía sobre la cintura, un algo que no supe reconocer provocó que mis rodillas temblaran.

Sonreí como una adolescente cuando él se fijó en mí e inclinó la cabeza en mi dirección. Me hice la tonta. Y lo hice tan bien que casi tropiezo cuando di un paso a mi derecha y me giré

levemente, tratando de hacer que mi vestido revoloteara en el aire y mi figura destacara. Absurdo, lo sé. Pero ante ese metro noventa de altura una no podía mostrarse como un ser inteligente.

Tras unos instantes de miradas y sonrisitas, El Hombre comenzó a caminar hacia mí. Me recompuse como buenamente pude y saqué a flote mi gesto ingenuo que tan buenos resultados me había dado siempre.

—Espero que tu tobillo esté bien —dijo la voz más profunda y varonil que había escuchado en mi vida.

—¿Qué? —rebuzné yo, medio atontada por su presencia.

—Tu tobillo... Pensé que te lo habías torcido. Este césped es muy irregular.

—Oh, sí, mi tobillo está bien... Creo.

No sentía dolor, ni en el tobillo ni en ningún otro lugar, pero doblé ligeramente mi pierna y mi tobillo dibujó un arco sobre el tacón, haciendo que él bajara la mirada.

—¿Te duele? —dijo, y se inclinó ante mí para sostener con unas manos recias mi pequeño tobillo. Lo acarició y masajé durante unos segundos mientras yo creía flotar—. Parece que está en buenas condiciones.

Se levantó y mis ojos siguieron a los suyos, hacia el firmamento en el que su rostro parecía vivir.

Demasiado poética, lo sé, pero es que ese hombre no merecía menos. Arrollador, irreal y glorioso me parecían apelativos casi despectivos ahora que hablaba con él y lo tenía tan cerca.

—Gracias —suspiré—. ¿Eres masajista? Tienes unas manos muy delicadas.

—¿Delicadas, estos dos manazas? No, soy médico.

Mi corazón se aceleró. Los médicos siempre fueron una abundante fuente de inspiración para mis fantasías sexuales. Y Sergio era médico.

—Me llamo Bruno.

—Encantada, Bruno. Yo soy Olivia.

—¿De parte del novio o de la novia?

—De la novia, es mi hermana.

—Enhorabuena. Diana es una gran chica y merece lo mejor.

—Así es. ¿Y tú?

—No, yo no soy una gran chica —reí como una adolescente su broma tonta y, muy sutilmente, posé una mano sobre su brazo—. Estoy de parte del novio, soy amigo de Ignacio, nos conocemos desde el instituto.

—Qué bien, ¿no? Ignacio es un hombre maravilloso, me encanta.

Bruno poseía ese extraño magnetismo animal que sólo las mujeres somos capaces de reconocer y que a muchas nos vuelven completamente idiotas. Ni el más potente radar captaría las frecuencias sexuales que un portento como aquel emitía en todas direcciones. Mi radar giraba y giraba mientras se deleitaba con la compañía de ese hombre.

—Si estás sola —preguntó el portento—, ¿es porque no tienes novio? Por favor, dime que no tienes novio...

—No lo tengo —mi amplia sonrisa indicaba claramente que tenía pista libre para aterrizar—, ¿y tú?

—No, no... Ahora estoy solo.

—Somos almas libres, ¿verdad? —aunque no era la frase más acertada, él sonrió abiertamente y mi excitación parecía acrecentarse al ver lo bien que había sido acogida mi absurda frase.

Almas libres. En fin.

Bruno resultó ser un hombre con una conversación inteligente, medía sus palabras y sus

movimientos y transmitía una seguridad arrolladora entre modales bien cuidados. Ese tipo de hombre siempre provocaba en mí una aceleración del pulso y unas ganas irresistibles de desnudarme. Traté de tranquilizar mis impulsos y no hacerlo allí mismo, pensando además cómo gestionar aquello. Siempre había sido una persona discreta, así que debía evitar que se supiera que mi próxima víctima se hallaba entre los invitados a la boda. Tampoco quería crear una polémica innecesaria de la cual mi madre sacaría buen provecho si supiera de mis actos.

Afortunadamente, mis pensamientos impuros se esfumaron cuando las luces del jardín se apagaron y un foco iluminó una de las esquinas. Mientras comenzaba a sonar una conocida melodía que creía reconocer de una película, los novios aparecieron como estrellas del *rock* e hicieron el camino hasta el escenario entre saludos y sonrisas al personal. Diana, al verme, me saludó con un gesto nervioso y me señaló el escenario.

—Creo que quiere que subas —escuché a Bruno.

—¿Ahí? ¿Para hablar? Ni en broma.

Tras un breve discurso en el que los novios nos daban la bienvenida, Diana intervino ante el micrófono:

—Gracias a todos por haber venido, no sabéis lo mucho que nos alegra veros esta noche. Mañana será el día más importante de nuestras vidas y queríamos que todos vosotros estuvierais aquí. Nuestra familia, nuestros amigos, los seres que amamos... Pero para mí era especialmente importante que una persona en particular me acompañara en este momento tan especial —hizo una dramática pausa y continuó—. Mi hermana mayor, Olivia, mi referente como mujer y mi mejor amiga.

Ante la nueva pausa de Diana, los invitados aplaudieron y Bruno se giró hacia mí con una sonrisita malvada:

—Creo que vas a subir a hablar...

Le miré con cara de mala persona y me recogí sobre mí misma para evitar que la gente me viera.

No me gustaban ese tipo de situaciones. Incluso estando más que acostumbrada a hablar en público debido a mi trabajo, no quería verme en la tesitura de hablar en ese lugar. Una cosa era formar a directivos y trabajadores acerca de cómo gestionar la ira o la ansiedad y ser felices en un entorno hostil como el laboral; otra muy distinta era dar un discurso en la boda de mi hermana. En ese hábitat debía ser diez veces más emocional, más visceral, y pronunciar palabras como amor, felicidad, pareja, matrimonio... Simplemente, no podía ser convincente.

—Me gustaría que subieras aquí —la voz de Diana percutió en mi cerebro—. ¡Olivia, sube, queremos que hables!

Varias decenas de cabezas se giraron al tiempo que Diana me señalaba y seguía animándome a subir al escenario. Pronto, algunos invitados se unieron y me alentaron a cumplir el deseo de la novia. Y entre ellos, Héctor, que a unos metros de distancia me miraba y aplaudía con una bobalicona sonrisa en su rostro.

Desvié la mirada hacia Bruno, que tuvo que descender varios metros para poder decirme al oído:

—No tengas miedo, lo harás genial.

Ignoro si fue su aliento cálido sobre mi mejilla o su recio perfume a macho, pero enseguida me olvidé de Héctor y, sin saber cómo, me vi dirigida hacia el escenario por unas piernas que no parecían hacerme ni puñetero caso.



## Mi novio ideal

Mis piernas iban por un lado, mi mente consciente por otro y, entre medias de esos dos, yo, que no recuerdo cómo conseguí subir las empinadas escaleras que me elevaron hasta lo alto del escenario. Mientras los invitados seguían aplaudiendo, mi hermana se abalanzó sobre mí y me atrapó en uno de esos abrazos tan recios que ella daba.

—¡Por favor, un gran aplauso para mi futura cuñada! —gritó Ignacio, extrañamente animado por la situación.

De repente me vi frente al público y cegada por un foco. Pensando en que aquel no era mi día sino el de los novios, suspiré y me armé de valor enfrentándome al micrófono sin tener ni la más mínima idea de lo que iba a decir.

—Gracias por este recibimiento —comencé a improvisar—, me siento como una estrella del porno —enseguida me di cuenta de que mi capacidad oratoria se veía notablemente mermada si antes no me había preparado el discurso—. Perdonad, estoy muy nerviosa... —Y poniendo una voz enternecida por la emoción—: mi hermanita pequeña se casa.

Se oyeron unos cuantos “ohhh” entre la concurrencia y traté de centrarme. Debía dar un delicado discurso para satisfacer a los novios.

Busqué a Bruno en la oscuridad que se extendía ante mí. Me observaba con su deliciosa sonrisa mientras se movía entre el público.

Naturalmente, yo me derretí.

—Hoy estamos aquí —continué tratando de que mi voz sonara calmada— para celebrar el amor de dos personas maravillosas, Diana e Ignacio... Qué guapo es mi futuro cuñado, ¿verdad? Qué suerte tienen algunas... En fin, como iba diciendo, somos testigos de la celebración del amor de dos seres maravillosos y debemos sentirnos privilegiados por estar presentes.

Eché una mirada a mi alrededor. Localicé a mis padres a unos pocos metros.

Mientras mi padre sonreía tontamente porque su pequeña se hacía mayor, mi madre mostraba un rostro severo y analítico, sin duda dispuesta a destripar mi discurso como una hiriente columnista de sociedad.

Cientos de ojos me miraban y, aunque no pensaba que estuviera siendo creíble, me esforcé y perpetré en décimas de segundo un esquema mental que, no lo dudaba, sacaría alguna lagrimita del personal más sensible.

—Algunas personas —continué— nacen para encontrarse, para encontrar el amor en los brazos y el alma de otra persona. Diana e Ignacio son un claro ejemplo de que el amor, esa maravillosa emoción que todos vivimos en algún momento de nuestra vida, existe y es real. Cada uno de nosotros estamos destinados a encontrarlo. Por eso, aunque pensemos que nunca viviremos lo que ellos viven ahora, debemos creer; debemos creer y tener la certeza absoluta de que el amor se cruzará en nuestro camino, que pondrá ante nuestros ojos a esa persona especial hecha sólo para nosotros... —Hice una pausa y sonreí con benevolencia a mi público—. Los que vivís eso, los que amáis y sois amados, por favor, sed conscientes de ese milagro y apreciadlo cada día, porque sois unos privilegiados. Yo sigo creyendo en el amor, sigo fiel a mi sueño de que, algún día, tal vez el amor me encuentre a mí. Creed como lo hicieron ellos —me giré hacia los novios. Diana tenía los ojos rojos y estaba a punto de llorar y su prometido, sonriente, la abrazaba emocionado—, creamos todos en el amor y, como ellos, un día seremos bendecidos por la felicidad absoluta, esa que hoy celebramos junto a Diana e Ignacio. Gracias por permitirnos ser parte de vuestra historia. Os queremos.

El público empezó a aplaudir y pude adivinar más de un rostro afectado por la emoción. Diana me apretujó otra vez con fuerza y, tras otro sentido abrazo de Ignacio, pude por fin largarme de allí.

Al bajar del escenario, una amable mano acudió en mi ayuda y me salvó de tropezar y caer por los escasos y empinados escalones. Cuando por fin descendí y mis pies tocaron tierra firme, levanté la vista y vi a Héctor, que aún sostenía mi mano.

—Un discurso precioso —dijo. Sospeché que estaba siendo irónico—. Y muy sentido. Estoy seguro de que todos los que te hemos escuchado nos hemos emocionado con tus sinceras palabras.

—Qué le voy a hacer —respondí altiva y de mala gana—, soy una excelente oradora y mi público me admira. Y ahora, si me disculpas, tengo a un hombre maravilloso que conocer.

—¿Ese tío con el que hablabas antes?

—Exacto.

—¿Por qué no me sorprende? En fin, suerte con la caza.

Cuando me liberé de la mano que me ataba a Héctor y sin haber dado un solo paso, la esperanza de alejarme de él y recuperar la erótica compañía de Bruno (al que había perdido de vista momentáneamente) se alejó de una forma dolorosa.

Mi madre hizo acto de presencia con su caminar de madrastra malvada y sonrió señalando a Héctor:

—¿No me presentas a este chico tan atractivo, querida? Un discurso muy a la altura, por cierto.

—Gracias, mamá —respondí—. Viniendo de ti, un inesperado elogio que no sé cómo interpretar... Él es Héctor, un compañero de trabajo de Ignacio.

—Encantado, señora.

—Llámame Dolores, cielo. Me alegra saber que por fin mi hija intenta encauzar su vida poniendo los ojos sobre un buen chico... Parece un buen chico, Olivia, no hagas tonterías.

—No, mamá.

—No logro que se centre, ¿sabes, Héctor? Tú pareces un buen chico y serías ideal para nuestra Olivia.

—Gracias... Pero, dígame, Dolores, ¿su hija no acierta con los hombres? —noté cierta malicia en la pregunta de Héctor y, sonriendo como una cría, lo interrogué con la mirada.

—No, es un desastre —pregonó mi adorada madre con un gesto innecesariamente teatral—, un auténtico desastre. Su último novio, por ejemplo, a punto de iniciar los preparativos de la boda... Bueno, qué te voy a contar, es mejor no recordarlo. Olivia es una buena chica, pero necesita desesperadamente sentar la cabeza.

Resoplé como un búfalo en medio de la sabana africana. Por supuesto, mi gesto de lamentación fue ignorado por ambos.

—Seguro que lo hará. Sin duda, su hija es una mujer muy inteligente.

—Sí, sí, lo es, mucho. Y tiene mi carácter, algo que se agradece, ¿verdad, cielo? —Mi sonrisa seguía intacta, a pesar de todo—. Ahora mismo está soltera... Deberíais salir juntos algún día, Héctor.

—Será un verdadero placer.

—Sin duda harás un gran favor a mi hija. Olivia necesita un novio desesperadamente.

—Mamá —interrumpí yo, bastante hartita de la conversación y, evidentemente, sin pensar demasiado—, en realidad ya tengo novio...

Ambos me miraron con ojos perplejos.

—Ah, ¿sí? —preguntó mi madre—. Qué noticia tan inesperada... ¿Y quién es el pobre muchacho?

—Él.

Héctor me miró de esa manera en que se suele mirar a las personas que nos acaban de meter en un lío innecesario. Yo aproveché el momento de sorpresa en que parecía haberse sumido para atrapar su brazo y pegar mi cuerpo al de mi enamorado.

—No quise decir nada por ahora —continué dirigiéndome a mi madre—, por la boda de Diana... No creímos que fuera el momento oportuno.

Mi mentira pareció haber hecho efecto en mi nuevo novio, que se había callado y su cuerpo había alcanzado una peligrosa rigidez. Sin embargo, mi madre, que me miraba con ese aire de desconfianza tan habitual en ella, no parecía convencida.

—Hum —dijo.

Traté de decorar mi mentira.

—Salimos juntos desde hace poco. Vamos despacio. Ya sabes. Con calma.

Los ojos de mi madre escanearon mi rostro y, tras un detallado análisis de la inteligencia artificial que parecía residir en su corazón, el resultado fue aparentemente positivo.

—Lo cierto es que no esperaba esto —dijo—, es tan inesperado, tan precipitado... Pero, en fin, te conozco y sé cómo eres. Nunca cambiarás, ¿verdad, querida? Héctor, bienvenido a la familia. Y paciencia, con Olivia la necesitarás.

Héctor agradeció con un gesto la bienvenida y mantuvo la compostura muy correctamente hasta que mi madre se hubo alejado.

No nos separamos. Nuestros cuerpos seguían unidos mientras mi madre iniciaba su camino de vuelta para propagar la noticia de mi inesperado noviazgo con aquel joven tan encantador.

—¿Sabes que está muy feo mentir a una madre? —preguntó Héctor— ¿Por qué has hecho eso?

—Y yo qué sé, no pensé en lo que decía.

—Eso es evidente.

No tenía una idea muy clara de por qué había mentido presentando a don Culo Bonito como mi novio, pero sospechaba que tenía algo que ver con lo cansada que mi madre me tenía. Sus constantes ataques, aunque no lo admitiera en mi fuero interno, hacían mella en mí y provocaban que cometiera ese tipo de estupideces.

—Será porque me tiene harta —continué sin mucho ánimo—. He hecho una tontería, ¿verdad?

—Sí. Especialmente porque te has atado a mí para el resto del fin de semana. Ahora somos novios.

—Te propongo un trato —dije—. Tú me ayudas con esto, te haces pasar por mi novio, no buscas una explicación racional a nada de lo que has escuchado en esta conversación y...

—¿Y qué? ¿Qué gano yo con esto?

Héctor parecía repentinamente divertido con la situación. Yo no estaba muy dispuesta a ofrecer algo a cambio, así que traté de apretar un poco las tuercas de don Culo Bonito.

—La satisfacción de haber ayudado a una dama en apuros —respondí.

—Te has metido tú solita en apuros. ¿Y tú, una dama? Por favor... Te propongo esto: me hago pasar por tu novio y te libero de la evidente presión que ejerce tu madre sobre ti a cambio de que tú me pidas disculpas sinceras. Repito, sinceras.

—Ya me disculpé, Héctor.

—¿Estás de broma? Aquello no fue suficiente.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que me arrodille?

—Qué orgullosa eres. Quiero que te disculpes con total honestidad, desde el corazón. Ah, y que me cuentes eso de que ibas a casarte. No te imaginaba pasando por el altar, no pareces de esas.

—¿De esas?

—Sí, de las que tienen corazón.

—Vete a la mierda, Héctor.

—En ese caso, me temo que debo romper nuestra relación. Lo siento, Olivia, no es por ti, es por mí.

—Idiota.

—¿Se lo dirás a tu madre después de la boda? Pobre, con lo feliz que parecía con la noticia.

—Eres un auténtico idiota. Pero ya que la he cagado, haré lo que me pides —tragué tanto aire como pude y solté de mala gana—: te pido disculpas por haber hecho lo que hice, no tuve en cuenta tus sentimientos y eso no estuvo bien. Y ahora, por favor, deja de comportarte como un adolescente.

—¿No dices nada de la nota?

Resoplé.

—Siento mucho haberme marchado de tu casa dejándote una simple nota. Aunque en esa nota te escribiera que follas muy bien.

—Gracias, fue un cumplido maravilloso. Acepto tus disculpas. Ahora cuéntame lo de tu boda.

—Mejor en otro momento.

—Me parece bien. Tenemos un largo fin de semana por delante, ya nos pondremos al día.

—Sí, mejor... —Por fin me separé de él y mi tono cambió. No es que me gustara pegar su cuerpo contra el mío, porque lo cierto era que sí, me gustaba, pero creí conveniente que ya era hora de poner fin a una conversación que empezaba a agobiarme—. Oye, me voy, pásalo bien.

—Suerte con tu hombre, amor mío.

Desde luego, el muy idiota se lo estaba pasando bien.

Un fin de semana demasiado largo, una madre insoportable, un novio ficticio e innecesario y un recuerdo, el de mi boda frustrada, que de repente volvía a mi pensamiento.

Todo estupendo, me dije mientras me alejaba de Héctor.

Desde luego, mentir nunca es la opción más adecuada. No importan las circunstancias, porque en ningún caso la mentira nos dará una ventaja realmente útil de la que podamos sacar partido. Y aunque sabía todo eso, fui capaz de mentir (tonta que es una), nada menos que a mi madre, e inventarme un novio, Héctor, un hombre con el que había pasado dos noches y que parecía guardar un grato recuerdo de mí.

Y no podía ser otro, no, tuvo que ser Héctor.

Fui una estúpida, pero no tenía sentido lamentarme más de lo debido. Ya que había inventado esa vida paralela y la había puesto delante de las narices de mi adorada madre para que la admirara, no me quedaba otra opción que aguantar esa mentira hasta, como mucho, dos días más tarde, cuando Héctor y yo nos separáramos para siempre. Podía soportarlo, sólo debía hacer las cosas bien.

Dejé que mi mente se aclarara un poco y alejara la imagen de Héctor y la de aquella boda que nunca se celebró. Mientras caminaba entre la gente y veía a algunos reír y bailar y a otros hablar relajadamente en pequeños grupos, traté de que mi atención se enfocara hacia objetivos más interesantes. Busqué a Bruno entre la multitud. Cuando localicé su imponente figura en una terraza y cruzamos nuestras miradas, algo cambió en mí. De repente dejó de preocuparme Héctor, la mentira que había contado a mi madre y cualquier recuerdo absurdo de una vida lejana, tan lejana

que ya no la reconocía como mía. Era parte del magnetismo animal que desprendía Bruno y del que yo pretendía disfrutar. Me sacudí los recuerdos, las preocupaciones, y miré hacia delante, hacia aquel hombre que ahora me desnudaba con aquellos extraordinarios ojos azules.

## Un empotramiento frustrado

Un par de horas más tarde lo que me desnudaba no eran sus ojos, sino sus manos. Con la necesidad del que no ha comido en semanas, nos lanzamos el uno hacia el otro en cuanto nos encontramos a solas en su habitación.

Bruno me dejó en ropa interior a una velocidad admirable, atrapó mis brazos contra mi cuerpo y me empujó contra una pared. De una sacudida me vi elevada hasta situar mis ojos ante los suyos y noté una fuerte y considerable erección entre mis piernas, que ahora rodeaban su cadera y esperaban con ansia lo que estaba a punto de suceder.

Aquella noche prometía.

Ya había olvidado a Héctor, a mi madre, el discurso y la boda; todo me parecía inexistente, ahora que podía disfrutar de aquel pedazo de maromo que encendía esa parte salvaje en mi interior que sólo unos pocos hombres sabían encender.

Así que, caliente como una perra y mientras Bruno me besaba y peleaba por quitarme el sujetador, yo me lancé a por su camisa. Cuando ya temía que el siguiente paso sería arrancársela porque era imposible desabrochar aquellos puñeteros botones, Bruno me dejó en el suelo, se separó de mí, atrapó mis manos por las muñecas y, con una expresión de temor en su rostro, dijo:

—Espera.

Él dio un par de pasos hacia atrás.

—¿Va todo bien? —pregunté.

Mi pregunta era absurda. Por supuesto que no iba todo bien. Que un hombre se detuviera en plena tarea era insólito; que lo hiciera cuando estábamos casi desnudos y a un solo paso de la cama era altamente improbable.

Bruno vaciló, cabeceó un poco y siguió callado.

—Bruno, ¿va todo bien? —repetí.

—Sí, sí —titubeó—, claro... Es que... Verás...

—¿No te gusto?

—Pues claro que me... Olivia, ven, siéntate aquí.

Antes de sentarnos en el borde de la cama me coloqué bien el sujetador que, por supuesto, Bruno no había sabido quitarme.

—¿Alguna vez has estado enamorada? —soltó tras una pausa. Su rostro mostraba una duda más que considerable, como si con aquella preguntara intentara buscar la respuesta a la razón de la existencia del universo entero.

Yo no podía sentir más extrañeza. Quince segundos antes estaba a punto de perder mi ropa interior y él los delicados y casi inviolables botones de su camisa. Y ahora me hacía una pregunta que claramente estaba fuera de lugar.

—¿A qué viene eso? No te entiendo, Bruno.

Su rostro se había endurecido. Serio, me miraba de un modo que me hizo sospechar, como si de antemano se arrepintiera de lo que estaba a punto de decir o hacer.

—Me estás asustando —continué.

—Lo siento, perdona... —Bruno cogió mis manos y las acarició con ternura—. No me malinterpretes... Si te pregunto si alguna vez has estado enamorada no es porque yo lo esté de ti. Sé muy bien qué hemos venido a hacer aquí.

—¿Entonces?

—Entonces debes saber que yo sí lo estoy. Estoy enamorado, pero no de ti, sino de mi esposa.

A los casados debería dedicar un capítulo aparte. Como mujer, sé muy bien que los hombres en general son unos cerdos, unos mentirosos y, por extensión, unos infieles. Los casados entraban por méritos propios en el número uno del ranking.

Nunca estuve con un casado. Curiosamente, en mi particular decálogo de prohibiciones había cosas que no haría bajo ninguna condición: tríos, orgías, dominación... Y acostarme con hombres que ya tenían una mujer.

Así, pues, bastante más contrariada de lo que mi rostro parecía expresar, me levanté de la cama sin decir nada y empecé a recoger mi ropa.

—Espera, Olivia, por favor, déjame hablar.

Bruno me detuvo.

—Déjame explicártelo —pidió.

Me calmé y respiré hondo.

—¿Dónde está tu mujer? —pregunté—. ¿Y por qué no está aquí?

—Ella está en Madrid. Nos separamos hace un mes.

—¿Y por qué leches hemos llegado hasta aquí? Es decir, si estás casado..., aunque ya estés separado, ¿por qué has querido ligar conmigo? Estás enamorado de otra, joder. No se puede ser tan irresistible si estás enamorado de otra.

—Lo siento —hizo una pausa y continuó—: no sé por qué lo he hecho, pero verte esta noche ha sido como ver a Eva por primera vez, cuando la conocí. Sois tan parecidas.

—Lo dudo —Bruno me echó una mirada interrogante—. Da igual —traté de calmarme y relajar mi tono de voz—. Me duele mucho que no me dijeras la verdad desde el principio.

—Lo sé. Pero ya te he dicho que nos separamos hace un mes. Es decir, legalmente sigo casado, emocionalmente...

—Sigues enamorado de ella.

Bruno no respondió. Miraba a algún punto indefinido por encima de mi cabeza, como si reflexionara sobre algo importante.

— Siento mucho no haber sido sincero —continuó—, pero al verte en el cóctel la vi a ella. Y no pude evitar acercarme a ti. Eva estaba tan bonita como tú esta noche.

—Aun así, deberías haberme dicho que seguías casado. Era lo justo.

—Lo sé y lo siento. Estoy en un momento muy difícil de mi vida, mi esposa me dejó hace apenas un mes después de diez años juntos... Me ha dejado por un compañero de trabajo... Bueno, me has recordado mucho a ella, como te decía antes. Y, de repente, mientras nos estábamos desnudando, he visto a Eva aquí, conmigo. He visto su rostro, he sentido que nada de lo que ha ocurrido en el último mes ha sido real. Y no he sido capaz de seguir besándote.

—Deberías haber empezado por ahí, nos hubiera ahorrado un calentón muy tonto.

Bruno asintió en silencio. En ese momento sentí una pena muy particular por él. Hacía mucho que no sentía algo así y me alegré de saber que esa parte de mí aún no había sido devorada por la *dominatrix* del amor.

—Vale, está bien —continuó—. Oye, ¿quieres que hablemos del tema? De cómo estás y eso.

Siempre he tenido la impresión de que, salvo excepciones muy poco habituales, los hombres eran tan básicos como una camiseta de tirantes. Sin embargo, esa noche Bruno me enseñó que hasta las camisetas de tirantes más elementales tenían cierta complejidad de fondo. Y hasta sentimientos.

Sentados sobre la cama, me contó su historia. Resumiendo: diez años junto a la tal Eva, un amor sacado de una película romántica, una boda de ensueño un par de años atrás, varios intentos de tener hijos y un amor, el amor de su vida, que lo mandó todo al carajo sin pensárselo dos veces

cuando decidió tirarse a su compañero de trabajo.

Y ahí estaba Bruno, todo un hombretón, guapo hasta decir basta, varonil, encantador, el sueño de toda mujer llorando por una zorra egoísta que sólo pensaba en ella.

Curioso, ¿verdad? Yo hablando así.

No entré a analizar y criticar mis pensamientos, no era el momento. Bruno había comenzado a llorar como un niño con su juguete favorito roto entre las manos.

—Y me dijo... Hip... Me dijo que... Hip... Que me quería, pero que no era feliz... Yo quería saber qué... Hip... Qué... Hip... Qué había hecho mal para que me dejara, pero ella me dijo que nada y...

Entre hipidos me contó que Eva había sido honesta, sí, pero que las formas de terminar su relación no habían sido las más adecuadas. Aunque desde el primer momento confesó que se había enamorado de otro hombre, se lanzó de cabeza a la aventura extramarital sin tener en cuenta los más mínimos sentimientos de su marido. Simplemente lo contó y desapareció.

—Ay, pobre —dije.

Sentía una pena enorme por ese hombre de metro noventa que no dejaba de llorar desconsolado por una mujer que no lo merecía.

Me sorprendió descubrir que podía empatizar tanto con las emociones de Bruno. Eso no era muy habitual. ¿Sentir compasión por esos animales que dicen ser el sexo fuerte? Jamás, gritaría Maribel, mi *alter ego*, entre insultos y gritos.

Pero lo cierto era que ahí estaba yo, en bragas y tratando de consolar al enemigo.

—A veces pienso que esto es lo mejor que me podía pasar —dijo Bruno cuando ya se había tranquilizado—, al menos no me fue infiel mientras estábamos juntos.

Aunque dudaba mucho de que aquello fuera cierto, me callé y asentí.

—Seguro que fue lo mejor que te pudo pasar —contesté tratando de hacerle sentir mejor—. Mira el lado positivo: ahora eres libre. Y un chico como tú no tardará en encontrar a una mujer que esté a su altura.

—Gracias, Olivia. Qué buena eres.

—Ya, sí... Oye, aunque resulte difícil de creer, sé cómo te sientes. Yo pasé por lo mismo que tú.

—¿Sí?

—Hace un año, más o menos. Mi ex me engañó con otra cuando ya habíamos decidido casarnos.

—Lo siento. ¿Por qué hacen eso? ¿Por qué nos engañan cuando lo único que queremos es que nos quieran?

—No lo sé, Bruno. Ojalá pudiera darte una respuesta, pero no la tengo.

Suspiré con cierta melancolía. Durante mucho tiempo me hice esa pregunta, por qué Sergio hizo lo que hizo. La respuesta siempre se deslizaba entre mis dedos.

—Bruno —continué—, tú eres un buen hombre. Eres guapo, inteligente, encantador... En fin, que eres un regalo para cualquier mujer. Créeme, sé lo que digo. Tarde o temprano saldrás de esto, te quitarás de encima este dolor y pasarás página. Eva sólo será un recuerdo y tú podrás seguir con tu vida y ser feliz, que es lo que mereces. Pero déjame que te de un consejo: no te culpes. Seguro que no fuiste el novio perfecto, pero estoy convencida de que lo que pasó no fue responsabilidad tuya. La quieres, las has querido mucho y eso lo transmites. Pero no te culpes y, sobre todo, no te pierdas el respeto a ti mismo. Antes me preguntabas si había estado enamorada alguna vez. Claro que sí. Mucho, muchísimo, pero ese hombre me hizo pasar por lo mismo que estás pasando tú ahora. Sé cómo te sientes, pero recuerda que ante todo debes amarte a ti mismo.



Yo cometí el error de no hacerlo, no lo hagas tú.

Bruno me sonrió.

—¿Puedo darte un abrazo?

Lo atraje y me abrazó con tanta fuerza que me cortó la respiración.

—Gracias, Olivia—dijo tras soltarme—, gracias por escucharme y ser tan comprensiva. Y siento mucho todo esto. No era lo que esperabas, ¿verdad?

—No te preocupes. Es verdad que no me lo esperaba, pero me alegra saber que has confiado en mí, que me has contado algo tan personal, y eso me hace sentir bien. Hoy necesitaba algo así.

—¿Qué necesitabas?

Reflexioné durante unos segundos buscando las palabras correctas.

—No lo sé —respondí—, quizá simplemente sentirme bien porque he hecho algo bueno por alguien.

—Eres una buena persona, Olivia. Seguro que haces cosas muy buenas por los demás.

Me limité a sonreír y me pregunté si era cierta aquella última frase.

Pasamos un rato más hablando. Bruno me contó cómo había sido ese último mes de su vida y, después, yo le conté mi experiencia con Sergio y mi último año como soltera sexualmente liberada. Intercambios tristezas y frustraciones hasta que creí conveniente marcharme.

En la puerta de su habitación, Bruno me despidió con otro de sus poderosos abrazos.

—Gracias —dijo—, de verdad. Esta charla ha sido muy agradable, casi terapéutica. Es la primera vez que hablo tan abiertamente de Eva. Me has hecho sentir muy bien.

Prometimos vernos al día siguiente y seguir hablando si lo necesitaba. Después, yo empecé a recorrer el largo pasillo de regreso a mi habitación.

Tenía una extraña sensación que me recorría el cuerpo. No era tristeza, ni pena o desconsuelo; tampoco alegría o liberación. Sí sentía una cierta satisfacción por saber que había sido útil a un hombre que, contra todo pronóstico, fue capaz de admitir ante una mujer unos sentimientos tan dolorosos para él. Inevitablemente recordé a Sergio y aquellos días oscuros. Pero sacudí la cabeza y esos pensamientos se esfumaron. Lo último que necesitaba en ese momento era remover un poco más ese pasado tan doloroso.

Algo inquieta aún, me desvié del pasillo y me lancé escaleras abajo. O fumaba un cigarrillo inmediatamente o me ponía a llorar.

Aunque ya era tarde, la fiesta aún continuaba. El jardín se veía más despejado, pero muchos de los invitados seguían bailando y riendo entre canciones. Decidí mantener una distancia prudencial. No me apetecía mantener charlas que, a esas horas, podían ser muy poco coherentes.

Encendiendo un cigarrillo con aires de *femme fatale* me acodé en la gran puerta acristalada que separaba el jardín de la galería. Al poco rato, unas voces que provenían de algún lugar a mi derecha atrajeron mi atención. En particular, una frase fue la que me puso en alerta:

—Olivia, la hermana de Diana —escuché—. ¿Cómo es? Quiero decir, no es que tenga un interés en ella... Ya me entiendes.

Me incliné un poco hacia delante y asomé el hocico para ver quién había hablado. Entonces vi a Héctor, cuya voz era la que había pronunciado esas palabras, y a Ignacio. Ninguno de los dos, que miraban hacia la fiesta que se celebraba en el jardín, había reparado en mi presencia.

—Bueno —escuché a Ignacio—, Olivia es... Olivia. No puedo decir mucho más. No es Diana, eso seguro. Mi Diana es tan cariñosa, tan buena, tan perfecta en todo.

Me alegré de que tuviera tan buena opinión de mi hermana. Sin duda iba a ser un gran marido, aunque un pésimo cuñado.

—Es una buena chica —continuó Ignacio—, pero tiene un problema. Desde lo de su expareja, tiene un problema que no sabe cómo gestionar. Creo que odia a los hombres.

—No me ha parecido eso —respondió Héctor—. Al menos no esta noche, cuando vi cómo flirteaba con ese tío.

—Bruno, un gran hombre.

—Como se llame. ¿Tú crees que le gusta?

—¿Estás de broma? Bruno me gusta hasta a mí. Si fuese una mujer no lo dudaría ni un momento, iría a por él sin pensarlo. ¿Has visto ese rostro, ese cuerpo...?

—Ya, sí, sí... ¿Qué crees que habrán hecho?

—La pregunta correcta es: ¿qué están haciendo en este mismo momento? ¿No te lo imaginas?

Héctor torció el gesto.

—Supongo que sí...

—¿En serio? —preguntó Ignacio con sorpresa.

—¿Qué?

—¿Te gusta Olivia?

—Tal vez.

Ignacio, muy paternalista él, puso una mano en el hombro de su compañero de trabajo.

—Pues, muchacho —dijo—, te voy a dar un consejo: ten cuidado. Olivia es una buena chica, insisto, pero no tiene ni la más mínima idea de lo que quiere. O sí. Como prueba, mi amigo Bruno...

—Ya... ¿Y es malo que no sepa lo que quiere?

—No, si sólo quieres acostarte con ella. Pero tú sí sabes lo que quieres, ¿verdad? Después de lo que pasaste... Ten cuidado. Olivia aún está confundida y tú puedes salir tan mal parado como entonces.

Héctor no respondió. Miró al frente y, cuando estaba a punto de hablar, yo arrojé mi cigarrillo al suelo y me di la vuelta.

No quería saber qué iba a decir a continuación. Ni qué era aquello que don Culo Bonito había pasado. Ni por qué iba a salir tan mal parado conmigo.

Ni por qué yo seguía confundida.

## El puñetero *brunch*

Esa noche soñé con Sergio. Estábamos en mi casa, por entonces aún nuestra casa, preparábamos la cena y conversábamos con absoluta normalidad. Éramos felices, o así lo veía en mi sueño. Todo parecía fluir entre nosotros con naturalidad, como en los mejores tiempos, pero en un momento dado Sergio cambiaba repentinamente de actitud. Ahora estaba serio, incluso enfadado conmigo, decía que algo no iba bien, que algo debía ser arreglado para que nuestra felicidad pudiera crecer y continuar. Yo preguntaba qué era lo que no iba bien y, mientras él hablaba y repetía que algo debía ser arreglado, yo escuché un ruido, unos pasos que provenían del pasillo. Sergio no parecía percatarse de ello, así que yo me asomaba y veía surgir desde nuestro dormitorio la figura imponente de una mujer muy atractiva y completamente desnuda que caminaba hacia la cocina. La mujer pasaba a mi lado sin mirarme, como si yo fuera invisible, y Sergio me la presentaba como una amiga. Por supuesto yo no entendía nada, pero no pedía explicaciones acerca de esa mujer o la razón de que estuviera desnuda en mi propia casa. Sergio seguía hablando de que algo no iba bien, insistía en que algo debía ser arreglado; de lo contrario, decía, nada sería igual y aquello terminaría pronto.

Entonces abrí los ojos.

Me sentía mareada cuando me levanté de la cama. Aún era temprano y el sábado comenzaba a despertar. Las primeras luces brotaban de entre las montañas y atravesaban las copas de los árboles y todo parecía indicar que tendríamos un día soleado y perfecto para celebrar una boda.

Sin embargo, tras una ducha que debía ser reparadora, el mareo apenas se había mitigado. Sentía que una resaca emocional me barría por completo.

Aquel sueño, el recuerdo repentino de Sergio, la conversación entre Héctor e Ignacio que escuché a escondidas, el sentimiento de confusión que me invadió entonces y aún permanecía ahí, en mi interior, todo eso se unió para dar forma a ese barullo de emociones que amenazaban mi día.

Y aquel día era especial. Era el día en que mi hermanita se casaba y yo debía estar al cien por cien, así que no podía permitir que mi ánimo decayera.

Me esforcé por olvidar el sueño, por ver el lado bueno de mi conversación con Bruno y de lo que había escuchado entre Héctor e Ignacio. Irónicamente, que se interesara por mí hacía que me sintiera mejor.

Me entretuve un rato más acicalándome mientras ordenaba mis pensamientos. Cuando llegó la hora de salir al mundo, mi mente parecía más despejada y mi humor había mejorado.

Hice mi entrada en el salón donde se celebraría el *brunch* como Lady Gaga estrenando bata nueva en la alfombra roja. Miré alrededor, a las mesas que ya empezaban a ocupar los invitados, y vi al fondo de la gran estancia a mi madre, que me saludó con un gesto y analizó mi *outfit* con gesto interrogante. Devolví su saludo con otro gesto tan vago como el suyo, analicé su *outfit* buscando incongruencias (no las había, la muy perra tenía tan buen gusto como yo) y busqué mi mesa en el tablón que tenía a mi lado.

Naturalmente, la perturbada mente de mi hermanita se encargó de que los astros se alinearan y que la buena suerte me persiguiera: me había sentado junto a Héctor. No dudaba que aquella casualidad fuera obra suya. La imaginaba tramando su malvado plan la tarde anterior o esa misma mañana, hablando con la *wedding planner* y susurrando a su oído algo así: “Coloca a mi hermana

junto a este hombre, creo que podrían enamorarse... ¿Te imaginas que de mi boda saliera mi hermana prometida con el gran y maravilloso Héctor? Sí, yo lo veo... Sería tan maravilloso, tía”.

Sin duda, mi hermanita tenía esa clase de pensamientos.

No protesté. Gracias a mi estúpida mentira, Héctor era oficialmente mi novio. Al menos para mi madre. Y Diana, estaba segura, daba por hecho desde el momento en que nos presentó que Héctor y yo estábamos a escasos centímetros del altar. Así que, siendo optimista, me venía bien aquella jugada: sentarme junto a mi enamorado durante el *brunch* y, tal vez, hacer que nos vieran juntos en algún momento más del día proporcionaría mayor credibilidad a la estúpida mentira que aún no sabía de dónde había surgido.

No me gustaba la idea de tener un enamorado, era cierto, pero me consolé pensando que debía fingir sólo durante dos días. Tal vez menos, si podía escapar de regreso a Madrid antes de que terminara el domingo. Y una vez en Madrid, Héctor se convertiría oficialmente en otro malvado ex que despreciaba mi amor. Pobre de mí.

Localicé mi mesa, me encaminé hacia ella saludando en el recorrido a algún familiar que de repente sacaba la cabeza de su plato para darme un efusivo abrazo y me senté junto a mis cuatro compañeros.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días, bonita —dijo un hombre con bigote y aspecto desgastado—. La hermana de la novia, ¿verdad?

—Sí, Olivia, encantada.

—Está siendo una boda divina —dijo la mujer que estaba a su lado—. José Manuel y yo estamos disfrutando de lo lindo, ¿verdad, querido? Los novios son tan encantadores... Qué contenta debes estar.

—Mucho, mucho.

Los otros dos compañeros de mesa, Rosario, una mujer delgaducha y de labios casi invisibles, y Ramón, un hombre de mediana edad que creía conocer del despacho de mi padre, se mantenían silenciosos en un discreto segundo plano tras los saludos de rigor.

Intercambiamos unas cuantas frases más de cortesía hasta que unas manos desconocidas atraparon mis hombros y, a continuación, un tierno beso se posó en mi mejilla. Al girarme pude ver a Héctor, que ya tomaba asiento a mi lado.

—Buenos días a todos —dijo con una sonrisa—, qué día tan espléndido para una boda, ¿no les parece?

—Él es Héctor... —comencé a decir.

—Su novio —me interrumpió—, encantado de saludarles. Qué hambre tengo, esto del *brunch* es un invento increíble, ¿verdad?, debería ser obligatorio cada día de la semana. ¿Has dormido bien, mi amor?

Se inclinó hacia mí y me plantó un beso en los labios. Héctor parecía especialmente animado aquella mañana.

—Muy bien, mi amor —respondí forzada por la situación y saboreando aún aquel beso inesperado.

Felicité mentalmente a mi novio. Gestos tan espontáneos como aquel daban una mayor credibilidad a nuestro supuesto noviazgo. No sabía si mi madre estaría cerca vigilando mis movimientos.

—Qué pareja tan encantadora, ¿no opinas lo mismo, José Manuel?

—Encantadora, sin duda —respondió José Manuel a su esposa—. Me recuerdan a nosotros hace cuarenta años. ¿Te acuerdas, Esperanza?

Esperanza sonreía como al parecer sólo se sabe sonreír en una boda: como una tonta.

—Pues claro que me acuerdo —respondió la señora—, qué época tan bonita, querido.

—Esperemos estar tan bien como ustedes dentro de cuarenta años, ¿verdad, amor mío?

Héctor me apretó contra su cuerpo.

—Bueno —dije—, a saber dónde estamos tú y yo dentro de tanto tiempo.

—Qué graciosa es mi princesa. Nos adoramos.

Me deshice del abrazo de Héctor y me dispuse a degustar en silencio el plato que me servía ahora un camarero. No es que no disfrutara del exceso de amor que me ofrecía mi ficticio novio, pero tampoco creía conveniente dejarme llevar y permitir que se tomara tantas libertades.

—Siempre se ha dicho que los polos opuestos se atraen —dijo Ramón saliendo de su silencio—, pero vosotros parecéis tan distintos... No sé, más opuestos, si se me permite la expresión.

—Se le permite —respondió Héctor—, pero la nuestra es una historia de amor poco común.

—Oh, contádnosla —pidió alegremente Esperanza.

Héctor tomó una de mis manos entre las suyas. Con la otra no dejé de comer mientras él hablaba. Preferí no intervenir, algo inquieta, eso sí, por el camino que podía tomar la conversación.

—Será un placer —dijo Héctor—. Verán, todo empezó una noche, durante una cena en casa de un amigo común, un esgrimista que había participado en las Olimpiadas con pésimo resultado. Olivia me estremeció nada más verla. Estos ojos, estos labios... ¿Qué quieren que les diga? Me enamoré al instante.

—¿Un esgrimista olímpico? —preguntó Rosario sin apenas mover sus casi invisibles labios.

—Sí, un esgrimista olímpico. Poco hábil, añadido. El caso, como les decía, es que me enamoré de ella nada más verla. Amor a primera vista.

—¿Y qué paso después?

—Ella me ignoró durante meses mientras yo luchaba cada día para convencerla de que nuestro amor era posible. La invité a cenar, al cine, a dar un paseo por el parque y hasta la llevé a París. Nuestro primer beso fue en lo alto de la Torre Eiffel. ¿Te acuerdas, amor mío?

—Hum —respondí yo con la boca llena y algo asombrada por el cuento que estaba escuchando.

—Tras aquel beso, nuestras familias enfrentadas trataron de separar nuestros destinos. Pero no, el amor que sentíamos el uno hacia el otro era tan poderoso como el de Romeo y Julieta... Afortunadamente, no tuvimos el mismo final.

—Oh —suspiró Esperanza, muy metida ya en la trama.

—¿Sus familias no querían que estuvieran juntos? —preguntó José Manuel, intrigadísimo.

—No —respondió Héctor, sacudiendo la cabeza—. La codicia de nuestras familias, enfrentadas desde hace décadas por la posesión de unas tierras ahora baldías, quiso separar nuestras almas, que estaban destinadas...

Me incliné ligeramente hacia él.

—¿Se puede saber qué haces? —le susurré.

—Contar nuestra historia —respondió mi Romeo—. Vamos, déjame divertirme un poco.

—No te pases.

Héctor siguió hablando. Se inventó una historia más propia de una novela que del mundo real. Según su relato, nuestras familias llegaron hasta el asesinato y, años más tarde, aún seguían enfrentadas por no sé qué de las tierras esas baldías. Y mientras, nuestros cuatro compañeros de mesa escuchaban extasiados.

Por suerte (y me cuesta escribir esto), mi madre apareció repentinamente e interrumpió a mi novio.

—Oh, querida —dijo Esperanza a mi señora madre—, Héctor nos contaba cómo se conocieron él y Olivia y lo difícil que ha sido su amor.

—¿Sí? —respondió ella—. Bueno, seguro que no fue tan difícil. O sí, que con Olivia las cosas nunca son sencillas. En todo caso, hacen una pareja maravillosa, ¿no creéis?

—Sin duda —dijo José Manuel—, maravillosa.

—En fin, sólo quería saludaros, ayer fue un día tan estresante que me olvidé de todo. Deseo que os estéis divirtiendo y disfrutando del *brunch*. Fue idea mía, ¿sabéis? La *wedding planner* querrá apuntarse el tanto, pero miente... Ramón, querido, encantado de verte. Rosario, estás preciosa esta mañana.

Mi madre se alejó.

—Qué bien parece llevar vuestro noviazgo —dijo Rosario.

—Oh, sí —respondió Héctor—. Fue duro convencerlos, mi padre incluso me desheredó, pero al fin... Lo tuve claro aquella noche. ¿Recuerdas, amor mío, aquella noche?

—No, ni idea.

Temía que Héctor siguiera inventando. Una cosa es adornar una mentira con detalles, otra muy distinta es escribir la segunda parte de *Orgullo y prejuicio*.

—Cariño... —quise hablar, pero Héctor me hizo callar poniendo un dedo sobre mis labios.

—Aquella noche, en mi velero, frente a las cosas de Egipto, hicimos el amor sobre la cubierta bajo la atenta mirada de las estrellas y de las pirámides que, a lo lejos, refulgían en la noche eterna de la tierra de los faraones. Fue entonces, admirando la belleza de su rostro y de su alma, cuando lo supe con absoluta certeza: la amaba. Y entonces te hice la pregunta—Héctor había cogido mi mano y fijaba sus ojos en mí—, aquella que más temía: ¿quieres casarte conmigo?

—Oh, Dios mío —Esperanza atrapaba su pecho bajo sus manos temblorosas, ansiosa de conocer la respuesta—. ¿Dijo que sí? Olivia, ¿qué respondiste?

—Mi amada dijo sí —sentenció Héctor con una sonrisa de plena satisfacción.

—Oh —volvió a suspirar Esperanza.

—Qué bonita historia —dijo Rosario.

—Merecéis la felicidad más grande, hijos míos—finalizó José Manuel.

Como decía, *Orgullo y prejuicio 2* se precipitaba hacia su final. Y como lo mío es más *Cincuenta sombras de Grey*, ahí fui yo:

—A ver —dije—, que creo que mi novio ha exagerado un poquito. Nuestra historia es muy común. Eso del velero y Egipto lo vimos en una película.

Mientras nuestros compañeros se miraban con sorpresa y cuchicheaban entre sí, yo cogí a Héctor por un brazo.

—¿Puedes dejar de inventar? —pregunté.

—Pero, cariño, nuestra historia debe ser contada... Somos los Romeo y Julieta de este siglo.

Héctor sonreía. Era evidente que se divertía mucho más que yo.

—Cállate y límitate a comer, ¿entendido?

Me giré hacia los demás.

—Disculpád —dije—, mi novio es tan fantasioso. No puede evitarlo.

—Entonces —preguntó Esperanza—, ¿vuestra historia...? ¿No habrá boda?

—No —Héctor se me adelantó. Fruncía el ceño y su mirada se perdió hacia el techo del salón—. Aunque me rompa el corazón, hace no mucho descubrí la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó Ramón.

—Olivia —dijo lentamente Héctor—, mi amada, me es infiel.

—Ah, que ahora soy infiel —vociferé—. ¿Me estás vacilando?

—Anoche... —Héctor parecía al borde del llanto—, anoche te vi... ¿Quién era ese hombre?  
Como actor, mi churri tenía futuro.

—Creo que me he perdido —intervino Rosario—. Lo de vuestras familias y el velero y la petición de matrimonio...

—Mentira tras mentira —dije—. Este idiota se lo ha inventado todo.

—Entonces, ¿no fuiste infiel a Héctor? —preguntó Ramón.

—Amor mío, ¿qué sucedió entre ese hombre y tú? Exijo la verdad.

Levanté una mano para hacer que Héctor se callara. Tanta fantasía me había calentado demasiado.

—En realidad —dije con toda la calma del mundo—, este idiota y yo apenas nos conocemos. Bueno, sí, nos acostamos un par de veces, pero no pasó nada más.

—Cuéntales lo de la nota —me sugirió Héctor, sonriéndome.

—Sí, la nota. Cuando me marché de su casa dejé una nota sobre la almohada. Sólo le decía que follaba muy bien. Pero, por lo demás, como os comentaba, ni somos novios ni nada de lo que ha contado es cierto. Disculpadle, por favor, el pobrecito no sabe cómo llamar la atención.

La mesa guardó silencio. Sólo Héctor, tras uno segundos, volvió a hablar:

—Olivia, amor mío, me rompes el corazón.

—Haz el favor de callarte y disfrutar del puñetero *brunch*.

—Lo que tú digas, princesa.

## Los sabios consejos de mamá

—Dices eso porque no te has molestado en conocerlo mejor. Héctor es un chico encantador, haz el esfuerzo.

—Que no, Diana, que es idiota. No sabes la escena que se ha inventado durante el *brunch*, parecía un niño pequeño.

—¿Y tú para qué pinchas?

—Que yo no he pinchado, que ha sido él.

—Uy, vosotros os gustáis...

—¿Qué dices?

—Mamá me ha dicho que es tu novio... Ya me dirás si os gustáis o no.

—Eso de que es mi novio me lo inventé.

—A veces tienes unas cosas, Olivia... ¿Por qué te inventas algo así?

—Y yo qué sé. Supongo que porque quería quitarme de encima a mamá, no sé, déjame.

—Uy, a ti Héctor te gusta pero no sabes cómo decirlo.

Mi hermana había desarrollado ese síndrome de Celestina insoportable desde que el día en que conoció a Ignacio. Supongo que pensó, en uno de sus extraños razonamientos psicoafectivos, que si ella había encontrado a un hombre como su novio y era tan feliz, también podía ayudar a otros a encontrar el amor verdadero. Y como si de una superheroína del corazón se tratara, su dardo justiciero se había posado sobre mí, que al parecer tenía que encontrar novio inmediatamente o moriría desdichada y sola.

Encendí el segundo cigarrillo seguido y llamé a un camarero que, ya finalizado el *brunch*, aún pululaba por ahí:

—¿Quieres otro café? ¿No? Póngame uno a mí, cargadito y con sacarina.

Me recliné sobre mi asiento y dejé que me cubriera el acogedor sol de la primavera que ahora bañaba toda la terraza.

—Pues sinceramente creo que haríais una pareja muy bonita —continuó doña Celestina—. Héctor es un cielo.

—Es un idiota.

—Pero, vamos a ver —Diana se inclinó sobre la mesa, apagó el cigarrillo que había estado fumando como una adolescente a las puertas del instituto y me miró fijamente—, ¿a ti qué te pasa? Te presento a un chico adorable, un sueño de hombre, sí, un sueño de hombre, no pongas esa cara porque sé lo que digo, hermana, y tú no le das ni el beneficio de la duda. ¿A qué viene esto? Os conocéis de antes, ¿no? Es como si hubiera pasado algo entre vosotros y no quisieras contarme toda la verdad.

—Es que no entiendo por qué te empeñas en liarne con Héctor.

—Porque, uno, te vendría muy bien un chico así y, dos, ya va siendo hora de que rehagas tu vida. Lo de Sergio quedó atrás.

El camarero llegó a tiempo para interrumpir el sermón acerca de corazones rotos y oportunidades al amor que mi hermana estaba a punto de iniciar. Con una sonrisa le di las gracias y aproveché para mirarle el culo.

—Lo de Sergio fue hace mucho y... —continuaba mi hermana.

—Ya, Diana —interrumpí—, lo sé, pero esto no tiene que ver nada con Sergio.

—¿Cómo que no? A ver, dime, ¿cuántas relaciones has tenido desde que pasó aquello?

—¿El sexo casual cuenta?



—No.

—Entonces ninguna. Pero eso es lo de menos, me estoy dando un tiempo para mí y tengo una empresa que dirigir. Tengo derecho a tomarme las cosas con calma, ¿no?

—Tonterías, Olivia. Que tienes miedo y punto, admítelo.

Meneé la cucharilla del café y suspiré. Mi hermana podía sacarme de quicio, pero sabía que tenía buenas intenciones.

—No quería contarte esto —continué, armándome de paciencia—, pero como estás tan pesadita...

—¿Me vas a contar de qué os conocéis Héctor y tú?

—Sí, si me dejas hablar.

—Y que tienes miedo, ¿eso lo vas a admitir?

—No. Te cuento lo de Héctor y punto.

—Vale, esto merece otro cigarrillo. Ya verás como me pille Ignacio.

—Diremos que yo te he tentado.

Diana echó una mirada alrededor. Varios invitados paseaban por la terraza, henchidos y agradecidos por el híbrido entre desayuno y comida que nos acabábamos de meter entre pecho y espalda. Alguno se adentraba en el jardín para dar un paseo en un intento de hacer la digestión.

—Héctor y yo nos conocimos hace un tiempo, nos acostamos, cenamos una noche y no pasó nada más.

—¿Ah, sí? Qué perra eres. ¿Cómo os conocisteis?

—Resulta que vamos al mismo gimnasio y me abordó en un semáforo.

—Entonces os acostasteis una vez y...

—Dos veces, en realidad. Y no pasó nada.

—Entonces no entiendo, algo tuvo que pasar.

—Digamos que me despedí de él muy poco correctamente. Y se ve que eso le molestó —ante el silencio de mi hermana me vi obligada a continuar—: le dejé una nota de despedida un poco seca y, cuando él trató de ponerse en contacto de nuevo conmigo, yo lo ignoré.

Diana aspiró su cigarrillo con aire reflexivo.

—¿Y eso le molestó? Vale que no hiciste bien, pero no sé, creo que no es para tanto.

—Y no lo es, pero resulta que él empezaba a sentir algo por mí, eso me ha dicho. O eso sospecho, no estoy segura. ¿Sabes cuando un tío se acuesta contigo y luego, cuando ya habéis tenido sexo, desaparece? Creo que se sintió igual que nosotras cuando un tío nos hace eso.

—Sí, tienes razón... Ay, pobre Héctor.

—¿Cómo que pobre Héctor? ¿No deberías ponerte de mi lado?

—Es que te portaste muy mal, admítelo. Lo de la nota no es tan importante, pero si el chico siente algo y no contestas a sus mensajes o a sus llamadas...

—Sí, me porté mal, vale, lo reconozco. Pero, ¿tan grave es? Lo que hiciera o dejara de hacer no justifica que él se comporte como un crío. Y yo no puedo hacerme responsable de sus emociones, si es que es cierto que siente algo por mí.

Diana apuró su cigarrillo con aire de investigadora privada antes de hablar:

—Te está tirando de las coletas —sentenció tras una ardua reflexión.

—¿Qué?

—Te está tirando de las coletas. Como cuando le gustabas a un niño en el colegio y, como no sabía decírtelo, te fastidiaba para hacerse notar. Y como te has inventado eso de que sois novios, él tiene un motivo más para seguir tirándote de las coletas.

—Así que, según tú, se mete conmigo, monta escenitas y se hace notar para que me fije en él.

Porque, según tú, me está tirando de las coletas porque se ha enamorado de mí. ¿Es así?

—Sí. O si no se ha enamorado, algo quiere contigo.

—Pues qué inmaduro.

—Cariño, los hombres... Y el amor es inmaduro, nos vuelve idiotas, pero funciona, ya lo sabes.

—Entonces Héctor siente algo por mí... ¿No? ¿Cómo es posible enamorarte de alguien con quien te has acostado un par de veces? Salimos a cenar una vez, pero no hubo más.

—No lo pienses mucho, el amor tiene sus propias razones.

—Deja de citar a Paulo Coelho y contéstame. Porque no entiendo nada, hermanita.

—No hace falta que lo entiendas, tú sólo disfrútalo. Mierda, Ignacio, me ha pillado.

Diana apagó rápidamente su cigarrillo y manoteó para hacer desaparecer la nube de humo que rodeaba su cabeza.

—¿Y qué...? —quise preguntar, pero Ignacio ya había aparecido en escena como el villano de una ópera: indignado porque su amada besaba a otro varón.

—Mi amor —dijo—, ¿estabas fumando?

—No, mi amor... —respondió mi hermana—. Bueno, sí.

—Ya sabes lo que opino de las mujeres que fuman.

—Por curiosidad —me entrometí—, ¿qué pasa con las mujeres que fuman?

—Te prometo —interrumpió mi hermana— que ha sido el último... Es que estoy muy nerviosa por la boda. Ya sabes... —Diana hizo un pucherito con la boca y su prometido casi se derritió.

—Está bien, pero te lo suplico: ni uno más.

—Ni uno más.

Diana se acercó a él para darle un beso y sellar la paz tras esa discusión (o lo que en el mundo de fantasía en el que vivían esos dos enamorados se considerase una discusión), pero Ignacio se dio la vuelta y desapareció.

—Qué estirado es tu novio —dije.

—Ya. No soporta el tabaco.

—Ni a las mujeres que fuman.

—Bueno —Diana cambió rápidamente de actitud y volvió a sonreír—, entonces hemos quedado en que Héctor parece haberse enamorado de ti. ¿Qué vas a hacer?

—Subir a mi habitación —respondí levantándome de la silla—, ponerme el precioso bikini que me he comprado para lucir figura en la piscina y que me queda de muerte y darme un par de baños antes de la cata de vinos que habéis preparado... ¿No es demasiado peligroso beber antes de la ceremonia? Chica, qué de cosas inventáis para una boda. Con lo fácil que sería casarse en un juzgado.

—Qué poco romántica eres. A Héctor le gustan las mujeres románticas, ¿sabes?

—Pues mira tú qué bien.

—Y seguro que también lee a Paulo Coelho.

—Eso no lo dudo.

Situada en un extremo del hotel, la piscina se me antojó a esa primera hora del mediodía un refugio perfecto donde resguardarme de familia, novios ficticios e invitados varios. Tan sólo un hombre de mediana edad, que parecía dormitar bajo su sombrero y que no se percató de mi presencia, ocupaba una tumbona en una de las esquinas. Muy ladinamente me situé lejos de él.

Con mi bikini divino, un libro bajo el brazo y la esperanza de un cóctel en cuanto localizara a un camarero, respiré tranquilamente. En unas horas se celebraría la boda y merecía un descanso antes de la batalla.

Pero, evidentemente, mi destino durante aquel fin de semana parecía ser el sufrimiento más atroz.

Apenas llevaba diez minutos disfrutando de la calma cuando, de repente, el casi famélico cuerpo de mi madre se materializó a mi lado como un fantasma en una película de terror. Del susto que me provocó casi arrojé el libro por los aires.

—Oh, querida, qué alegre casualidad —vociferó mi madre—, creo que las dos hemos tenido la misma brillante idea.

Arrojando a un lado su pareo, se situó en la tumbona más cercana a mí.

—Eso me temo —respondí yo con indolencia.

—Hace un día espléndido —continuó sin hacerme demasiado caso—. Un baño para refrescarnos es ideal antes de la boda, ¿no te parece?

—Sin duda hemos tenido una espléndida idea.

—Qué cáustica eres a veces, hija mía.

—Nunca me habían llamado eso, me suena tan extraño... Cáustica. ¿Qué significa exactamente?

Nuevamente, mi madre me ignoró y no respondió a mi pregunta. Hacía mucho tiempo, tal vez durante mi adolescencia, había decidido que en ocasiones no merecía la pena responder a mis dudas. Esa capacidad para ignorar mis peticiones resultaba de lo más molesta, pero supongo que mi escaso aprecio hacia ella lo compensaba en gran medida.

—¿Sabes una cosa, Olivia? Me sorprende mucho lo de tu novio..., Víctor, ¿verdad?

—Héctor.

—Sí, Héctor, por supuesto, por supuesto. Sinceramente no me esperaba algo así. En estos últimos meses has estado tan disipada que lo último que imaginaba era que insistieras en ese terreno. Después de lo ocurrido con Sergio... En fin, me alegra saber que tu discurso de anoche tenía cierta verdad. Por cierto, ¿dónde está?

—¿Quién?

—Héctor.

—Ni idea.

—¿No sabes dónde está tu novio ahora mismo?

—Tenemos una relación abierta.

—Sólo Dios sabe qué significa eso. En todo caso, desde ayer os he visto juntos muy poco tiempo. ¿Va todo bien?

—Sí, mamá, vivimos un cuento de hadas.

—Eso espero. Después de lo sucedido con Sergio me temo lo peor.

Miré por encima de la montura de mis gafas de sol a la señora que había dicho eso, pero preferí no responder a su provocación. Lo que sucedería a continuación, si entraba al trapo, sería otra sarta de recomendaciones amorosas, consejos sobre cómo sobrevivir a la pareja y reproches sobre mi horrible comportamiento. Y no quería, además, seguir hablando acerca de mi vida amorosa y mi novio de fin de semana.

Sopesé si debía confesar la verdad. Aunque no me interesaba seguir hablando del tema, sabía que una verdad temprana era menos dolorosa que una mentira prolongada en el tiempo.

—Héctor es un chico muy atractivo —continuó mi madre—. Y es ingeniero, ¿verdad? Me lo ha dicho Diana.

Parecía que mi pequeña invención había calado en mi madre, así que descarté la posibilidad de

contar la verdad. Sobreviviría a ese fin de semana y, en dos días, todo volvería a la normalidad.

—Querida, me gustaría darte un consejo de amiga. Olvida durante un momento que soy tu madre y piensa en mí como una mujer más que ha vivido mucho y que admira y ama a los hombres como cualquier otra mujer.

La imagen repentina de mi madre admirando y amando a los hombres hizo que el *brunch* que había ingerido un rato antes trepara peligrosamente hasta mi garganta.

—Haré el esfuerzo —respondí tras una ligera arcada.

Mi madre generó dramatismo quitándose lentamente sus grandes gafas de sol. Tras unos segundos habló:

—Los hombres son tan complejos como nosotras, pero menos inteligentes, como bien sabrás. En ocasiones nos dejamos cegar por el atractivo de alguno, sí, eso es inevitable, pero debemos centrar nuestra visión y ser conscientes de la verdad: somos superiores a ellos. Si nos dejamos cegar por las virtudes de uno u otro hombre, por su pasión, por su ardor, no vemos nuestro verdadero potencial. Perdemos la batalla y la guerra.

Guardó silencio. Esperé a que continuara, pero no lo hizo.

—Mamá —dije yo al cabo de un largo minuto—, no entiendo exactamente lo que quieres decir. Me miró, resopló de mala gana y, poniéndose las gafas de nuevo, soltó:

—Que te parezcas más a tu hermana.

Yo también resoplé.

—Gracias por el consejo, madre —respondí—, lo tendré muy en cuenta. Y ahora, si me disculpas, vuelvo a mi lectura.

Metí la nariz entre las hojas de mi libro, pero ella volvió a la carga.

—Sólo deseo que no cometas los mismos errores. Recuerda lo que sucedió con Sergio. Un hombre tan excepcional, un médico, el futuro tan brillante que teníais por delante...

—Mamá, ese hombre tan excepcional se acostaba con otra, ¿lo recuerdas?

—Nimiedades, Olivia, nimiedades que se pueden perdonar.

Aparté la vista del libro.

—¿Me estás diciendo que debería haber perdonado a Sergio? —pregunté un tanto alucinada.

—En su debido momento, sí, pero ahora eso ya no sirve de nada. Ahora céntrate en mi consejo. Consigue un buen hombre como ha hecho Diana y no hagas estupideces con Héctor.

—¿De verdad me estás diciendo que...? —Me incorporé en la tumbona con ganas de pelea, pero reflexioné—. Mira, mamá, voy a darte yo otro consejo: deja de meterte en la vida de tus hijas y, por favor, la próxima vez que nombres a Sergio en mi presencia piensa un poquito antes de decir las tonterías que dices. Porque, ¿sabes una cosa? Cada vez que hablas haces mucho daño.

—No era mi intención, hija...

—Nunca es tu intención, ¿verdad?

Al otro lado de la piscina, el hombre que dormitaba bajo su sombrero se revolvió en la tumbona, soltó un largo bufido y continuó disfrutando de su descanso.

—Sólo quiero lo mejor para vosotras —dijo mi madre.

Como no respondí, mi madre guardó silencio y, por fin, me dejó leer en paz.

## Bruno y la felicidad

Camino de la cata de vinos tropecé con Bruno. Su rostro brillaba con una luz especial, sus ojos centelleaban y su sonrisa desmedida irradiaba una felicidad tan plena que incluso sentí cierta envidia. Hasta que pregunté por qué estaba de aquella manera:

—Eva quiere volver conmigo —respondió sin dejar de sonreír.

—Y tú eres tan idiota que has dicho que sí —solté sin pensar.

—Exactamente. Soy un idiota enamorado.

Su sonrisa no desaparecía, así que supuse que estaba hablando totalmente en serio.

—Pero, ¿tú eres tonto o qué te pasa? —no salía de mi asombro.

—Me ha llamado esta mañana —contestó demudando su rostro— y, bueno, creo que estaba siendo sincera.

En este mundo hay unas cuantas verdades absolutas. Entre ellas, que descendemos del mono, que la Tierra gira en torno al Sol, que dos más dos son cuatro y que los hombres son idiotas. Todo lo demás es relativo, pero esto fue, es y será indiscutible.

—Por teléfono parecía tan arrepentida —continuó Bruno— que no lo dudé. Creo que volveré a Madrid esta noche, después de la boda, para verla y hablar con ella.

—Haz lo que creas conveniente, pero, hombre, ¿qué quieres que te diga?

Si mi madre hubiera estado allí, sin duda hubiera animado a Bruno a coger el coche y volver raudo y veloz a Madrid para encontrarse con su amada, la misma que no dudó ni un instante en dejarlo por otro apenas un mes antes. Pero yo, sinceramente, no sabía qué decirle.

—¿He hecho mal? —preguntó con algo de temor en su voz—. Ahora estoy confundido.

—Relájate, anda, vamos a tomarnos unos vinos, que mi madre me ha encendido. Y me cuentas a qué viene este repentino giro del destino.

El salón estaba ocupado por varias mesas repletas de copas y botellas de vinos carísimos y un montón de invitados ansiosos por mojar el gajate en los caldos que la *wedding planner*, tan exclusiva y cara como los vinos, había elegido como actividad previa a la ceremonia que se celebraría al final de la tarde.

Yo seguía sin entender el por qué de tanta actividad para una boda, pero agradecí que la cata de vinos tratara de eso, de catar, y no de engullir. De haber sido así, ya me estaba viendo borracha hasta las trancas e intentando convencer a mi hermanita para que no hiciera el idiota casándose con Ignacio.

Eché un vistazo al salón y no vi a mis padres. Había abandonado a mi madre en la piscina y, desde entonces, no había vuelto a asomar su pálido rostro por ninguna parte. Supuse que ya estaría controlando cada movimiento de Diana a pocas horas para la ceremonia. Tampoco mi padre, tan aficionado al vino como era, estaba por allí. Sí vi a Héctor, que me saludó con una sonrisa comedida desde el otro lado del salón. Devolví el saludo de la forma más anodina posible.

—¿Quién es? —preguntó Bruno.

—Mi novio.

—¿Tu novio?

—Me inventé un novio para que mi madre me dejara en paz. Da igual, no preguntes. Cuéntame lo de tu ex.

—Aún seguimos casados...

—Ya, sí, perdona. Entonces te ha llamado esta mañana, ¿no? Y quiere volver contigo, ¿no? Pues no lo entiendo.

Un atento camarero nos sirvió dos albariños y Bruno lo apuró de un trago.

—Esto hay que escupirlo, ¿verdad?

—Ya es tarde —imité a Bruno y pedí al camarero que rellenara mi copa—. Es que no lo entiendo. Tu mujer te deja por otro y, al cabo de un mes, vuelve arrepentida suplicando tu perdón. Algo huele mal.

Bruno me miraba con preocupación. Su rostro compungido ocultaba las miles de dudas que sin duda cruzaban en ese momento por su cabeza.

—Sí, a mí también me ha sorprendido mucho —admitió—. Pero mentiría si dijera que no me ha hecho ilusión.

—Eso no tienes que asegurarlo, te creo.

—Sé que es absurdo, Olivia, pero dime una cosa: ¿nunca has tenido esta sensación? Ya sabes, esa que te dice que es lo correcto, que eso en particular es precisamente lo que necesitas.

Esa sensación... Sí, la conocía. La había visto en alguna mirada que, desde el pasado, aún seguía observando cada paso que daba. Apenas unas horas antes volví a sentir aquella sensación.

*Eso.*

Agité mis recuerdos para hacer que desaparecieran.

—Pero, Bruno —dije—, que tu mujer te dejó por otro. Y ahora ese otro la habrá dejado a ella... ¿No crees que todo es muy raro? Ella se sentirá sola y ahora, para no sentirse como una mierda, querrá volver contigo.

—Sí, lo sé, pero es que esa sensación... Creo que nunca he tenido tan claro que quiero estar con ella. Eva es la mujer de mi vida y, aunque me ha hecho mucho daño, sé que está arrepentida. Tengo esa certeza casi absoluta.

Una vez, un poeta escribió que para amar uno debía ser valiente, que el amor no podía ser gratuito o cómodo y que amar, por definición, era un acto de fe de aquel que se entregaba al ser amado. Por supuesto, yo disentía claramente del poeta en cuestión. Y de Bruno, que lo tenía tan claro como el poeta.

—Y, sin embargo, me da miedo hablar con ella y descubrir que ya no siento lo mismo. Sé que es contradictorio, pero es algo que debo descubrir. De lo contrario me arriesgo a no ser feliz nunca.

—¿Crees que merece la pena? Ya sabes, arriesgarse y volver a pasar por lo mismo. Sufrir de nuevo.

—Por supuesto. ¿Y si resulta que sí puedo ser feliz? ¿Y si no lo soy porque he permitido que el miedo me domine?

Maribel miraba por encima de mi hombro y pensaba que aquel hombretón era tan sólo un cándido adolescente con una única esperanza: amar y ser amado. Y hasta la mismísima *dominatrix* del amor, estaba segura de ello, deseaba ser tan valiente como Bruno.

—Ojalá descubras que puedes ser feliz con ella —respondí—. Pero prométeme que cuidarás de ti mismo.

Bruno me devolvió una sonrisa llena de gratitud.

—Prometido.

Hombres, pensé, sólo ellos pueden ser tan idiotas de perdonar y seguir amando como antes. Quizá, en el fondo, muy en el fondo, no eran tan malos.

Comenzamos a pasear junto a los ventanales que dejaban pasar la luz del comienzo de la tarde.

—Entonces, ¿vuelves esta noche a Madrid? —pregunté.

—Sí, creo que sí. Cuanto antes solucione esto, mejor para todos. ¿Y tú? No entiendo lo de ese novio tuyo.

Bruno hizo un gesto con la cabeza y señaló a Héctor, que nos miraba a unos pocos pasos de distancia.

—¿Crees que está celoso? —preguntó.

—Posiblemente, no sé qué pensar.

—Sigo sin entender qué sucede.

—Es largo de contar.

Me hubiera gustado explicar a Bruno quién era Héctor y por qué hacía las veces de novio a tiempo parcial, pero de repente apareció mi padre que, ligeramente radiante por el vino que ya había ingerido, nos abordó de la forma más exagerada que se le podía ocurrir.

—¡Mi querido pichoncito! —exclamó mientras se abrazaba a mi cuello y posaba un sonoro beso sobre mi mejilla—. ¿Este es el famoso Héctor?

Antes de que Bruno o yo pudiéramos corregir su error, mi padre lo atrapó con la energía que sólo puede tener un ebrio. También a él le dio un sonoro beso.

—Tu madre me ha contado que mi niña se ha echado un novio —continuó sin soltar a Bruno— y quería saber quién era el valiente. Héctor, es un verdadero placer conocerte. Cuida de mi pequeña o te las verás conmigo, ¿eh?

En unas horas, mi padre debía acompañar a mi hermana en el camino que la llevaría al altar. Su potencial estado de ebriedad hacía peligrar su presencia, así que le sugerí que debía parar:

—Papá —dije mientras arrancaba la copa de sus manos—, creo que ya has bebido suficiente... Y él no es Héctor, es Bruno, un amigo de Ignacio.

—¿Tu novio se llama Bruno?

—No, Bruno no es mi novio.

—Entonces, ¿quién es Héctor?

—Encantado, don Germán, yo soy Héctor. Y no se preocupe, cuidaré de Olivia tanto como ella me permita. Es una mujer maravillosa.

Mi novio se había materializado a nuestro lado sin que nadie se diera cuenta. Su tono de voz, tan comedido como la sonrisa que me dedicó al verme minutos antes, dejaba entrever una familiaridad perfectamente acorde al momento en que uno conoce ya ha alcanzado suficiente confianza con su futuro suegro.

—Vaya, qué donjuán te has buscado, hija.

—Sí, es un verdadero encanto —añadí con cierta precaución. Temía que Héctor se arrancara con otra escena como la del *brunch*.

Hice las presentaciones oportunas y no se me escapó cierta mala intención cuando Héctor cruzó su mirada con la de Bruno. De alguna manera, pensé, Héctor reclamaba su posición de macho dominante de la manada y me pregunté si era cierto que sentía celos. Sabía, por la conversación que habían mantenido Ignacio y él la noche anterior, que Bruno y yo habíamos pasado esa misma noche juntos y, sin duda, sospechaba que habíamos hecho cualquier cosa menos lo que hicimos, hablar.

Héctor rodeó mis hombros con un brazo y me atrajo hacia su cuerpo. Con un sutil beso en la sien firmó ante Bruno y mi padre su titularidad como novio formal.

—Ella me ha convertido en lo que soy —dijo. Me sonrió con tanta ternura que hasta lo creí por un momento. Y como el día anterior, sentí que esa sonrisa podía derretir corazones tan gélidos como el mío.

—Me alegra ver lo cariñoso que es —declaró mi padre—, mi pichoncito se merece lo mejor.

—Le prometo que haré feliz a su hija —afirmó Héctor.

—Así me gusta. Bien, os dejo, voy a saludar a unos clientes. Héctor, un verdadero placer, te

veré más tarde. Bruno, tú también me has caído muy bien.

—Papá, no bebas más.

—¡No se lo digas a tu madre!

Mi padre se alejó perdiendo algo de verticalidad por el camino. Cuando temía que acabaría cayéndose tuvo la buena idea de apoyarse en un hombre, que se vio obligado a sujetarlo de la mejor manera que pudo.

—Qué gracioso es mi suegro —dijo Héctor.

—Te estás tomando demasiadas confianzas, ¿no crees? —pregunté soltándome de su abrazo—. Me gusta ver que te metes en el papel pero, por favor, no te pases.

—Sólo intento ayudar.

—¿Como en el *brunch*?

—¿Qué ha pasado en el *brunch*? —preguntó Bruno, que no parecía seguir la conversación.

—Sí, me pasé un poco —admitió Héctor con un gesto teatral.

—¿Qué ha pasado...? —repitió Bruno.

—Mi querido novio —le corté— se ha inventado una historia de lo más absurda mientras tomábamos el *brunch*. Aún no sé por qué. ¿Por qué lo has hecho, Héctor? ¿Querías llamar la atención? ¿O te sientes desplazado?

—No, claro que no, ¿por qué iba a sentirme desplazado?

—Tal vez porque pasé la noche con Bruno, en lugar de contigo, mi querido novio.

Bruno estaba a punto de decir algo, pero lo detuve.

—No, cielo —le dije—, no digas nada. Héctor es sólo un amigo que se ha creído con ciertos privilegios que no le pertenecen.

El rostro de Héctor se endureció. Guardó silencio durante unos segundos mientras yo mantenía su mirada. Después, con un movimiento de cabeza, se despidió:

—Os veré más tarde.

Salió al jardín por uno de los ventanales y, por un momento, pensé que se alejaba muy contrariado.

—Corrígeme si me equivoco —dijo Bruno—, pero querías dar celos a ese hombre y te has pasado un poco.

No respondí de inmediato. Sí, quería dar celos a Héctor y, sí, es posible que me hubiera pasado un poco. Y siendo honesta, no era justo. Yo le había enredado en mi mentira y él, que según mi hermana sentía algo por mí, se había mostrado más que dispuesto a ayudarme.

Quizá, y sólo quizá, con la esperanza de poder estar cerca de mí.

—Puede... —respondí.

—Olivia, no sé si te has dado cuenta de un ligero detalle —miré a Bruno mostrando mi ignorancia—. La forma en que te mira —continuó— no es la de un amigo.

—¿Eso qué significa?

—No te hagas la tonta: esa mirada es la de un hombre enamorado. ¿Y tú permites que crea que anoche pasó algo entre nosotros? Deja de comportarte como una niña y ve a hablar con él.



## Un buen chico

La impredecible naturaleza de las mujeres puede ser, casi con toda seguridad, uno de los mayores enigmas de la historia. Eso y la existencia de vida extraterrestre. Y como comprobar si hay seres inteligentes en otros planetas, tratar de averiguar por qué las mujeres somos en ocasiones como somos puede ser un problema de máxima complejidad.

Supongo que mi comportamiento con Héctor (y no dudaba que con la mayoría de hombres que conocía) podía ser justificado por mi pasado más reciente. Sergio y su infidelidad condicionaron muchas de mis circunstancias futuras, incluso mi propio carácter, que se había vuelto más desconfiado y agresivo. La perfecta prueba de ello era Maribel, mi *alter ego* emocional, que parecía haberse adueñado por completo de esa parcela de mi personalidad.

Supongo, además, que justificar mi comportamiento por lo sucedido con Sergio era la respuesta fácil.

Bruno, que era más psicólogo que yo a pesar de mi título universitario, me lo dejó muy claro en una sola frase:

—Puedes evitar tu realidad hablando de tu expareja y de todo lo que te hizo, pero el problema no es ese, Olivia, el problema lo tienes tú: se llama miedo.

Sí, Bruno estaba de acuerdo con Diana, que también había advertido mi mayor flaqueza, el miedo al amor. O al desamor, según se mire. Y aunque era muy consciente de eso, aceptarlo era un desafío tan grande que resultaba abrumador. Por supuesto, enfrentar ese desafío no entraba en mis planes; incluso cuando Bruno me instó a lanzarme en la búsqueda de Héctor para hablar con él y disculparme vacilé por un momento.

—Pedir perdón no es fácil —me dijo antes de arrojarme fuera del salón—, pero créeme, es liberador. Cuenta la verdad y haz lo correcto con ese hombre.

Así que ahí estaba yo, aún con la última copa de vino atravesando mi garganta y peleando con lo que mi cuerpo me pedía: huir. Pero no podía volver atrás. Bruno se había convertido de repente en el máximo defensor de Héctor y de todo el género masculino y, si regresaba al salón, volvería a obligarme a salir.

Los remordimientos, esos que tan bien se me daba evitar, aparecieron de la nada como el acné en el rostro de un adolescente cuando vi a Héctor, que paseaba junto a unos árboles con aire reflexivo. Me pregunté qué estaría pasando por su cabeza en ese momento y qué podía hacer o decir yo para reconciliarme con él y las emociones que ahora empezaban a oprimirme la garganta.

Levantó la mirada y me vio llegar.

—Hola —dije cuando estuve a unos pocos pasos—. Oye, lo siento.

—Exactamente, ¿qué es lo que sientes?

Sí, Héctor estaba contrariado. Lo notaba en su voz, en su mirada y en sus gestos. Y tenía razones para estarlo. Ni mi comportamiento fue el adecuado con él ni merecía estar en la posición en la que yo lo había situado desde la noche anterior. Y suponiendo que sintiera algo por mí... Aún luchaba en mi fuero interno por que eso no sucediera. No quería, simplemente, descubrir que él sentía eso por mí.

—Bueno —respondí con prudencia—, todo, empezando por lo de ayer. Decir que eres mi novio es una de las mayores estupideces que he hecho en mucho tiempo.

Héctor resopló.

—¿Sabes una cosa? —dijo con mucha calma—. Creo que lo que más me duele..., lo que más

me ha dolido desde el primer momento ha sido tu desprecio. Puede sonar demasiado dramático, pero me siento humillado por ti.

—No era mi intención, te lo aseguro.

—Lo sé —sonrió tímidamente y quise pensar que esa sonrisa me liberaba de mis errores—, nunca tenemos esa intención. Es decir, nunca queremos hacer daño a propósito, pero a veces lo hacemos —hizo una pausa antes de continuar—: ¿te apetece dar un paseo?

—Sólo si perdonas a esta estúpida insensible y egoísta.

Pensó su respuesta durante un par de segundos.

—Vamos —respondió simplemente—, hace un día precioso.

Mientras caminábamos sobre la fresca hierba del jardín quise preguntarle qué era lo que sentía por mí, pero algo en mi interior impedía que las palabras surgieran. ¿Miedo? Tal vez. Aunque tal vez fuese la fuerza de la costumbre lo que me obligaba a no tocar ese asunto.

Doblamos un recodo del jardín y nos encontramos en la cuidada pradera que, frente a uno de los laterales del hotel, sería el escenario de la ceremonia. Los empleados se esforzaban por colocar sillas, flores y adornos allá donde fuesen necesarios.

—Entonces, ¿me perdonas?

Mi pregunta voló durante unos segundos sobre nuestras cabezas. Héctor guardaba silencio mientras observaba el revuelo de gente que, atareada, iba de un lado a otro sin percatarse de nuestra presencia.

—Supongo que sí —dijo finalmente—. Aunque siga sin entender por qué soy tu novio, no me cuesta nada ayudarte.

—Te lo agradezco. Y lo que pasó cuando nos conocimos... Bueno, no tengo demasiadas excusas, hice lo que hice, así que también lo siento.

Héctor me sonrió de nuevo y esta vez vi algo distinto en su mirada.

—Olvídalo—respondió—. Te juzgué prematuramente —ante mi silencio, continuó—: Ignacio me contó tu historia. ¿Es verdad que estabas a punto de casarte?

—Sí —hice un esfuerzo por sacar algunas palabras más—: no habíamos organizado nada, aunque yo lo tenía planeado casi todo. Quería una boda íntima... No pasa nada, a veces las cosas simplemente se tuercen.

Supuse que mi futuro cuñado ya había informado adecuadamente a Héctor acerca de mi trágica historia de amor, así que me callé. Noté la mirada de Héctor sobre mí y quise marcharme.

—Las cosas siempre suceden por un motivo —dijo—. En ese momento no somos capaces de verlo, no vemos la verdadera razón, pero debemos dejarnos llevar. Es una cuestión de fe.

—Supongo que sí... Ser valientes, ¿no?

—Eso es.

La valentía, como diría el poeta, es cosa de audaces. Y en mí la audacia brillaba por su ausencia, por poco que me gustara admitirlo.

—¿Y tú? —pregunté en un intento por desviar la conversación—. Anoche te escuché hablar con Ignacio después de la fiesta.

—¿Nos escuchaste hablar? —Héctor pareció sorprendido—. ¿Y qué escuchaste exactamente?

—Que te gustaba.

—Eso suena tan infantil... Pero sí, me gustas. ¿No es evidente?

La teoría de Diana, esa que decía que Héctor me estaba tirando de las coletas para llamar mi atención, no fue visible para mí hasta que mi hermana me la puso delante. Supongo que hasta ese momento no era capaz de verlo. De algún modo, mi desengaño respecto a los hombres había bloqueado toda mi capacidad de análisis, lo que impedía ver eso que para el resto, al parecer, era

tan evidente.

—No soy buena con las señales —admití.

—Pues sí, me gustas. Pero puedes estar tranquila, no espero que suceda el milagro.

—¿El milagro?

Héctor se giró hacia mí.

—El milagro que haría que me miraras de la misma manera en que yo te miro a ti. Si no lo hiciste cuando nos conocimos, no espero que lo hagas ahora. Insisto, puedes estar tranquila.

Comenzó a alejarse de mí. Lo seguí unos metros por detrás. Atravesamos la pradera en dirección a una terraza y aceleré el paso situándome junto a él. El buen tiempo que la primavera nos estaba concediendo ese día invitaba a sentarse y charlar en torno a un café, pero tuve la impresión de que Héctor no estaba de humor para eso.

—Anoche... —Comencé a hablar con ciertas dudas, no sabía cómo plantear ese tema—. Ignacio dijo algo... Me dio la impresión de que se refería a tu pasado. ¿Puedo preguntar...?

—¿Quieres saber qué me pasó? ¿Por qué Ignacio me recomendó que no lo intentara contigo?

Asentí.

—Es una historia breve pero trágica —comenzó.

—Si no quieres hablar, lo entiendo —respondí.

—No, está bien —suspiró antes de continuar—: mi ex me dejó por otra... ¡No lo hagas!

No pude evitarlo. La carcajada que solté llamó la atención de algunas personas y Héctor pareció algo avergonzado. Incluso su rostro adquirió cierto matiz rojizo.

—¡Por favor, Olivia! —se quejó—. No te rías de mí. Eso es muy cruel.

—Lo siento —traté de calmarme—, lo siento de verdad, pero es que me esperaba una historia como la de Romeo y Julieta, llena de dramas y desamores. Y resulta que te dejó por otra mujer.

—No tiene gracia... ¿Ahora entiendes que me tomara tan mal que me ignoraras como lo hiciste?

—Sí, lo entiendo. Creo que tienes un sentimiento de abandono muy arraigado. Y un problema con las mujeres... Lo siento, no debería haberme reído.

—No os odio, si quieres decir eso.

—Pero gestionas fatal las negativas, ¿a que sí?

—Sí, por eso vamos a cambiar de tema... Deja de reírte de mí.

—Lo siento..., no puedo.

—¿O paras o te quedas sin novio para el resto de fin de semana?

—No, por favor, que como mi madre descubra la verdad me mata.

—Entonces vamos a cambiar de tema, ¿de acuerdo? A ver, ¿cómo lo hacemos? ¿Se me permite abrazar, dar besitos, ponerme tierno? ¿O prefieres el típico novio indiferente a ti que está deseando volver a casa para tirarse en el sofá y ver la televisión?

—¿Puedo elegir? Qué bien, así debería ser siempre.

De repente sentí una punzada en la nuca. Giré la cabeza y pude ver a mi madre caminando como un Velociraptor en mi dirección.

—Me quedo con el novio tierno —y besé a Héctor.

Tuve que ponerme de puntillas y enseguida noté sus manos sujetando mi cintura. Mientras mi madre se acercaba a nosotros y, sin duda, nos sorprendía en un momento tan sentimental, Héctor y yo nos entretuvimos tanto como pudimos.

Su beso tan húmedo me hizo recordar la cena que compartimos y las noches que pasamos juntos. De repente me sentí muy bien.

No recuerdo cuánto duro ese beso, pero tras lo que pareció un largo y delicioso minuto escuché

que mi madre carraspeaba llamando nuestra atención.

—Mamá —dije, haciéndome la despistada—, qué sorpresa...

—Perdonad que os interrumpa, Olivia, no quiero estorbar en un momento así... Buscaba a tu hermana. ¿La habéis visto?

—No —respondí mientras seguía abrazada a mi novio—, pero no estará lejos.

—Esa *wedding planner* que ha contratado está intentando sabotear mi idea para el pasillo. Insiste en colocar unos horribles cestos de mimbre, en lugar de los faroles que yo elegí.

—Qué pésimo gusto tiene esa *wedding planner*, ¿no te parece, mi amor?

—Horrible —respondió Héctor.

—Qué bien que opinéis como yo. En fin, voy a encontrar a Diana y arreglar este asunto. Os dejo, queridos, seguid con lo que estabais haciendo... Sois adorables. Hija, qué feliz soy.

—Y yo, mami, y yo. Chao.

Mi madre se alejó en busca de su próxima víctima.

—Un día me tienes que contar qué os pasa a ti y a tu madre —dijo Héctor—. No os soportáis...

—Cierto —respondí.

—Y el beso, ¿ha sido para dar más peso a tu mentira?

—La virtud está en los detalles, cariño mío.

—No digas eso de cariño mío demasiadas veces o empezaré a tomarlo en serio.

No respondí. Me pareció que Héctor me miraba con un hilo de esperanza en los ojos.

—En fin, será mejor que nos vayamos preparando —continuó ante mi silencio—. ¿Quieres que me pase por tu habitación y bajemos juntos a la ceremonia? Por dar mayor seriedad al asunto, ya sabes.

—Eh, sí, claro.

—Bien. Te veré en un rato.

Comenzó a alejarse de mí, pero tras dar unos pasos se giró:

—Me ha gustado mucho ese beso —dijo. Hizo una pausa y continuó—. Creo que tu madre no sospecha nada.

Mi madre parecía haberse tragado mi mentira sin rechistar, ciertamente, pero parecía que también lo estaba haciendo Héctor.

—Oye —comencé a hablar sin saber muy bien qué iba a decir—, Héctor, espera —me acerqué a él—. Me gustaría dejar claro que, bueno, esto es sólo... No sé cómo decirlo.

—Una mentira, un teatro.

—Sí, eso. Quiero decir que estamos fingiendo, ¿vale?

—Lo sé, soy consciente de cuál es mi papel.

—Vale... Gracias.

Héctor me miró durante unos segundos más sin borrar su sonrisa. Después, se giró y desapareció.

Volví sobre mis pasos y, a unos metros, distinguí a mi madre discutiendo con la *wedding planner* en torno a unos horribles cestos de mimbre. Esta parecía perder la paciencia y arrojó al suelo uno de los cestos. Seguían discutiendo cuando comencé a alejarme del lugar. Lo que menos me preocupaba en ese momento era la lucha titánica entre mi madre y la *wedding planner*. Lo que a mí me corroía por dentro era la conversación que acababa de mantener con Héctor y, en particular, esa sensación que me quedó.

Intenté recopilar los hechos desde el día en que lo conocí y hasta ese mismo instante. Tras unos segundos de concienzudo análisis obtuve una conclusión:

—Tía, ya te vale. Con lo buen chico que es.

Sí, Héctor era un buen chico, aunque algo tonto en ocasiones. Y mientras caminaba por el jardín fui consciente de una presencia que acechaba, la de la larga sombra intimidante de la *dominatrix* del amor que rondaba por allí y amenazaba con destruirlo todo a su paso.

## La adolescente que hay en mí

—Sí, Héctor... No sé su apellido... Es un invitado de la boda, alto, guapo, moreno, tiene un culo muy bonito... Es que no sé en qué habitación se hospeda... Sí, me gustaría dejarle un mensaje... Dígale que me espere abajo, que no se pase por mi habitación... Muchas gracias.

Colgué y volví al baño. Aunque debía admitir que sentí cierta ilusión juvenil cuando Héctor se ofreció a recogerme en mi habitación para bajar juntos a la ceremonia, lo pensé mejor cuando me vi a solas ante el espejo. Mientras me hacía un peinado monísimo y ultimaba mi maquillaje, reflexioné acerca de lo íntimo que podía ser el gesto de abrir la puerta y encontrarme con él.

No era una cita, en absoluto, pero la sensación era la misma. Y tras hablar y reconciliarnos con un beso tiernísimo incluido, consideré que las confianzas debían parar ahí. Podíamos fingir ser novios, pero no serlos.

Además, una vez arreglada de pies a cabeza quería pasarme por la habitación de mi hermana y ayudarla, si me lo permitían, a prepararse para la ceremonia.

Unos minutos más tarde enfilaba el pasillo y llegaba a la habitación de Diana. Sin entrar supe que aquella no era una habitación cualquiera: por los gritos supe que era el escenario de batalla entre mi madre y cualquiera que se hallara en su interior.

Asomé tímidamente la nariz y pude ver que, por supuesto, mi madre peleaba con alguien. Peine en mano, una mujer forcejeaba con un rizo del cabello de Diana y mi madre trataba de evitarlo. Al parecer, el peinado de la novia se discutía en ese momento y Diana, en ropa interior y con un asomo de pérdida en su mirada, parecía ausente y se dejaba hacer. Decidí arriesgar mi vida en pro de la ayuda benefactora que podía ofrecer a mi hermanita. A un lado, pegadas a la pared, la maquilladora y un par de mujeres más que parecían empleadas del hotel se mantenían a una prudente distancia del tiroteo.

—Mamá, pero qué haces, suelta a esta mujer.

—¡Hija —gritó mi madre—, esta peluquera quiere hacer una locura!

—Señora —protestó la peluquera—, que no es una locura, que sólo quiero peinar a su hija como ella me ha pedido.

—Pero qué peinado, Olivia, qué peinado.

—A ver, para empezar, suelta ese peine, que la profesional es ella. Diana, ¿tú qué dices? ¿Te gusta cómo te lo está dejando?

—No lo sé.

Apenas escuché su voz. Más allá de la sombra de pérdida que se cernía sobre su mirada, algo que no supe descifrar me puso en alerta cuando pronunció esas tres palabras.

—Pero, cariño, ¿qué te pasa? —acaricié los hombros de mi hermana, que parecía más indefensa que nunca.

—No lo sé —repitió.

—Vale, ven conmigo. Mamá, tú quieta aquí, déjanos solas un momento.

Arrastré a Diana hasta el baño. Dentro, nos encerramos y la hice sentar en la taza.

—Cielo, ¿ocurre algo? —pregunté arrodillada ante ella—. ¿Estás bien?

Los ojos de Diana se humedecieron y comenzó a llorar, amenazando lo poco que la maquilladora había conseguido hacer antes de la Batalla del Rizo.

—Es que no lo sé —empezó a hablar Diana entre sollozos—. De repente tengo mucho miedo.

—Pero, ¿miedo a qué, cariño? Si vas a estar guapísima.

—No es eso —antes de que pudiera facilitar a mi hermana un trozo de papel higiénico, Diana

se limpió la nariz con el dorso de la mano—, es que no sé si quiero hacer esto.

—¿Hacer qué? ¿Casarte?

Ella asintió en silencio.

—Joder, ¿con la que habéis montado y ahora te entran dudas?

—Se trata de que me animes, Olivia, jolín.

—Sí, lo siento, cariño. A ver, dime una cosa: tú estás enamorada, ¿no?

Diana volvió a asentir.

—Bien, quieres a Ignacio y estás enamoradísima, eso es bueno, muy bueno. Entonces, entiendo que lo que te asusta es casarte, ¿verdad? Y pasar el resto de tu vida con el mismo hombre, ¿verdad?

Diana cabeceó de nuevo. Parecía una niña pequeña. De repente supe que el destino de aquella boda dependía de mí y de lo que dijera a continuación, así que debía elegir las palabras y ser impecable en mi discurso, tanto como para convencer a mi hermana y que, unas horas más tarde, se convirtiera en la feliz esposa de don Ignacio.

—Te entiendo, cariño, tu novio no es la alegría de la huerta —reflexioné durante un par de segundos; no había sido un buen comienzo y debía corregir la impresión inicial—. Quiero decir que, sin ser la alegría de la huerta, Ignacio es un buen hombre, ¿verdad? Tú lo sabes mejor que yo... Bueno, a lo que iba, que entiendo que estés asustada. No imaginas el miedo que de repente sentí yo cuando supe que me casaría con Sergio. Ya sabes, cuando interiorizas eso y lo conviertes en una realidad. Yo, casada. Y luego el piso y los hijos, claro, que esa es otra...

Diana me miraba desde sus quince años, cuando, siendo una adolescente inexperta y enamoradiza, escuchaba los sabios consejos de su hermana mayor, que la orientaba sobre cómo tratar con los chicos.

—Lo que quiero decir, cariño, es que no pasa nada si tienes miedo —continué—. Yo lo tuve, no imaginas cuánto. Pero también sentí algo que hasta entonces jamás había sentido: la ilusión de compartir mi vida con Sergio. Sólo eso hacía que el miedo desapareciera o se disipara tanto que apenas me daba cuenta de que estaba ahí. Saber que en unos meses estaría casada con él... Es infantil, lo sé, pero saber eso me hacía feliz. Porque el miedo nunca venció a la ilusión que sentía...

No sabía cómo continuar. Se trataba de convencer a mi hermana para que se despojara del miedo y siguiera adelante, pero el recuerdo de aquellos días tan felices me dejó sin palabras.

—Qué idiota fue Sergio —dijo Diana mientras cogía mis manos—: no llores, que te pones muy fea.

—¿Qué...? Mierda, el maquillaje.

Me levanté y, ante el espejo, traté de arreglar el estropicio que habían provocado mis lágrimas. Diana apareció detrás de mí y, en su reflejo, vi que había dejado de llorar y me sonreía.

—Pero me alegro de que dejaras a ese idiota —continuó Diana—. Con él no hubieras sido feliz.

—Sí... Bueno —tras dar el visto bueno a mi maquillaje me giré y cogí las manos de mi hermana—, entonces, ¿qué? ¿Te casas o tengo que darte otro sermón y acabamos llorando otra vez como dos tontas?

Diana mostró una sonrisa:

—Venga, me caso —dijo.

—Así me gusta, que le dices que no a tu pobre novio y lo matamos del disgusto. Vas a estar guapísima, cariño, y lo más importante de todo: vas a ser muy feliz con Ignacio. Créeme, ese chico te quiere mucho. Vamos, que tienen que ponerte divina.

Abrí la puerta del baño y me encontré a mi madre esperando a un paso de la puerta.

—¿Se puede saber qué hacíais las dos ahí dentro? —preguntó con su rostro de Emperatriz del Mal—. Te recuerdo que te casas en dos horas, Diana.

—Mamá —la detuve—, ya, deja de ser como eres durante un rato, por favor. Ahora tú y yo nos vamos a dar una vuelta y vamos a dejar que la peluquera haga su trabajo y estas encantadoras chicas ayuden a Diana a vestirse, ¿te parece?

—Pero debo estar aquí, soy su madre.

—Lo sé, nos lo recordamos a menudo, créeme. Pero, por el bien y la tranquilidad de tu hija en el día de su boda, hazme caso sin rechistar. Chicas —me dirigí al resto de la habitación—, dejad a Diana perfecta, ¿vale?, confiamos en vosotras. Mamá, fuera.

Saqué a mi madre de la habitación y pude escuchar cómo, en el interior, se celebró la liberación de la dictadura materna.

—¿Se puede saber a qué viene esto, Olivia?

—Viene a que Diana está de los nervios, tiene miedo a cagarla y casarse sin desearlo de verdad. Ha tenido un momento de duda bastante serio, pero ya está solucionado, la boda se celebrará y todo irá divinamente. Pero tu presencia en esa habitación, ahora mismo, es innecesaria. Eso y que sacas de quicio a cualquiera. Deja que la peluquera y la maquilladora hagan su trabajo como Diana quiere, deja que se vista solita y deja de controlarlo todo. Por cierto, me encanta tu vestido. Qué elegante vas siempre, mami.

Quando llegamos al jardín solté la cadena con la que sujetaba a mi madre que, más calmada y admitiendo de mala gana que lo único que hacía era poner más nerviosa a Diana, se dedicó a hacer de dulce anfitriona con el resto de los invitados. Yo atrapé a un camarero de la solapa, le obligué a que me proporcionara una copa de vino lo antes posible y traté de localizar a Héctor. Pronto apareció caminando hacia mí. Con su traje negro, su corbata azul plata y una discreta flor en el ojal parecía el novio. Estaba impecable. Mi novio perfecto se plantó ante mí con su mejor sonrisa de conquistador.

—Guau —exclamó—, estás preciosa, Olivia, simplemente preciosa. Este vestido es perfecto.

—Gracias —respondí—. Tú pareces sacado de una revista. Qué elegante.

—Llevo un traje de revista, así que entiendo tu admiración. ¿Me permites?

Me ofreció su brazo. Lo acepté de buena gana y nos adentramos en el jardín, paseando entre el resto de los invitados que ya esperaban el inicio de la ceremonia.

—Cuánta caballerosidad —dije.

—Si voy a ser el típico novio tierno y pegajoso, creo que este gesto es obligado.

—Pedí un novio tierno, no uno pegajoso. ¿Eres de lo que se pasan el día besuqueando y dando abracitos?

—Por supuesto. ¿No te gusta?

—Sí, pero sin pasarse. Ya sabes, eso de que te besen el cuello puede ser agobiante.

—Si es un gesto precioso... ¿Sabes? Hacemos una pareja perfecta. ¿Te has fijado en que todos nos miran?

—Eso es porque vamos muy elegantes. Mi vestido lo merece y tú, también.

—Qué cumplido tan inesperado. Pero yo creo que nos miran porque, sencillamente, hacemos una pareja perfecta.

No respondí. Llegamos hasta las sillas que, frente al altar, envolvían el pasillo que la novia



recorrería en unos minutos.

—Tengo una duda —dijo Héctor—, ¿me siento contigo o en el lado del novio?

—Conmigo, en la primera fila. O detrás de mí, como prefieras. Eres mi novio, ¿no? Por cierto, gracias de nuevo por lo que estás haciendo, Héctor.

—No me des las gracias. Me encanta ayudarte y estar contigo... —Se interrumpió y empezó a titubear—: hablo de ahora, de la boda y de... Quiero decir que estás bellísima.

—Respira —dije con una sonrisa—, te he entendido.

Mientras el rostro de Héctor recuperaba su color natural, yo me entretuve observando los ornamentos y el conjunto que nos rodeaba. Entre la decoración (un estupendo trabajo de la *wedding planner*, que parecía haber vencido a mi madre en su particular guerra entre cestos y faroles) y la abundante primavera que nos acogía aquella tarde, el entorno no podía ser más idóneo para una celebración de tal magnitud.

—Tengo que felicitar a mi hermana —dije, un poco para mí misma—, este lugar es precioso. Y las flores... Aunque tiene el gusto de mi madre, qué pena.

—Olivia.

—¿Sí?

—No puedo esperar, necesito saber...

Me sorprendí al ver que Héctor había cogido mi mano mientras hablaba, pero la soltó cuando Bruno apareció repentinamente.

Su rostro cambió, su mirada se endureció y su cuerpo se tensó hasta parecer una columna. Era evidente que no agradecía la inesperada presencia de Bruno.

—Olivia —dijo este mientras besaba mi mejilla—, estás preciosa. Me encanta tu vestido, realza mucho tu figura. Qué cuerpo, qué belleza.

Agradecí su comentario con otro beso en su mejilla y un guiño:

—Tú sí que estás guapo —respondí—. Qué bien te sienta la corbata.

—Me la compró Eva. Tiene un gusto exquisito.

—¿Has vuelto a hablar con ella?

—Sí, lo tengo claro, Olivia.

—Me alegra saberlo. Pero quiero que lo pienses bien, ¿vale?

—Perdonad —interrumpió Héctor—. Bruno, ¿quién es Eva?

—Mi esposa.

—¿Tu esposa? ¿Estás casado?

Bruno asintió con una enorme sonrisa.

—No entiendo... —Héctor me miró—: Olivia, este hombre está casado.

—Lo sé —respondí.

—Y no te importa, por lo que veo.

—¿Por qué iba a importarla? —preguntó Bruno.

—Veo que a ti tampoco —tras decir esto, Héctor atravesó a Bruno con la mirada—. Olivia, dime una cosa. Después de lo que pasaste con tu expareja, ¿crees que este es el mejor modo de hacer las cosas?

—No te sigo.

—Que te has acostado con un hombre casado —Héctor me miraba con sorpresa, parecía no creer lo que estaba diciendo—. ¿Eso no significa nada para ti? Precisamente tú, que pasaste por lo mismo.

—No, no... Héctor, Bruno y yo no nos acostamos.

—Ah. ¿No os acostasteis? Pero vi que subisteis juntos a las habitaciones y yo pensé...

—¿Que me acosté con él? No pasó nada, Héctor, sólo hablamos.

—Olivia, ¿no se lo habías dicho? —Bruno me miraba algo enfadado—. ¿Por qué no se lo habías dicho?

Levanté los hombros a modo de respuesta.

—No sé, no surgió...

—Pero vamos a ver, ¿qué te dije yo? —Bruno me recordó a mi padre cuando me echaba una bronca—. Que hablaras con él, que dar celos a este pobre hombre es muy cruel porque está coladito por ti y que dejaras de comportarte como una niña.

—Ya, ya...

—Héctor —continuó Bruno, tajante—, puedes estar tranquilo. Entre Olivia y yo no pasó nada, así que por mi parte no hay impedimento alguno. Yo volveré esta noche a Madrid para estar con mi esposa. Lo que pase entre vosotros sólo dependerá de vosotros —y se volvió hacia mí—: Olivia, no seas infantil.

—Bruno, deja de echarme la bronca, ¿vale? No es tan sencillo.

—¿Cómo que no es tan sencillo? Es tan sencillo como intentarlo, arriesgarse y exponerse sin miedo. Este chico está enamorado de ti, ¿verdad, Héctor? Claro que sí, salta a la vista, si sólo hay que darse cuenta de cómo te mira... Y a ti también te gusta, Olivia, así que deja de fingir lo que no eres y actúa. Y ahora, venga, cada uno a su sitio, ahí llega el novio.

Bruno desapareció entre la marea de invitados que empezaban a ocupar sus asientos.

Héctor y yo nos quedamos en el mismo lugar, sin hablar ni mirarnos. Pasaron unos segundos antes de que él reaccionara y se atreviera a decir algo:

—Así que yo también te gusto.

—Eso ha dicho Bruno —contesté.

—Sí, eso ha dicho.

Volvió el silencio. Mi madre me llamó con un gesto desde las primeras filas.

—Deberíamos sentarnos —dije.

—Sí, deberíamos sentarnos.

Mientras se hacía el silencio y comenzaba a sonar la Marcha nupcial, yo traté de calmar el ritmo acelerado de mi pecho. Notaba la mirada de Héctor en mi nuca y el calor que desprendían sus ojos y, por un momento, deseé girarme y poder mirarlo a él de la misma manera, a través de esos mismos ojos.

## Sí, quiero

Mi corazón se tranquilizó cuando vi a Diana recorriendo el pasillo junto a mi padre. Estaba bellísima, radiante, y mostraba la alegría de una princesita de cuento enamorada de su príncipe azul, Ignacio, que ahora la miraba con la ternura más sincera que jamás había visto en los ojos de un hombre.

Por un momento me olvidé de todo. Y, naturalmente, comencé a llorar.

Las bodas, que por definición son asquerosamente tiernas, sacan lo mejor de nosotros, lo reblandecen con kilos de azúcar y purpurina y lo amasan delicadamente con cariño y amor. Por eso lloramos en las bodas. Siempre.

Si ver a mi hermana con su espectacular vestido (y un peinado realmente favorecedor) hizo que mi corazón se ablandara, verla caminando hacia el altar bajo la favorecedora luz del atardecer provocó que algo en mí se relajara por completo. ¿Qué iba a hacer si no llorar? Como una niña pequeña.

No paré de sollozar y de suspirar durante toda la ceremonia. Había aferrado sin darme cuenta el brazo de mi madre que, sentada junto a mí, mantenía esa rigidez facial tan propia de ella.

—Mi niña está bellísima —repitió en varias ocasiones.

Hasta ella se había enternecido, aunque su expresión no lo mostrara. Era una madre dura y exigente, pero cariñosa a su extraña manera. Mi escasa capacidad para demostrar sentimientos era herencia materna. Por el contrario, mi padre era todo corazón. Lo comprobé cuando, tras besar en la mejilla a su hija menor y dejarla bajo el atrio junto a Ignacio, se sentó a nuestro lado y discretamente secó unas lágrimas.

—Ay, mi niña —susurró para el cuello de su camisa.

—Ya, ya —lo tranquilizó mi madre.

Y llegó el momento en que los novios respondieron a la tan esperada pregunta:

—Sí, quiero.

Y, por supuesto, las lágrimas continuaron.

Fui la primera en felicitar a los novios y abrazar a mi hermana, pero tuve que ceder ante mis padres, los padres de Ignacio y una muchedumbre ansiosa por dar la enhorabuena a Diana e Ignacio. Me retiré y los observé durante unos minutos mientras recibían felicitaciones de todos los invitados. Héctor se acercó a Ignacio, estrechó su mano y le deseó buena suerte; luego besó a mi hermana y dijo algo que hizo sonreír a Diana. Entonces mi hermana me miró y me guiñó un ojo. Ni recién casada podía abandonar su rol de Celestina.

Héctor se dio cuenta, dio paso a otros invitados que pretendían acaparar a la novia y se acercó a mí.

—Ha sido una ceremonia muy bonita, ¿no te parece? —dijo cuando se situó a mi lado.

—Mucho —respondí.

—Enternecedora —añadió.

—Sí.

—Son una pareja estupenda, espero que sean muy felices.

—Yo también lo espero.

Desde un lateral seguíamos observando a la horda de invitados que rodeaban a los novios sin que hubiera contacto visual entre nosotros.

—Tal vez deberíamos hablar.

—Tal vez luego —interrumpí.

La *weeding planner* fue mi tabla de salvación en ese momento. Muy educadamente trataba de hacerse notar entre el gentío para que la siguiéramos hacia el lugar donde se celebraría la recepción y así la programación se cumpliera según lo previsto. Fui la primera en seguirla. Héctor, unos pasos por detrás, me seguía a mí y, poco a poco, el resto de los invitados nos imitaron. Los novios, supuse, pasarían un rato con el fotógrafo inmortalizando tan inolvidable momento.

Un cielo estrellado comenzaba a abrirse paso tras el resplandor del atardecer. Lentamente, millones de lámparas se iluminaban sobre nosotros y nos invitaban a comer, a beber y a disfrutar de la noche de celebración que comenzaba en ese momento.

Tras bajar una ligerísima pendiente nos encontramos ante un acogedor terreno, el lugar de la fiesta. A la izquierda, frente al hotel, una carpa sin paredes era la pista de baile que se abría al exterior, a un rectángulo de hierba circundado por mesas con el catering necesario para abastecer a todo el personal y un escenario frente a la carpa que ya ocupaba la banda de *jazz*. Mientras nos acercábamos, los músicos comenzaron a entonar una melodía de bienvenida. La primaveral noche y el cielo plagado de estrellas que ya lo cubría todo auguraba un clima benigno.

Yo, sin embargo, me regocijaba poco. Había caminado sin mirar atrás, sabiendo que Héctor aún seguiría ahí a la espera de que, tal vez, me detuviera y me dignara a hablar con él sobre eso de lo que teníamos que hablar. Pero no entraba dentro de mis planes cometer semejante imprudencia. Antes de llegar a la mesa de las bebidas ya había pedido al camarero que me sirviera una copa; para cuando llegué a su altura me la tenía lista, se la arranqué de la mano y me dirigí hacia la mesa de canapés. Saqué un extremo y continué mi huida sin destino con la boca llena y la esperanza de verme sola un ratito más.

Era absurdo, sí, era plenamente consciente de mi total estupidez. ¿Por qué huir de lo inevitable? Porque era algo que sabía hacer. Siempre había hecho eso cuando la situación lo requería y, mientras pudiera, me escondería de Héctor. Además, confiaba en su agudeza. Debía darse cuenta de que estaba evitándolo a toda costa y, por una simple cuestión de orgullo, en algún momento debía detener la persecución a la que me estaba sometiendo.

Sorteé invitados y, tras recibir varias felicitaciones por la buena suerte de mi hermana, me refugié en un rincón donde la luz del escenario y las farolas no llegaban con tanto brillo. Desde ahí podía ver casi sin ser vista.

Héctor había dejado de seguirme, pero me observaba desde una cierta distancia, serio, sabiendo probablemente lo que yo ya sabía: que no quería enfrentarme a esa conversación. Supuse que me estaría juzgando y no se lo reproché. Yo misma me recriminaba esa grave falta de valor.

Héctor fue abordado por un par de personas, comenzaron a hablar y pronto dejó de prestarme atención.

Agradecí ese momento de aislamiento y me pregunté qué leches estaba haciendo, escondiéndome como una niña asustada. Más allá de la estupidez de huir de lo inevitable, sabía que tenía un listado de preguntas incómodas que hacerme.

Sin darme cuenta, mientras observaba la fiesta que se celebraba frente a mí, había pasado casi una hora evitando responder a esas preguntas, indagando en mi incómodo pasado y echando miraditas de inquietud hacia el hombre que ahora parecía centrado en la conversación que mantenía con otros. Vi a Bruno, pero lo dejé bailando con una señora que parecía haberle cogido mucho cariño. No era de extrañar, la señora no era tonta.

Aparecieron los novios, fueron recibidos con aplausos y la fiesta se oficializó tras el primer baile de Diana e Ignacio. Mi hermanita estaba resplandeciente y feliz. Muy a mi pesar, sentí una breve punzada de envidia al desear tener de nuevo esa misma sensación. ¿Cómo era estar

enamorada? Se me antojaba tan lejano eso del amor que enseguida lo aparté de mi pensamiento y, armándome de valor, me atreví a deslizarme entre los invitados mientras la banda comenzaba a interpretar *Moonlight serenade*. Atravesé la verde pista de baile y mi buena fortuna, o la delicadeza de aquella canción, provocaron que mis pasos me condujeran a los brazos de Héctor que, surgido de la nada, me apresó traicioneramente.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunté yo. Trataba de parecer indignadísima y vencer de esa manera a mis nervios, pero no lo conseguí.

—Sacarte a bailar —respondió Héctor mostrando una tranquila y bonita sonrisa—. Si te lo llevo a pedir, no hubieras aceptado, ¿verdad? Así que te he tendido una trampa... No me mires así, es por tu bien. En primer lugar, si bailas conmigo tendrás una excusa para no hablar de lo que tenemos que hablar y, además —miró a su alrededor y continuó—, recuerda que somos pareja, al menos hasta mañana. Tu madre puede estar vigilando.

—Gracias —respondí—, a veces me olvido de que esa bruja está al acecho.

—No hables así de ella.

—No puedo evitarlo. Volviendo al tema principal, ¿te parece romántico obligar a una dama a bailar en contra de su voluntad?

—No estás haciendo nada que no quieras hacer. Admítelo, te está gustando.

—Tal vez.

—¿Tal vez? Si soy un excelente bailarín.

Con un movimiento inesperado, Héctor hizo que diera una vuelta sobre mí misma para, en un instante, volver a situarme frente a él. Ahora, su rostro estaba mucho más cerca del mío y casi podía sentir su aliento. Nos miramos sin apenas movernos durante unos segundos, hasta que él se alejó.

—A pesar de lo bonita que estás esta noche —dijo—, no intentaré besarte. Ya me has dejado claro que no tengo ese privilegio.

La melodía de Glenn Miller seguía hechizándonos y yo, absorta quizá por la cercanía de Héctor, me limité a mirar a sus ojos. Él mantenía esa bonita sonrisa y parecía feliz de disfrutar de ese momento.

—Sin embargo —continuó—, me gustaría saber algo. Antes de que Bruno apareciera quería preguntarte... Saber... Sé que te he dicho que no íbamos a hablar de eso, pero...

Héctor se interrumpió. Ahora parecía haber perdido esa frescura que hasta entonces había mantenido. Hizo un esfuerzo y trató de hablar de nuevo:

—Aunque me da miedo saber tu respuesta —dijo—, sólo quiero saber si existe alguna oportunidad, por pequeña que sea, de que te enamores de mí. Sé que te gusto y... —se interrumpió una vez más, sacudió su cabeza y mostró de nuevo su sonrisa, una más tierna—. Lo siento, olvida que he dicho esto, ¿de acuerdo? Me siento como un adolescente y estoy siendo ridículo.

—No digas eso —respondí—, no estás siendo ridículo.

—Me siento así.

—Héctor, necesito preguntarte algo —pensé durante unos segundos cómo debía plantear lo que quería decir—: tú y yo nos conocimos hace un tiempo, pasó algo entre nosotros y, bueno, yo desaparecí después... Y de repente, nos encontramos aquí y parece que para ti no ha pasado el tiempo, como si..., como si entonces te hubieras enamorado de mí y ahora siguieras...

—¿Te sorprende? Olivia, claro que sigo enamorado de ti.

—Pero, ¿cómo es posible?, ¿cómo puedes estar enamorado de mí?

—No es algo que haga por voluntad propia, no funciona de esa manera. Simplemente está ahí y yo no me niego a que suceda. Simplemente estoy enamorado.

—No digas eso.

—¿Por qué? ¿Te da miedo que un hombre te diga que te ama?

—No, pero no quiero saberlo.

—Pero tienes que saberlo, Olivia.

En ese momento la banda terminó de interpretar *Moonlight serenade* y el público aplaudió. Tras unos segundos comenzó a sonar otra melodía más alegre y festiva.

Rompí el abrazo que me unía a Héctor.

—Héctor, no.

No me salieron las palabras. Quería decirle que no permitiera que su ilusión prosperara, que no debía estar enamorado de mí, que debía huir y buscar a otra mujer que lo amara de forma honesta y valiente, que yo sólo le haría aún más daño. Pero no podía hablar, algo apretaba mi garganta hasta casi hacerme llorar. De nuevo traté de decir algo, pero sentí que aquella opresión bajaba hasta mi pecho y me cortaba la respiración.

Sacudí la cabeza mientras Héctor esperaba a que hablara.

—Tienes que saberlo, Olivia —dijo él al fin—: sí, estoy enamorado de ti desde que hablé contigo por primera vez. Puedo negarlo, decir que no, que sólo quiero acostarme contigo, pero sería mentira y, créeme, no cambiaría lo que siento. Te mentiría y me mentiría a mí mismo. Sé que tú puedes decirme que no, que me olvide de ti y que te deje en paz, pero debo ser honesto conmigo mismo y, como mínimo, intentarlo, a pesar de mi torpeza, intentar que te enamores un poco de mí.

Cuando Héctor guardó silencio, sentí que la opresión de mi pecho desaparecía lentamente y, de repente, como un fogonazo de luz que me cegara por completo, me vi ante un hombre que me confesaba su amor.

Inevitablemente, mis tacones me exigían acelerar y salir pitando de ahí, pero algo me detuvo. Algo que había en mi interior, en mi cabeza y en mi pecho, me decía que debía permanecer quieta, mirando a los ojos de aquel hombre que me sonreía como un adolescente enamorado.

—Sí que eres torpe —dije con una voz mucho más relajada—. La que has montado en el *brunch* para tirarme de las coletas no tiene perdón. ¿A quién se le ocurre?

—¿Tirarte de las coletas? ¿Qué...?

—No importa.

Devolví su sonrisa y sentí que algo nuevo nacía. Si ese algo era amor lo desconocía en ese momento, pero sí sabía que podía confiar.

Me incliné hacia Héctor, cogí las solapas de su chaqueta y tiré de él hacia mí.

Su beso me pareció algo nuevo, como si nunca hubiera besado esos labios y su textura fuera desconocida. Disfruté los segundos que duró aquello, la sensación que renacía y me aseguraba que podía confiar, dejar que las cosas sucedieran y, en definitiva, creer.

Héctor cogió mi cintura y la rodeó con sus brazos, noté su mano jugando en mi nuca, la otra en mi espalda obligando a que mi pecho se apretara contra el suyo mientras su lengua recorría mi boca. Lentamente, nuestros labios besaron cada vez más despacio hasta que se convirtieron en caricias, uno rozando al otro con tanta ternura que me estremeció en una sacudida.

Cuando el temblor se detuvo, Héctor me miraba de un modo que casi había olvidado.

—Veo que Bruno tenía razón —dijo en un susurro.

—¿En qué? —pregunté abrazada a su cuello.

—En que te gusto.

—Aún no me has ganado del todo —sonreí.

—Pero lo haré, Olivia, te prometo que lo haré.

## Saltar al abismo

Una vez leí que el amor no es encontrar a la persona perfecta, sino ver de manera perfecta a la persona que no lo es, esa con la que la vida ha decidido obsequiarte. O dicho de otro modo: creer, confiar en que es lo correcto y dejarse llevar por la oleada inevitable del destino.

Héctor era imperfecto, eso era evidente. El adolescente con el que me había sentado esa mañana en el *brunch* y bailaba como un universitario borracho en la fiesta de fin de curso tenía también el encanto de un niño y, de un modo que no lograba entender, ahora veía a ese niño con otros ojos. Mientras hablaba con él, mientras bailábamos y reíamos juntos, ese niño me mostró un lado perfecto que no imaginaba.

Incluso Bruno lo vio.

—Espero que le des una oportunidad —me dijo—. Os he estado observando y me he fijado en algo: ese hombre te adora, se le ve en el modo en que te trata, en la forma en que te mira, en cómo te busca... Eso no lo hace un hombre que sólo quiere acostarse contigo. Y lo admitas o no, tú disfrutas con todo esto.

Héctor mostró una enorme y agradecida sonrisa al camarero que ahora le entregaba dos copas. Como un equilibrista, atravesó la pista de baile esquivando a invitados con las bebidas en ambas manos y volvía a mi encuentro.

—Haz caso a tu corazón —añadió Bruno antes de que Héctor llegara— y sé buena contigo misma, te lo mereces.

—Bruno, ¿cómo estás? —Héctor me ofreció mi copa con su eterna sonrisa de regalo—. Me alegro de verte. Olivia me ha dicho que te marchas esta misma noche. ¿Alguna emergencia?

—Sí, del corazón —contestó mi empotrador frustrado—. Mi mujer y yo —añadió ante el rostro de duda de Héctor— vamos a empezar de cero, así que cuanto antes empecemos... Me da pena irme, pero sé que dejo a Olivia en buenas manos.

—Sólo hasta mañana, eso sí —a pesar de su tono desenfadado, noté algo de aflicción en la voz de Héctor.

—Olivia es una mujer inteligente —continuó Bruno. Y dirigiéndose a mí, añadió—: sé que mañana hará lo correcto, confío en su buen criterio. Bien, me marchó, disfrutad de la fiesta y de lo que queda de noche. Héctor, ha sido un placer, espero que todo vaya bien. Olivia, ven aquí —Bruno me atrapó en un cariñoso abrazo y me susurró—: cuídate y, por favor, atrévete, permítete ser feliz, sabes que es lo mejor para ti.

—Que sí, pesado —respondí separándome de él—. Oye, ¿estás seguro de lo que vas a hacer?

—Absolutamente —sus ojos brillaban de un modo muy especial—, nunca en mi vida he estado tan seguro de algo. ¿Entiendes lo que quieres decir?

Sí, lo entendía.

Tras despedirse de los novios, Bruno se marchó. Me sorprendí pensando que aquel hombre tan guapo, bueno y sensible no tenía miedo a lo que la vida podía hacerle. Había decidido saltar sin saber si allí abajo, al final del abismo, encontraría una red que lo salvara. Y, aun así, mantenía la ilusión.

—Qué hombre tan agradable —dijo Héctor—. Bueno, ahora que no tengo enemigos con los que batirme en duelo por ti, ¿puedo invitarte a bailar?

Entre sus brazos me dejé llevar mientras la banda interpretaba otra hermosa melodía. Diana, que me vio con Héctor desde la silla en la que descansaba de sus tacones, me sonrió de un modo que yo interpreté como “*por fin, hija, lo que te cuesta confiar en un buen chico*”, y mis padres,

que bailaban peligrosamente cerca de nosotros, nos echaron sendas miraditas de aprobación.

Al menos, pensé, mi estricta madre parecía aprobar mi comportamiento.

—¿Por qué estás tan tensa?

—No lo sé... Será que no me gusta bailar.

—¿Ni siquiera conmigo?

Sí, me gustaba bailar con Héctor, pero no podía evitar que mis brazos tuvieran la rigidez de dos barras de acero.

—Olivia, quiero que te quede claro lo que ya te he dicho: no espero que suceda ningún milagro, así que relájate. Hasta que me marche de aquí seguiré actuando como hasta ahora, como tu novio, sin más intenciones.

—Pero antes —me atreví a decir— has dicho que me ganarías, lo has prometido.

—Sí, he dicho eso. A veces me dejo llevar por el entusiasmo.

—¿Qué quieres decir?

—Que a veces dejo de pelear contra lo inevitable y digo tonterías.

Esas tonterías, eso que era inevitable, era lo que me asustaba, lo que imponía rigidez a mis extremidades y me empujaba a salir corriendo de allí, acabar con esa farsa y volver a la normalidad de una vida, la mía, que obligatoriamente me distanciaba de mis temores.

La banda terminó la canción y se hizo el silencio. De repente, alguien pidió que las mujeres que quisieran coger el ramo se acercaran hasta el lugar donde estaba la novia. Diana, tan bella y sonriente como antes, sostenía su delicado ramo entre las manos mientras un grupo formado casi enteramente por sus amigas se situaba frente a ella a la espera del gran momento.

—¿No te unes? —me preguntó Héctor.

—No —respondí dubitativa—, alguna de esas mujeres tiene más ganas que yo de coger el ramo y, además, no quiero salir herida.

Un par de minutos más tarde, y tras una lucha a muerte por la posesión del ramo de la novia, la afortunada lo elevó sobre su cabeza entre gritos de alegría y excitación celebrando su victoria.

—Héctor —dije, una vez que la manifestación de féminas se hubo disuelto—, todo esto me sabe muy mal... Quiero decir que no quiero hacerte daño. Más aún.

Héctor me cogió de una mano y tiró de mí. Lentamente me llevó hasta un lugar más tranquilo, lejos de mis padres y del resto de invitados.

—¿Quieres que sea asquerosamente sincero? —me preguntó mientras caminábamos.

Aunque no quería, asentí.

—Mañana —continuó con calma— me marcharé de aquí sin ti. Y no quiero, simplemente no quiero saber que mañana me iré y no volveré a verte. O, si vuelvo a verte, no quiero que sea como antes, como cuando nos conocimos. Si soy completamente sincero, lo siento pero tengo que decirte de nuevo que estoy enamorado de ti. Ya lo sabes, pero también debes saber que, aunque me duela, haré lo que sea necesario para que tú estés bien. De eso se trata el amor, ¿no?, de hacer por la otra persona lo que es realmente justo, por muy doloroso que sea —hizo una pausa mientras nos deteníamos y continuó hablando—: no tengas miedo, no me harás daño. O sí, ¿quién sabe? En todo caso, la ventaja que tengo es que soy consciente de que pasará lo que no quiero que pase, que mañana me despediré de ti para siempre, así que estaré preparado para ese momento. Sobreviviré, estaré bien.

Mi mente racional no quería hacerlo, pero mi otra mente, esa que no controlaba, esa que se relacionaba con mis emociones, todas tan contradictorias, me obligó a dar un paso al frente, acercarme más a él y mirar al interior de esos ojos que ahora se proyectaban sobre mí. Luché para no sucediera, para alejarme y dejarlo estar, pero algo me obligaba. Quizá la fe, la creencia de que



debía saltar al abismo y arriesgar mi vida en ello fue lo que me empujó a acercar mi boca a la suya y, sobrecogida por el temor, besarla.

No recuerdo cómo nos escabullimos de la fiesta y, entre besos y caricias, llegamos hasta mi habitación. Ante la puerta, dejé que Héctor me rozara con más intensidad, dejé que me hiciera sentir su inmenso deseo y su necesidad mientras mi sexo comenzaba a arder.

Abrí la puerta como pude, nos deslizamos dentro y, aún a oscuras, él metió una mano bajo mi falda. Un suspiro que sospechaba una sonrisa de satisfacción me dio a entender que ya había sentido la humedad que me provocaba. Asediadas por los nervios y la excitación, mis manos lograron librarse de su chaqueta, de su corbata y de los primeros botones de su camisa. Con todas mis fuerzas traté de desnudarle en el mínimo tiempo posible, tanta era mi codicia de su cuerpo. Héctor me ayudó. Su pecho descubierto me encendió aún más y lancé mi ira contra su cinturón, que me ocultaba aquello que tanto anhelaba. Mientras, él desabrochaba mi vestido y, en un rápido y enérgico movimiento, lo dejó caer y me empujó contra la pared más cercana. Vestida tan sólo con mi ropa interior me mostré vulnerable pero ansiosa, anhelante de él, de su deseo más brutal. Logré desembarazarme de su pantalón y me dejé arrastrar hacia la cama. Nuestros cuerpos brillaban iluminados por el fulgor de una luna que, mirándonos a través de la ventana, nos envidiaba y deseaba ser parte de ese momento.

Seguimos besándonos, explorando nuestras bocas y desplegando nuestras manos sobre el cuerpo de nuestro rival. Mi sujetador desapareció mientras sentía cómo su lengua bajaba ahora por mi cuello y hasta mi pecho. Sus manos apartaban mis bragas y unos dedos curiosos comenzaron a acariciar los pliegues empapados de mi sexo. Un gemido brutal inundó la habitación. Su lengua lamía la areola de mi pecho, sus dientes mordían con suavidad mi pezón y la electricidad sacudió todo mi cuerpo mientras una potente erección amenazaba mis muslos. Serpenteando, mis piernas se abrieron más, él empujó más aún con las suyas y enseguida noté cómo me penetraba. Un nuevo gemido me arrancó de la realidad en la que creía vivir en ese momento y, de repente, todo se vio rodeado por la luz. Los recuerdos de las noches que compartimos juntos se hicieron realidad de nuevo y, mientras su cuerpo zarandeaba al mío, mientras su boca devoraba la mía, mientras mis manos atrapaban su espalda con avaricia, deseé sentir eso cada segundo de vida que me quedara. Varias embestidas brutales arrancaron gemidos que delataron el placer que me inundaba, pero lo detuve. Le pedí que parara, que se tumbara y que se dejara hacer.

Héctor obedeció con una sonrisa. Situada sobre él, esta vez yo controlaría el ritmo. Muy calmadamente lo atrapé entre mis piernas mientras lo besaba con dulzura, a veces mordiendo levemente sus labios y acariciando su poderoso pecho. Me deslicé sobre él, mi boca recorriendo su vientre, su pubis, a un paso de mi mayor objetivo. Escuché un profundo suspiro cuando introduje su sexo en mi boca y, con una lentitud exasperante, mi lengua empezó a trazar círculos que empezaban en la parte superior y resbalaban hasta abajo, donde sentí la dureza que tanto me excitaba. Tras varios minutos en los que temí que se derramaría sobre mi rostro, agotado y excitado, volví a subir y, con un movimiento pausado, dolorosamente lento, hice que se introdujera de nuevo en mí. Suspiré y con un largo gemido me dejé llevar por mi pasión. Cabalgué sobre él mientras mis manos se apoyaban en su pecho y en su rostro, mientras nuestras lenguas se reencontraban y volvían a jugar. El ritmo de mis caderas aumentó, sus gemidos y mis gemidos aumentaron, se acompañaron a medida que me movía más y más rápido, con mayor intensidad,

hasta que un largo y profundo suspiro anunció el final. Aún nos besamos durante más tiempo, aún sobre él, sintiendo cómo sus brazos me rodeaban y me protegían de todo. No hablamos, no había necesidad de decir nada. Nuestros cuerpos empapados en sudor susurraban todo lo que debía contarse.

Horas más tarde, en plena madrugada, me desperté a su lado. A mi espalda, aún me abrazaba y dormía. Su rostro sosegado y su respiración calmada me tranquilizaron. De un modo que no supe explicar sentí una paz que no reconocía, aquella paz que sólo otra persona, esa persona, podía ofrecerme.

Me estremecí durante un segundo, me giré y enfrenté mi rostro al suyo. No podía dejar de mirarlo. La escasa luz que atravesaba la ventana lo iluminaba y me dejaba disfrutar del dibujo de sus facciones, de los ángulos de su mandíbula, de la curva deliciosa de sus labios y sus párpados cerrados.

¿Qué podía hacer ahora? Aquella pregunta se elevó sobre mí y dejó caer decenas de respuestas erróneas. Sólo una, la acertada, parecía suspendida sobre mi cabeza, quizá temerosa, quizá segura de que, de un manotazo, la apartaría de mí.

Desperté unas horas más tarde. Héctor aún dormía mientras la primera luz de la mañana comenzaba a acariciarnos. De nuevo, como hice antes, lo observé detenidamente hasta que abrió los ojos. Sonrió sin hablar y me besó. Correspondí a su beso sereno con la misma calma.

Aún seguía mirándolo sin ser consciente de la sonrisa radiante y feliz que se dibujaba en mi rostro porque había despertado junto a él.

## La decisión

Hicimos el amor en la ducha, nos comimos a besos mientras nos peleábamos tontamente con las toallas, nos devoramos con la mirada mientras nos vestíamos y nos despedimos como dos adolescentes antes de que Héctor volviera a su habitación.

Cuando me quedé sola y supe que mis palabras sólo serían escuchadas por los pajaritos que cantaban alegres al otro lado de la ventana, lo solté:

—¡Joder! ¡Me cago en...! Pero ¿cómo es posible? ¿Por qué me pasa esto a mí? ¡Joder, joder y joder!

Los pajaritos siguieron a lo suyo, yo solté otro par de blasfemias y la *dominatrix* del amor apareció como un fantasma, dijo hola y, guiñándome un ojo, se sentó frente a mí.

Nunca me había pasado eso, ver cómo Maribel se materializaba delante de mí. Tras descartar una alucinación producto del estrés de los últimos dos días, acepté la idea, simplona, todo hay que decirlo, de que ese era el momento ideal para que mi *alter ego* contribuyera al dramatismo de la escena.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó.

—¿Que qué me pasa? ¿Que qué...? Tú sabes muy bien qué me pasa. Por cierto, ¿puedes hacer eso? ¿Aparecerte como un fantasma?

—Por supuesto, soy un producto de tu mente confundida, recuérdalo. Tú has decidido que me aparezca de esta manera.

—Sí, claro, perdona.

—Bueno, cuéntame, ¿cuál es el problema?

—Sabes perfectamente cuál es el problema.

—Claro que lo sé, pero es más divertido si tú me lo cuentas.

—El problema es que no es justo que me ilusione y luego me hagas esto. Quiero que te vayas. Y no me hagas explicarte por qué.

—¿Quieres que me vaya? ¿A qué viene esto? Creía que éramos amigas, que ambas sabíamos qué hacer. Cada una tenía su papel en esta historia, ¿recuerdas?

Maribel me miraba con extrañeza. Ciertamente no estaba acostumbrada a que hablara así y que, además, exigiera de ese modo que se marchara para siempre.

—¿Es por ese chico? —continuó—, ¿el tal Héctor? Reconozco que es guapo y que en la cama es una fiera, pero no sé, no lo veo...

—No digas eso —respondí—. Yo sí lo veo, lo veo muy bien, lo veo perfectamente.

—Ah... ¿Estás segura?

Miré fijamente a mi *alter ego*.

—Sí, creo que sí... Sí —trataba de sonar convincente, pero Maribel no lo tenía claro.

Se levantó de su asiento y dio un par de paseos cortos ante mi sorprendida mirada.

—Cielo —dijo—, tú sabes por qué estoy aquí, ¿verdad? —ante mi silencio, continuó—. Tú me creaste, hiciste que saliera de mi escondite tras lo sucedido con Sergio y me usaste para que diera la cara por ti. Soy el verdugo que utilizas para librarte de todos esos hombres porque, en el fondo, tienes demasiado miedo a enfrentarte a ciertas emociones molestas... Tú ya me entiendes, ¿verdad? Por supuesto, si decides que me marche no me quedará otra alternativa que obedecer, pero deberías pensarlo un poco antes de que nos digamos adiós. Piensa en lo que quieres de verdad, toma una decisión, esa decisión que tú y yo sabemos, y sólo de ese modo podrás librarte de mí.

Continuó paseando por la habitación mientras me echaba un vistazo rápido de vez en cuando. Mostraba una sonrisa misteriosa.

La sorpresa de ver cómo un producto de mi mente se materializaba ante mis ojos se transformó en una perturbación emocional que duró unos cuantos segundos más. Después pensé en sus palabras. Y tras darme cuenta de algo, hablé:

—Quiero que te vayas —mi voz sonó firme y decidida, y Maribel me miró con extrañeza—. Quiero que te vayas —repetí—, esa es mi decisión, que no vuelvas nunca más a mi vida porque, ¿sabes una cosa? No te necesito.

—Yo no diría tanto —repuso Maribel—. Hasta ahora te he sido muy útil.

—Lo sé, pero ya no te necesito. Desde ahora mando yo.

La *dominatrix* del amor se detuvo en seco. Mi rostro, reflejado ante mí en una versión radical, salvaje y desenfrenada, me miró y cambió a un cariz más serio.

—¿Eso crees? ¿Que mandas tú? Pobrecita, no te das cuenta de que no estás preparada. Y crees que mandas tú...

—No me hagas esto —dije—, no es justo, lo sabes.

—Pero si yo no hago nada, cielo —respondió ella con esa sonrisa maliciosa que tenía.

—Sí, sí has hecho algo, desde que vi a Héctor por primera vez y ahora, cuando él se marcha, vuelves y me confundes. Sabes muy bien el poder que ejerces sobre mí.

—Entonces, si las dos sabemos el poder que ejerzo sobre ti, ¿por qué estoy aquí? Déjame responder a esa pregunta: porque tú quieres. Porque me necesitas. Porque soy lo que en realidad quieres ser. Porque en el fondo estás aterrada y te sostienes en mí para no volver a tropezar y caer. ¿Me equivoco?

La muy zorra tenía razón, aunque, naturalmente, no lo iba a admitir. Me armé de un repentino valor que desconocía poseer y hablé:

—¿Quieres irte ya?

La *dominatrix* del amor sostuvo mi mirada unos segundos más, sonrió de un modo enigmático y lentamente desapareció.

Por fin sola, fui consciente de lo mucho que mi humor había cambiado. De repente, la evidencia de mis dudas constantes se había materializado frente a mí, me había amenazado, la muy zorra, y me había dejado con el pecho abierto y el corazón corriendo con la lengua fuera.

Sabía por qué estaba ahí, por qué seguía estando ahí a pesar de la increíble noche que pasé junto a Héctor. Y mi humor, hasta entonces espléndido, se había ensombrecido porque, muy a mi pesar, la *dominatrix* del amor aún me tenía cogida del cuello.

La mañana era encantadora y asquerosamente primaveral. El sol brillaba en el cielo, las flores desprendían su maravilloso aroma y los pajaritos seguían cantando alegremente mientras yo me atiborraba a tostadas y café para ahuyentar a todo aquel que osara molestarme y, así, que la paz mundial no se viera amenazada por mi pésimo humor.

Quería estar sola, pensar en mis asuntos, empezar a tomar decisiones y, si era capaz, consolidar las que creía haber tomado actuando en consecuencia. Por eso tuve que morderme la lengua y, como mínimo, proceder con normalidad cuando Héctor apareció en la terraza y, sonriéndome desde lejos, me saludó y empezó a caminar hacia mi mesa. Estaba guapísimo y, por supuesto, mis ojos, escondidos bajo mis gafas de sol, lo veían de un modo muy distinto a como lo veía veinticuatro horas antes, cuando soporté sus tonterías durante el *brunch*.

—Buenos días —me deseó por segunda vez aquella mañana—. Qué hambre tengo.

Aunque su espontáneo y tierno beso me encantó, no respondí con otro beso. Mientras él se sentaba y pedía su desayuno, yo me dediqué a mojar mi tostada en el vaso de café que tenía delante.

—Vaya —continuó Héctor con una expresión de felicidad y plenitud reflejada en su rostro—, qué día tan estupendo. ¿No te dan ganas de hacer cosas? Pasear, bailar, reír mucho... Así deberían ser todas las mañanas de nuestra vida, ¿no crees?

De nuevo mantuve mi silencio. Me limité a asentir, pero luego pensé que debía añadir algo.

—Ajá —respondí.

Mi tono de voz, mi rostro constreñido y el modo en que evitaba hacer contacto visual con Héctor dejaban muy a las claras que mi humor desentonaba claramente con su humor y, en general, con esa mañana tan maravillosa.

—¿Estás bien? —preguntó mi amante—. Te noto algo..., malhumorada.

—No, no —respondí como si no fuera conmigo la cosa—, va todo bien.

—¿Sí? ¿Seguro?

—Ajá.

Arramblé con otra tostada mientras él seguía mirándome y, sin duda, preguntándose qué mosca me había picado.

—Olivia —empezó—, no creo que...

—Estoy bien—lo interrumpí tajante—, no insistas.

Compartimos mesa y desayuno los siguientes minutos sin pronunciar ni una sola palabra. De vez en cuando, Héctor me echaba alguna mirada que yo, por supuesto, ignoraba. Mientras él disfrutaba de su desayuno, yo engullí mi última tostada, pedí otro café cargadito y me fumé un cigarrillo.

Al otro lado de mis negras gafas de sol, un Héctor tan paciente como el mejor hombre del santoral intentaba entender lo que mi negro carácter no quería decir en voz alta.

—¿He hecho o digo algo que te molestará? —se atrevió a preguntar.

Con el cigarrillo junto a mi boca en una mano, el otro brazo cruzado sobre mi pecho y un lenguaje físico que podría traducirse como “*no me dirijas la palabra o te arranco la cabeza*”, lo atravesé con la mirada y respondí:

—No.

Cuando me lo proponía era un auténtico encanto.

—Bien, bien... Es que te noto... ¿Cortante, fría, lacónica?

—Qué cantidad de cosas notas, ¿no? Eres tan listo.

—Irónica, eso también. Olivia, no sé qué pasa, pero no creo que estés siendo justa conmigo. ¿Tiene que ver con lo que pasó anoche? Porque si es así...

—Anoche pasó lo que pasó y ya está, no hay que darle más vueltas, ¿entendido?

Héctor se reclinó sobre su asiento. En aquel momento, su cabeza estaría preguntándose qué había sido de aquella Olivia que, horas antes, lo abrazaba y besaba con tanta ternura y que se había mostrado tan cercana con él. Si me hubiera preguntado, le hubiera respondido que había ahogado a la tal Olivia en la bañera.

—Entonces, ¿lo de anoche no significó nada para ti? —preguntó tras unos segundos de silencio. Y el silencio volvió, aunque duró poco.

—¡Mi queridísima pareja! ¡Pero qué encantadores sois! ¿Habéis pasado una buena noche?

Sorprendentemente, el humor de mi madre era mejor que el mío. Mi padre, que seguía a su esposa como un pobre corderito inocente, me sonreía de ese modo en que sólo un padre

encantadísimo con su hija puede sonreír.

—Mi pichoncito y su novio —dijo—, qué bien poder desayunar con vosotros.

Aposentaron sus maduros culos ante la mesa, esa que un rato antes había querido convertir en mi fortaleza de la soledad, mientras mi padre me pellizcaba tiernamente la mejilla.

—Esperamos no molestar —continuó mi madre, que me guiñó un ojo—, pero sería muy feo no compartir mesa con vosotros. Qué dulces estabais anoche... Qué noche, ¿verdad, querido? Fue una boda preciosa, a pesar de esa *wedding planner* tan detestable... En fin, creo que todo fue perfecto, ¿no opináis lo mismo?

—Fue una celebración maravillosa —apuntó Héctor haciendo de yerno perfecto.

—Sin duda, sin duda. Y Diana... Preciosa, ¿verdad que estaba preciosa, Germán?

—Preciosísima —afirmó mi padre.

—Olivia, tú también estabas muy guapa. Ese vestido que llevabas, ¿era de Dior? ¿Givenchy, tal vez?

—No lo recuerdo.

—Oh, bueno, qué más da. Estabas divina, querida, divina. ¿Dónde está el camarero? Germán, llámalo, necesito urgentemente un té.

Incliné la cabeza hacia atrás, miré el cielo azul tras mis gafas de sol y, melancólica, suspiré. Quería desayunar tranquila, tomar el sol en silencio y pensar. Necesitaba aclarar mis pensamientos, reflexionar acerca de la preciosa noche que compartí junto a Héctor y de cómo una *dominatrix* del amor, *voyeur* y puñetera era capaz de nublar y casi bloquear mi capacidad de tomar decisiones sin ponerme a temblar como una niña.

Sin embargo, mi reparador momento de soledad se había convertido, en poco más de media hora, en un festival de verano con demasiado público.

—Querida —dijo mi madre—, te noto taciturna. ¿Has pasado una buena noche?

Mi madre me sonreía como rara vez sonreía ella: con complicidad.

—Sí, madre —respondí lacónica—, he pasado una buena noche.

—Maravilloso. ¿Y tú, Héctor?

Héctor me miró antes de responder:

—Ha sido la noche más bonita de mi vida.

—Oh, qué tiernos sois. Olivia, enhorabuena, cariño, has hecho la mejor elección posible. Qué encantador es este hombre, y cómo te mira... Adorables, ¿verdad, Germán?

—Ciertamente, querida. Héctor, cuida de mi niña o tendré que darte una buena paliza, ¿eh?

—Se lo prometo —respondió mi novio con, sin duda, absoluta sinceridad.

—Me cae bien este muchacho, María Dolores, mucho. Creo que va a hacer muy feliz a nuestra Olivia.

—Volveréis juntos a Madrid, ¿verdad? —dijo mi madre.

—Pues... —comenzó a decir Héctor, pero se interrumpió.

Tal vez fue mi mirada amenazante, que sospechó tras mis oscuras gafas, o el evidente mal humor que en ese momento derrochaba, pero lo cierto es que se pensó dos veces qué debía responder.

—Aún no lo hemos decidido —finalizó, muy sabiamente, me permito añadir.

—Bueno —dijo mi madre—, fue sorprendente que vinierais en coches separados, pero qué se yo... Germán, el camarero, mi té... En todo caso, Héctor, espero que nos acompañes en el almuerzo. Celebraremos un último encuentro con la familia más cercana, es decir, todos nosotros junto a Ignacio y sus padres, algo íntimo, ya sabéis, y, bueno, tú ya eres parte de la familia.

—Será un placer, Dolores. Estaré encantado de acompañarlos.

Nadie lo notó, pero en ese momento mis ojos se pusieron en blanco, un “*joder*” muy bajito se escapó de mi boca y un suspiro de abatimiento generalizado hizo que mi cuerpo y mi alma se rindieran por completo.

—Qué bien, cariño —respondí ante las miradas que ahora todos posaban sobre mi lánguido rostro.

Héctor cogió mi mano, la apretó con dulzura y, por un instante, percibí cierta súplica en la forma en que me tocaba.

Me tuve que tomar un par de segundos para mostrar una ligera sonrisa que evidenciara mi conformidad con todo lo que estaba sucediendo. Y aunque no estaba conforme, no tenía otra opción que aceptar lo inevitable.

Una hora más tarde, mis padres decidieron que tenían el estómago satisfecho y el humor aún más elevado. Encantados con Héctor, que se mostró absolutamente adorable, le recordaron en varias ocasiones que lo esperaban para el almuerzo y confiaban, señaló mi madre, que durante mucho tiempo tuviera la paciencia suficiente para aguantar mi difícil carácter.

Héctor fue el yerno perfecto. Hasta a mí me convenció su actuación, aunque me preguntaba dónde terminaba el actor y dónde comenzaba el hombre. Me alabó en distintas posturas, declaró su agradecimiento a la vida por haberse tropezado conmigo y, antes de que mis padres nos dejaran solos, esperó que aquello sólo fuera el principio de algo hermoso.

—Aunque todo puede cambiar en un momento —concluyó.

Cuando mis padres se marcharon, mi humor apenas había variado. Por supuesto, Héctor fue consciente de ello y no dudó en dejar clara su opinión:

—Olivia, no sé qué ha pasado desde esta mañana —dijo con algo de cansancio en la voz—, pero es evidente que algo ha pasado. Si no, no entiendo por qué te comportas de esta manera. Lo que sucedió anoche fue... Lo que sucedió anoche entre nosotros fue hermoso y perfecto. Y lo admitas o no, tú también piensas lo mismo. ¿Crees que no noté lo que sentiste? Porque sentiste mucho, Olivia, tanto como yo, incluso más... Pero no quieres verlo ni aceptar que lo que sucedió fue normal, ni quieres aceptar que tú puedes sentir algo así por un hombre. Y no lo entiendo. ¿Es que no crees que merezca la pena? ¿No crees que mereces algo bueno, algo como esto?

Hizo una pausa y, con un movimiento de cabeza, mostró su frustración.

—Lo que más me duele —continuó— es que te niegues esta posibilidad. Ahora mismo te estás convenciendo de que no puedes enamorarte de mí, que no debes enamorarte de mí porque... No lo entiendo, no sé por qué piensas eso. Crees que vas a hacerme daño, ¿verdad? Si es así, déjame decirte que yo también tengo poder para decidir lo que quiero o no. Si quiero olvidarme de ti, lo hago. Si quiero jugármela por ti, me la juego por ti y me enfrentaré al riesgo de que me rompas el corazón y sufrir, pero eso, insisto, lo decido yo. Respetaré tu decisión sea cual sea, Olivia. Si quieres que me marche ahora mismo y que no volvamos a vernos, dímelo y desapareceré para siempre. Yo tengo clara mi decisión: quiero jugármela por ti. ¿Qué vas a hacer tú?

No tenía ni idea de lo que iba a hacer. No quería tomar una decisión ni tampoco actuar, sólo salir corriendo de allí.

—¿Has terminado? —pregunté.

—Sí —respondió tras una pausa.

Me levanté y, sin decir nada más, me alejé de Héctor. Tenía una conversación pendiente con alguien.

—A ver, cacho perra, tú y yo tenemos que hablar, así que da la cara.

Me sentía como una idiota hablando sola, pero era el único modo de solucionar mis asuntos con esa parte de mí que se negaba a dar un paso adelante.

Caminaba de un lado a otro de mi habitación y, además de como una idiota, sentía en el pecho una opresión muy desagradable, producto de una extraña mezcla entre angustia y coraje mal disimulado.

—¿Ahora no vas a decir nada? Tanto tiempo molestando y ahora no te atreves a dar la cara. Cobarde, eso es lo que eres, una cobarde.

Tras perder una buena cantidad de segundos buscando con la mirada en cada rincón de la habitación, me desinflé. Toda la ira que había contenido desde que me desperté y me vi a solas en esa misma habitación se había mitigado hasta el punto de convertirse en una frustración muy mal llevada.

Me senté sobre la cama. Me sentía como una niña pequeña injustamente castigada.

—¿Sabes una cosa? —Miré a mi alrededor, pero seguía sola—. A veces pienso que tienes razón, que así es como debe ser todo, como debe ser mi vida, pero las dos sabemos que eso no es cierto. Pudiste tener razón hace meses. Lo que pasó con Sergio nos destrozó, nos cegó por completo y nos impidió caminar. Fue así hasta que me dejé llevar por ti. Cogí tu mano, hice lo que me pedías y permití que tú tomaras todas las decisiones. Pero hoy... Anoche fue distinto. Sabes que fue distinto, que él no es como los demás. Sabes muy bien que Héctor es especial. No lo entiendo, no sé por qué lo veo así, pero sé que es así. Es un buen chico, mejor que cualquier hombre que haya conocido en mi vida. Y ahora me obligas a dejarlo ir... No lo entiendo, no entiendo por qué tengo que permitir que se vaya y desaparezca de mi vida.

Comencé a llorar en silencio. Notaba mis lágrimas resbalando por mis mejillas y una tristeza absoluta en mi interior.

—No lo entiendo —repetí.

El llanto no me dejó continuar. De repente sentí una presencia junto a mí, pero sabía que seguía sola en esa habitación. La opresión en el pecho que sentía minutos antes comenzó a desaparecer y por fin respiré con normalidad.

Me obligué a dejar de llorar. Me sequé las lágrimas y me levanté de la cama.

—Vete —dije mientras miraba a través de la ventana. Abajo, sobre el césped y la terraza, varias personas paseaban y hablaban con total normalidad, ignorantes de lo que sucedía por encima de sus cabezas—. Por favor, vete.

La presencia seguía ahí, a mi espalda. Sabía que no se marcharía tan fácilmente, que tendría que obligarla a salir de allí, de mi habitación y de mi vida, y mantenerla lejos de mí para siempre. Sabía que era una guerra que me costaría luchar.

—No vas a marcharte, ¿verdad?

—No quieres que me vaya. ¿Ves la contradicción en la que caes? Quieres tomar una decisión tú solita, pero en el fondo no sabes cómo. Me necesitas. Y ese miedo que sientes, ese miedo que has sentido siempre... No quieres que desaparezca. Te sientes bien así, es lo que en realidad quieres.

—Eso no es cierto.

—¿Estás segura? Dime entonces, ¿has tomado ya una decisión?

No me atreví a responder. No sabía qué responder.

—Lloras y lloras como una niña pequeña, cuando lo único que yo hago es..., estar, seguir aquí.



No hago nada más, ni siquiera aparezco o actúo por voluntad propia. Dependo de ti. Me pides que me marche, que te deje tranquila y todas esas tonterías. ¿Y tú? ¿Qué haces tú?

La presencia estaba justo detrás de mí. Sentía su aliento en mi nuca, sus manos rozando mis hombros y un cuerpo que tocaba el mío.

—¿Qué haces tú, Olivia? —continuó—. ¿Qué haces para conseguir que me marche para siempre? Si no quieres que intervenga, haz algo, toma esa decisión, cariño, o lo haré yo.

Me giré para enfrentarme a ella, pero no había nadie. Estaba sola en la habitación.

—¡Vete de una vez! —grité enfadada—, vete y déjame en paz. Lo único que haces en mi vida es joderme, hacer que tenga miedo de todo y de todos. Eso no es justo, sabes que no debería ser así, que nada de lo que me ha pasado justifica esto. Así que vete —mi voz sonaba ahora mucho más firme, más segura—, márchate y déjame en paz. Ya no tengo miedo.

No hubo respuesta. Respiré profundamente varias veces, traté de calmar mi ánimo alterado y revisé con la mirada cada punto de la habitación. Ella no volvería a aparecer, ahora lo sabía, pero no tenía claro que de verdad se hubiera marchado definitivamente.

Fui al baño. Frente al espejo volví a sentir esa presencia que me empujaba y aplastaba mi cuerpo contra el suelo. Cerré los ojos y volví a inhalar aire. Cuando lo exhalé con toda la fuerza de mis pulmones supe muy bien qué decir:

—Esta es la última vez que te lo digo: márchate, no vuelvas a aparecer en mi vida. Desde este mismo momento mando yo.

—¿Es tu última palabra?

—Sí, fuera, vete. No quiero que aparezcas nunca más. Ahora tengo que tomar una decisión, y lo voy a hacer yo sola. Ya no tienes poder sobre mí. Ya no tengo miedo.

## Y la verdad me hizo libre

Muchos de los invitados se habían marchado a lo largo de la mañana. El salón que el día anterior había estado totalmente ocupado se encontraba ahora, en el mediodía del domingo, parcialmente vacío, lo que le daba un aspecto algo decadente y tristón, pero ideal para almorzar con tranquilidad en un ambiente más relajado.

Y eso era lo que yo necesitaba, relajarme, aunque sería prácticamente imposible con mi familia en las cercanías, porque a pesar de haber mandado al carajo a mi particular *dominatrix* del amor seguía sin haber decidido nada. Me sentía incapaz de tomar una miserable decisión que, quién sabía, podía conducirme a un cambio de vida radical.

¿Estaba preparada para eso? ¿Quería de verdad cambiar mi vida hasta el punto de despedirme de los ligues esporádicos y las noches con hombres cuyas vidas me interesaban poco o nada? Y todo eso, ¿para qué? ¿Para jugármela por un tipo que, aunque me había dado muestras más que suficientes de que realmente merecía la pena, podía fallarme en cualquier momento? Ni siquiera sabía si yo estaba a la altura de tal compromiso.

Me sentía terriblemente confundida, con pensamientos que volaban en el interior de mi cabeza de un lado a otro, de la ilusión más intensa al terror más visceral, cuando aparecí por el lugar, el gran salón, y avisté el nido de Mamá Gallina y compañía que, junto a los padres del novio, ya esperaban la aparición del resto.

No tuve valor para acercarme y enfrentarme a solas a esos cuatro. Esperé a que apareciera Diana y su flamante marido, que tras numerosos abrazos y besos se sentaron junto a los demás. De Héctor no había ni rastro. Sus últimas palabras aún restallaban en el aire. Ese “*quiero jugármela por ti*” se repetía en cada esquina como un eco vengativo que aturdía mi mente y me impedía pensar con claridad.

Una voz conocida me devolvió a aquel instante.

—Hola —escuché.

—Hola, Héctor —respondí con cierta cautela.

—Deberíamos sentarnos, están esperando por nosotros.

—Héctor, espera.

Pero Héctor ignoró mi petición. Incluso con ese feo gesto, no había sido un mal inicio de conversación después de mi espantada un rato antes. Sin recriminaciones, sólo una frialdad casi ofensiva que, sin embargo, entendía perfectamente.

—Cuando termine el almuerzo volveré a Madrid —me informó mientras nos dirigíamos a la mesa—. Sin dramatismos, ¿de acuerdo? No hay necesidad de complicar más las cosas.

Diana me recibió con otro de sus varoniles abrazos. Supuse que tras su amplia sonrisa se escondía una noche de bodas digna del mejor profesional, así que felicité mentalmente a mi nuevo cuñado por su admirable entrega.

El resto de la mesa nos saludó con amplias sonrisas y expresiones de felicidad. Mi madre seguía con esa actitud extrañamente alegre en ella, que parecía contagiar a los demás. Los padres de Ignacio charloteaban con mis padres mientras Héctor y yo ocupábamos nuestros asientos, uno junto al otro. Enseguida supe que esa frialdad con la que había sido recibida duraría aún más tiempo, hasta que aquella pesadilla, pues supuse que eso era aquello para él, terminara cuando volviera a Madrid en unas pocas horas.

—Si me permitís —dijo mi padre mientras levantaba su copa de vino—, antes de comenzar el almuerzo me gustaría proponer un brindis.

Se levantó de su silla mientras la mesa guardó silencio:

—Por los novios —continuó con voz orgullosa—, por habernos ofrecido una preciosa boda que, por cierto, hemos pagado los padres de las criaturas.

—Germán, por Dios —regañó mi madre.

—Encantadísimo de pagarla, por supuesto... Como decía, por los novios, por su felicidad y por la nuestra. Y a ver si pronto nos hacéis abuelos. Por Diana y por Ignacio.

Brindamos por la salud y la prosperidad del nuevo matrimonio. A pesar de su frialdad, noté que Héctor seguía actuando con la normalidad propia del nuevo yerno integrado en el seno de su familia política. Se lo agradecí profundamente. Aún no sabía qué ocurriría y eso me proporcionaría tiempo para pensar. Aunque tenía una ligera idea de lo que iba a hacer, no sabía muy bien de qué manera dirigir mis palabras y que estas fueran coherentes con mis intenciones.

—Ha sido una boda sencillamente perfecta, chicos —dijo la madre de Ignacio con su chillona voz—, felicidad a la *weeding planner* por su trabajo.

—Por supuesto que... —empezó Diana.

—Esa mujer no ha hecho nada —interrumpió mi madre—, excepto intentar sabotear mis ideas. Así que felicítadme a mí.

—Oh... Pues felicidades, querida.

—Gracias, muchas gracias. Ha sido horrible enderezar a esa mujer. Diana, espero que sea la última vez que la contrates para un evento.

—Prometido, mamá —respondió mi hermana—. Bueno, ¿entonces habéis disfrutado?

—Mucho, hija —respondió la madre de Ignacio—. La comida exquisita, las flores, los adornos, este maravilloso lugar... Todo ha sido espléndido.

—Y esa banda de *jazz* fue un acierto —añadió el padre de Ignacio—, nos hicieron bailar como jovencitos, ¿verdad, querida?

—Verdad, verdad.

—No estuvo mal —admitió mi madre—. En todo caso, la boda ha sido de un buen gusto delicioso y ha salido todo a la perfección. Hasta Olivia ha estado perfecta.

Ignoré el delicado dardo de mi madre. Sonreí con educación y, de nuevo, me mordí la lengua.

—Además, ha sido una auténtica sorpresa descubrir a Héctor —añadió mi padre—. Muy bien hecho, Olivia, has cazado a un buen hombre.

—Bueno, yo ayudé un poco —apuntó Diana.

—¿Tú? —pregunté—. ¿En qué?

—Algo hice, ¿no? Os presenté...

—Ah, sí, sí, claro, por supuesto.

—Héctor —dijo Ignacio—, ¿te has divertido este fin de semana?

—Sí, mucho —respondió mi novio—, han sido dos días muy agradables. Gracias de nuevo por invitarme.

—Lo curioso —continuó Ignacio— es que no sabía que tú y Olivia estabais saliendo... ¿Desde cuándo? Si anoche tú y yo hablábamos precisamente...

—Desde hace poco —le interrumpió Héctor con lentitud, pero muy ágilmente—. En realidad, ha sido todo muy rápido.

—Lo que yo decía —apuntó mi madre—, muy precipitado.

Creí conveniente intervenir en ese momento citando a mi hermana:

—El amor tiene sus propias respuestas, ¿verdad?

Mis palabras fueron acogidas con gestos torcidos que expresaban una lógica incomprensión.

—Quiero decir—intenté aclarar— que a veces las cosas pasan rápidamente, o cuando tienen

que pasar... Que no las provocamos nosotros y...

—Lo que Olivia quiere decir —acudió Héctor a mi rescate— es que, en ocasiones, el amor nos sorprende de forma inesperada y sólo tenemos la opción de aceptarlo como viene —y mirándome, concluyó—: luchar contra algo tan imparable como eso es como pelear contra el viento.

Me arranqué el dardo que esta vez había arrojado Héctor a mi yugular. Desde luego era un hombre muy sutil.

—Qué acertadas esas palabras, muchacho —dijo mi padre—, muy acertadas.

—Sea como fuere —intervino nuevamente mi madre—, es maravilloso que de esta boda haya nacido una nueva pareja. Diana, ¿cuándo presentaste a los tortolitos?

Advertí que en la pregunta que mi madre acababa de realizar había cierta malicia. Sospechaba algo, eso era evidente. Miré a Diana con ojos suplicantes y esperé a que ofreciera una respuesta lo suficientemente convincente.

—Bueno —comenzó mi hermana—, no recuerdo exactamente... ¿No fue aquel día...?

Cruzó su mirada con la mía, luego con la de mi madre y, una vez más, con la mía... Vi terror en su rostro, mientras en el de mi madre comenzó a dibujarse una expresión de desconfianza.

—Cuando estábamos... —Diana se detuvo nuevamente. Todos estábamos pendientes de su respuesta, así que empecé a rebuscar en mi imaginación alguna frase que evitara que mi hermana nos dejara expuestos a la mentira que yo solita me había inventado.

Pero mi imaginación estaba a otras cosas y, naturalmente, entré en pánico.

—Fue hace unas tres semanas—dijo Héctor con voz serena—. Ignacio y yo somos compañeros de trabajo, como sabéis, y en cierta ocasión, mientras los tres tomábamos algo después de salir de la oficina, Diana se ofreció a presentarme a Olivia. Pensó que haríamos buena pareja y me habló tan bien de ella que no lo dudé ni un instante. Así que organizó una cena para que nos conociéramos, una cita a ciegas. Fue en un restaurante del centro, cocina mediterránea, algo caro para mi gusto, pero con unos platos deliciosos. Sí, ha sido todo muy precipitado, pero tanto Olivia como yo consideramos conveniente lanzarnos sin pensar demasiado en lo que hacíamos. Hay oportunidades en la vida que surgen muy pocas veces, ¿no creéis?

Guapo, cuerpazo, un salvaje en la cama, inteligente y, además, buen actor. Héctor lo tenía todo. Su discurso había sido tan convincente que hasta yo me lo creí.

Pero al terminar de hablar, Héctor agachó la cabeza y se dedicó a comer en silencio del plato que el camarero había colocado ante él. Por supuesto, no se me escapaba la idea de que no disfrutaba con lo que estaba sucediendo.

Qué digo, si ni siquiera yo disfrutaba.

—¿De qué cena hablas? —preguntó Ignacio, que no parecía estar al tanto de mi pequeña invención—. No recuerdo...

—Sí, mi amor —interrumpió Diana enfatizando sus palabras—, la cena en la que Olivia y Héctor se conocieron.

Ignacio miró a su flamante esposa sin entender nada.

Tenía que hacer algo. Al observar a Héctor adiviné una tristeza profunda. Sus ojos parecían más apagados, su expresión más afligida, sus movimientos parecían más lentos. Entonces comprendí. Para él, aquel sacrificio realizado desde hacía dos días sólo era importante en tanto que estaba cerca de mí, por eso lo hizo. Al finalizar aquello, al dar por terminada la mentira que, estaba segura, se había creído, su vida volvería a ser como antes. Sin mí.

Pero, pensé, mi vida sería como antes sin él.

—No recuerdo ninguna cena con... —insistió Ignacio.

—Es mentira —interrumpí.

Mi voz rotunda apagó las voces que escuchaba a mi alrededor.

—¿Qué es mentira, pichoncito? —preguntó mi padre mientras atacaba su plato.

Héctor giró la cabeza lentamente. Su mirada me preguntaba qué estaba haciendo. También Diana me miraba con un rostro perplejo.

—Todo —respondí mientras mantenía su mirada.

—Olivia —suplicó Diana.

—¿Se puede saber qué ocurre? —la voz de mi madre sonó como surgida de una profunda cueva—. Olivia, ¿hay algo que debemos saber? Exactamente, ¿qué es mentira?

Miré a mi madre. Su rostro de desagrado no me asustó, curiosamente, sino que me insufló cierto valor que desconocía poseer.

—Todo, mamá —respondí.

—Explícate.

—Olivia, no es necesario... —me susurró Héctor.

—Sí lo es —carraspeé y aclaré mi voz ante la atenta mirada de todos—. Veréis, resulta que Héctor y yo no somos novios.

La atenta mirada de todos siguió sobre mí, a pesar de que no tenía pensado decir nada más. Sin embargo, me vi en la obligación de continuar cuando el silencio se mantuvo y supe que no recibiría ayuda de nadie, ni siquiera de Héctor, que seguía con la cabeza hundida en su plato.

—Me lo inventé —añadí.

—Olivia —gruñó exasperadamente mi madre—, eso se deduce perfectamente de tus palabras, en eso consiste una mentira, en inventar algo; no seas tan elemental, por favor. Explícate, ¿por qué nos has mentado? ¿Por qué has inventado que este maravilloso chico y tú sois novios? Y tú, Héctor, ¿no tienes nada que decir?

—Yo...

—Héctor no tiene culpa de nada, mamá, él sólo me ha ayudado porque yo se lo pedí. La única responsable de esto soy yo.

—Entonces —dijo mi padre—, ¿no sois novios? ¿Sois amigos, o eso que sois los jóvenes ahora?

—No estoy segura, papá.

Héctor levantó la mirada hacia el techo y guardó silencio.

—Lo cierto es que no sé muy bien qué decir —continué—. Héctor sólo es un buen chico que decidió ayudarme cuando me metí yo solita en este embrollo. Cuando lo presenté como mi novio... Él no tiene culpa de nada, sólo trataba de ayudarme.

—Y, sin embargo, Héctor ha participado en este absurdo teatrillo tuyo sin pensar en las consecuencias, ¿verdad? —mi madre parecía enfurecerse un poco más a cada instante—. Porque es absurdo, Olivia, que una mujer como tú, que se presupone madura, adulta y con cierto nivel de inteligencia se invente esa mentira para... ¿Para qué exactamente? ¿Qué pretendías conseguir? ¿Querías demostrar algo?

—Tranquila, María Dolores —apaciguó mi padre.

—Mamá, respira, que estás cambiando de color —sugirió Diana.

—¡Es que no lo entiendo! —gritó mi madre—. Me parece tan absurdo, tan insultante. Soy su madre, por Dios, no tiene ni una sola razón para mentirme. Se está riendo de nosotros y...

—Quería que me dejaras en paz —la interrumpí de un modo tan enérgico que hice temblar la cubertería. Y ante su rostro de estupefacción, sintiendo cómo las palabras surgían desde lo más profundo de mi alma, continué con el mismo áspero tono de voz—: necesitaba que me dejaras

tranquila de una puñetera vez, que por un momento, aunque fuese en la boda de tu hija, dejaras de meter tus narices en mi vida y me permitieras respirar. Porque has estado toda la vida controlándome, controlándonos a las dos con el único deseo de complacer tus propios intereses. Porque desde lo que ocurrió con Sergio no has dejado de recordarme ni un solo día desde entonces que soy una mujer insufrible, que nunca seré capaz de ser feliz porque nunca nadie tendrá el valor de amarme. Y, ¿sabes una cosa, mamá? Te quiero, te quiero muchísimo, pero te juro que a veces me dan ganas de darte un bofetón y hacerte callar. No imaginas el dolor que provocan tus palabras. Cada comentario que haces sólo consigue hacer un poco más de daño. Tal vez no te das cuenta, pero que me recuerdes día tras día mis fracasos, los éxitos que no he obtenido o la decepción que supone tenerme como hija es algo tremendamente doloroso. Por eso me inventé que tenía un novio. Sé que es una tontería, que no tiene sentido y que es inmaduro, pero con esa mentira sería capaz, al menos durante un fin de semana, de lograr que te sintieras un poco orgullosa de mí. Siento mucho que hayas descubierto esto, no era mi intención, pero ahora que lo sabéis todos tengo que decirte algo: eres una mujer mezquina y una madre tóxica y controladora. Te quiero, de verdad, te quiero mucho, pero no te soporto. Has hecho de mí una mujer con miedo, insegura, incapaz de entregarme de corazón a un buen hombre que me ame con honestidad. Hiciste que creciera con miedo, hiciste que tuviera miedo de mostrarme como soy, porque me hiciste creer que los demás me verían del mismo modo en que lo hacías tú: imperfecta, incapaz y débil. Así he pensado durante años, por eso me comporto con los hombres como lo hago, por eso fracasó mi relación con Sergio, por eso mentí y te presenté a Héctor como mi novio —hice una pausa para coger aire y analizar el rostro de mi madre: estaba pálida—. Pero ya no tengo miedo, mamá, nunca más volveré a tener ese miedo estúpido que hace que desprecie a hombres como Héctor —me detuve un instante y hablé con más calma—: sólo te pido que no le juzgues. Él no tiene la culpa de nada de lo que ha pasado. Yo soy la responsable de esto, él sólo me ayudó porque es un hombre bueno y decente. Porque me quiere —miré a Héctor antes de continuar—: y si él me perdona, me encantaría..., intentarlo contigo.

Se hizo el silencio durante un largo minuto. Mientras Ignacio y sus padres se escondían tras sus servilletas, vi que mi madre había hundido su cubierto en el plato y lentamente arrastraba la comida de un lado a otro, con la mirada perdida y unos movimientos pesados que la hacían parecer casi indefensa.

Héctor extendía sus brazos a los lados. Desconocía el alcance de mis palabras y temí haber sobrepasado alguna línea roja.

—Disculpadme —Héctor se levantó de su asiento—. Diana, Ignacio, gracias de nuevo por haberme invitado a vuestra boda, ha sido maravilloso. Enhorabuena, os deseo toda la felicidad del mundo. Y Dolores, por favor —mi madre levantó la mirada—, no seas tan exigente con tu hija. Es verdad que a veces se comporta como una niña, pero no tiene maldad y en el fondo es una mujer extraordinaria de la que debes sentirte muy orgullosa. Olivia —se giró hacia mí y habló lentamente—, gracias por estos dos días. Te aseguro que jamás he sido tan feliz, pero...

Se detuvo. Si quiso finalizar su frase, no encontró las palabras adecuadas. Yo sabía perfectamente qué quería decir, su mirada decía todo lo que necesitaba saber.

Con un adiós dibujado en sus ojos, don Culo Bonito se alejó en silencio y salió del gran salón.

## Sin miedo

Durante varios minutos, una nube oscura sobrevoló la mesa dejando caer su espesa lluvia. Mientras, un tenedor despistado llamaba sonoramente la atención sobre un plato rompiendo así la calma tensa que habían provocado mis palabras y, en último término, las de Héctor.

—Esta brandada de bacalao está deliciosa —escuché a Ignacio—, ¿no crees, mi amor?

—Haz el favor de callarte, mi amor —respondió Diana.

Reprimí el impulso de salir corriendo tras Héctor, pero en ese momento consideré que debía esperar a que mi madre respondiera por la osadía que acababa de cometer ante ella. Pero mi madre no habló. Seguía pendiente del recorrido que su comida trazaba en el plato, aún en silencio y con una expresión de desolación en el rostro que no recordaba haber visto desde hacía mucho tiempo.

—Mamá, no quería decir eso...

Con un leve movimiento de cabeza, mi padre me pidió que no siguiera hablando. Obedecí mientras esperaba a que sucediera algo.

—Hija... —empezó mi madre con una voz apagada—. Olivia, lo siento mucho, cielo, no tenía ni idea... Lo siento, no sabes cómo lo siento. Diana, perdóname, cariño, perdonadme las dos, os lo suplico, he estado tan ciega.

De repente sentí una profunda pena por ella. Jamás tuvo la sabiduría de una buena madre ni supo educar a sus hijas en los valores necesarios para convertirlas en mujeres independientes, valientes y fuertes, pero en realidad, y ahora estaba segura, nunca tuvo la intención de hacernos daño ni de provocar en mí el dolor que tantas veces me había causado.

—Mamá —respondí—, no tenemos nada que perdonarte. Te queremos mucho, sé que siempre hiciste todo lo que buenamente supiste hacer. No te odio, ¿vale?

—Yo tampoco, mamá —dijo mi hermana—, te queremos mucho.

Con un rostro ahora circundado por unas pocas lágrimas y una tierna sonrisa, mi madre agradeció con un gesto nuestras palabras.

—Ha sido una escena de lo más insólita —soltó alegremente la madre de Ignacio.

—Mucho, querida, mucho —respondió en el mismo tono su marido—. Pero ya sabes que en todas las familias cuecen habas, como se suele decir.

—Disculpados —dije—, esto no estaba previsto. En realidad, somos una familia muy normal.

—Por supuesto, querida —añadió la madre de Ignacio—, por supuesto, no os disculpéis, sois una familia de lo más entretenida —y acariciando la mano de mi madre—: no llores, querida, que ser madre no es fácil. Si yo te contara la de quebraderos de cabeza que me ha provocado el idiota de mi hijo...

Forcé una sonrisa y miré hacia la puerta por la que Héctor había culminado su huida. De nuevo sentí deseos de ir y buscarlo.

—Olivia.

Miré a mi madre, que ahora secaba sus lágrimas con un pañuelo y me sonreía tiernamente.

—Ese chico te gusta —dijo.

No fue una pregunta, sino una afirmación. Su mirada era suplicante y no supe qué contestar.

—Sí, claro que te gusta —continuó—. Y mucho, ¿verdad?

—Ya se lo he dicho yo, mamá —añadió Diana—, ese chico es perfecto para ella. Pero como es tonta, pues no se atreve.

—Diana, por favor, sé buena con tu hermana. Hija, si ese chico te gusta, ve a por él.

—No sé si debería —respondí—. Y ahora me da reparo, después de todo lo que he soltado.

—Olivia, escúchame —mi madre seguía con esa sonrisa tierna en el rostro y su voz transmitía calma—, lo que has dicho es cierto. Aunque me duela, es cierto, nunca he sido una buena madre. Pero permíteme que a partir de ahora sí lo sea, porque el papel de una buena madre es ayudar a sus hijas, guiarlas. Te prometo que me esforzaré por ser la madre que merecéis tú y tu hermana y por eso quiero que me hagas caso esta vez: ve a por ese chico, no lo dudes. Confía en mí.

—Es que no sé si él quiere lo mismo que yo.

—¿Y tú qué quieres, pichoncito? —preguntó mi padre—. Porque tú madre y yo sabemos muy bien lo que queremos para nuestras hijas: que seáis felices. Queremos que tú seas tan feliz con ese muchacho como lo es Diana con Ignacio. Y si ese chico puede darte la felicidad que mereces, adelante, ve a por él.

Mi madre me miraba esperando a que hiciera algo.

—Es que no sé si debo —dudé nuevamente.

—Hija —dijo mi madre—, ¿tú quieres a ese chico?

—Creo que sí.

—¿Sólo lo crees? Cariño, dime, ¿qué sientes cuando estás con él?

Inmediatamente, mi mente rememoró la noche anterior. Apenas unas horas antes disfruté con un hombre maravilloso de la noche más hermosa de mi vida. Hacía tanto tiempo que no me sentía tan feliz junto a alguien. Recordé el momento en que desperté y descubrí su rostro frente al mío, su sonrisa serena y mi sonrisa cuando, al abrir los ojos, me quedé absorta mirándole en silencio.

Era aquello lo que sentía con él, ahora lo sabía. Y era aquello lo que quería volver a sentir cada día de mi vida.

—Claro que lo sabes. Ve, Olivia —insistió mi madre—, no tengas miedo.

Tras vencer una última y resistente duda me levanté de la silla, rodeé la mesa y la abracé con fuerza.

—Te quiero, mamá —susurré en su oído.

—Y yo a ti, mi niña, y yo a ti. Ahora demuestra a ese hombre la maravillosa mujer que eres.

Salí corriendo en busca de Héctor impulsada por un valor desconocido y la certeza de saber qué decir.

Recorrí jardines, salones y pasillos de todo el hotel, pero no encontré a Héctor. Subí a su habitación, llamé enérgicamente a la puerta y nadie respondió. Parecía haberse esfumado y, con el temor de que fuese para siempre, llegué corriendo a la recepción con la lengua fuera.

Un hombre de sonrisa acogedora y modales afectados me saludó:

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—Hola—respondí apresuradamente—. Estoy buscando a una persona, Héctor, no sé cuál es su habitación.

—¿Héctor? Si fuese tan amable de ofrecerme más detalles...

—Héctor... No sé su apellido ni en qué habitación se aloja, es un invitado a la boda. Alto, guapo, morenazo de manual... Ah, y tiene un culo muy bonito.

—¿Un culo muy bonito?

—Sí, mucho... Aunque supongo que eso no aporta demasiada información, ¿verdad?

—En realidad... Permítame un segundo.

El recepcionista inclinó la cabeza sobre la pantalla de su ordenador y tecleó rápidamente.



—El señor ha entregado la llave hace unos minutos —respondió casi al instante—. Posiblemente lo encuentre en el aparcamiento, parecía dispuesto a marcharse en breves instantes. ¿Desea algo más la señorita?

—Nada más. Muchísimas gracias, me ha salvado la vida... Usted también se ha fijado en su culo, ¿eh, pillín?

Me respondió con una sonrisa culpable mientras yo atravesaba a toda prisa el vestíbulo del hotel y salía. Frente a mí se extendía un cuidado jardín y, a mi derecha, el aparcamiento.

Encontré a Héctor metiendo el equipaje en el interior de su coche. Cuando me vio llegar no dio saltos de felicidad ni corrió hacia mí para darme un beso de película, como yo esperaba, sino todo lo contrario. Me miró contrariado durante un par de segundos y siguió con su tarea.

—¿Te marchas ya? —pregunté con sagacidad.

—Sí.

—Tu coche es muy bonito.

—Sí lo es.

—Y caro.

—Bastante.

—Te vas sin decir adiós.

De un golpe seco cerró el maletero.

—No ha sido la despedida que yo quería, pero creo que sobraba en esa discusión familiar donde además me arriesgaba a ser humillado una vez más. Eso y que ya no me necesitas.

—Eso no es cierto —respondí con cierta sensación de culpa—. Sigo necesitándote.

—¿Para qué? Has contado la verdad acerca de nosotros, así que terminó tu teatrillo. ¿O me necesitas para alguna otra tontería que se te haya ocurrido?

Ignoré el sutil insulto que Héctor me regaló y agaché la cabeza.

—Quiero intentarlo contigo —dije.

Me miró, me revisó de pies a cabeza y mostró una sonrisa desafiante.

—Quieres intentarlo conmigo —respondió lentamente—. ¿A qué viene esto? ¿De repente has descubierto que estás enamorada de mí?

—No... Bueno, no lo sé. Pero sí sé que quiero enamorarme de ti.

—Olivia, enamorarse no es una elección.

Pasó a mi lado sin mirarme y entró en el coche.

—¿Por qué te comportas así conmigo? —grité.

Me sentía una estúpida por esforzarme de esa manera. Él no parecía dispuesto a escucharme y, de repente, me sentí humillada. Luché contra esa sensación y me convencí de que Héctor seguía tan dolido por mi comportamiento que el suyo estaba perfectamente justificado.

—Por favor —supliqué al cristal de la ventanilla—, vamos a hablar. Quiero disculparme contigo.

Héctor apoyó sus manos sobre el volante. Su mirada al frente me decía que, en su interior, pugnaba entre la necesidad de escucharme y la que le impelía a arrancar el coche y marcharse de allí.

Finalmente abrió la puerta y, con los brazos cruzados sobre el pecho, esperó a que yo comenzara a hablar.

—Por favor —dije—, escúchame, escucha lo que quiero decir y, cuando termine, si quieres irte no te lo impediré. Pero déjame decirte algo.

Guardé silencio unos segundos más y esperé con el corazón encogido. Como no respondió, empecé:

—Héctor, sé que me he portado como una cría, que me porté muy mal contigo cuando te conocí y que durante este fin de semana he sido lo más parecido a una adolescente con muy poco sentido común. Pero te prometo que no he sabido hacerlo mejor. Te puedo contar toda mi historia, hablarte de Sergio, de cómo he sido con todos esos hombres buenos que han intentado cuidarme y quererme y a los que yo he echado a patadas de mi vida sin pensar nada más que en mí, pero nada de eso haría que te sintieras mejor ni me restaría culpa. Sé que te he hecho mucho daño con mis desprecios, pero te prometo que lo que he dicho antes es lo que de verdad quiero: quiero intentar algo contigo y descubrir que estoy enamorada de ti. Porque ahora mismo eso es lo que más deseo.

Hice una pausa y busqué las palabras adecuadas.

—Ya no tengo miedo —continué con más calma—. Bueno, sí, como cualquier persona, supongo... Pero lo que tengo muy claro es que ya no quiero vivir con miedo, ni quiero que esa parte de mí que te despreció y te humilló vuelva a dominar mi vida y me obligue a comportarme de nuevo como lo he hecho hasta ahora. Porque ahora sé que quiero vivir algo bonito contigo, porque tú me haces mejor. No tengo ni idea de cómo va a ser nuestro futuro, pero te prometo que voy a luchar con todas mis fuerzas para que sea un buen futuro.

Sabía que aún tenía muchas palabras que decir, pero esperé a que él contestara. Me miraba tras una capa de prudencia en sus ojos.

—¿Sabes una cosa? —continué—. Mi cuerpo me pide salir corriendo, pero no voy a hacerle ningún caso. Quiero jugármela por ti, contigo.

Vi que aquella expresión prudente se acrecentaba por mis últimas palabras. Giró la cabeza y dejó de mirarme. Dio un par de pasos hacia un lado, levantó los ojos hacia el brillante cielo de la tarde y habló con lentitud, eligiendo cada palabra que pronunciaba:

—Estoy enamorado de ti, ya lo sabes —dijo—, pero no sé a lo que me enfrento y eso me asusta. Lo de anoche fue tan especial... Pero me levanto esta mañana y descubro que me he acostado con una mujer fría que, de nuevo, me desprecia como ya ha hecho antes. Y, por supuesto, me pregunto si algún día volverás a cambiar de opinión, si una mañana me despertaré y habrás desaparecido dejando otra nota en la almohada. Esas dudas me hacen mucho daño. No soy tan fuerte como crees, sólo soy un hombre que tiene tanto miedo como tú y siente cosas que no entiende, porque no entiendo lo que siento por ti. Eres caprichosa, infantil y egoísta, pero cada vez que te miro siento algo demasiado poderoso en mi interior y no tengo otra opción que aceptarlo. Pero tengo miedo a que todo esto acabará tan repentinamente como empezó. Simplemente, no sé si sería capaz de soportarlo.

Me acerqué a él en silencio y lo abracé. Él acogió mi abrazo con la misma prudencia que antes y sentí en mi espalda unas manos que ahora me parecían temerosas.

—Prometiste que me ganarías —dije apoyando mi cabeza en su pecho—, lo prometiste. No podemos luchar contra el viento, ¿a que no?

Me sentía frágil. En ese momento sabía que me caería al suelo si él separaba sus manos de mi espalda y me dejaba ir.

—Prometiste que me ganarías —repetí.

No recuerdo cuánto tiempo estuve abrazada a él. Sólo quería seguir así, sintiendo su calor y el latido de su corazón bajo un pecho que me acogía con delicadeza. Pasaron segundos o minutos, hasta que sus manos quisieron liberarse de mi cuerpo.

—Olivia, no...

Lo sentí inmediatamente, como un arpón clavado en mi garganta que me arrancaba la respiración.

—Lo siento.

Se separó de mí, alcanzó la puerta de su coche y la abrió. Entonces yo corrí hacia él y lo aparté para impedir que se marchara.

—¡No es justo! —grité—. ¡Sé que te quiero!

—¡No, no lo sabes! ¡No tienes ni idea de lo que quieres!

—¡Te quiero a ti, Héctor!

Atrapó mis brazos y acercó su rostro al mío. Quiso decir algo, pero sus palabras quedaron atrapadas en la garganta y su boca se torció en un gesto que dejaba entrever la frustración que provocaba aquello que no quería expresar.

Por eso no respondió. Soltó mis brazos, subió a su coche y yo quise dejar de llorar. Las lágrimas apenas me dejaron ver cómo Héctor se marchaba para siempre.

Permanecí unos minutos con la vista fija en la carretera. Pensé en mis últimas palabras, en esa declaración de amor envuelta en rabia y frustración y en lo que él no se atrevió a pronunciar. Intenté averiguar qué era aquello que no quiso decir, pero del abanico de posibilidades que ofrecía mi mente no hallé nada que pudiera consolar a mi espíritu derrotado. Porque así estaba yo en ese momento, derrotada, a punto de resquebrajarme como un delicado cristal.

Volví lentamente sobre mis pasos. Entré en el vestíbulo y, desde la recepción, el hombre de modales afectados me hizo un gesto llamando mi atención.

—Debe disculparme, señorita —dijo cuando me acerqué a él—, pero antes olvidé entregarle esta nota que el joven dejó para usted.

Me entregó un pequeño papel y leí:

*Sé que te prometí que te ganaría, sé lo que te dije acerca de luchar contra el viento. Pero tengo miedo y no puedo enfrentarme a esto sin ninguna garantía. Lo siento mucho.*

—¿Encontró al joven?

—Sí —respondí guardando la nota en mi bolsillo—. Gracias.

El hombre debió sospechar algo, porque se inclinó sobre el mostrador que nos separaba y dijo:

—¿Sabe una cosa, señorita? El amor es de esas cosas paradójicas que uno padece al menos una vez en la vida. En muchas ocasiones es doloroso y terriblemente injusto, pero en otras es lo contrario: perfecto, bello, trascendental. Es entonces cuando debemos luchar con todas nuestras fuerzas. ¿Ha luchado usted lo suficiente?

Dejó aquella pregunta en el aire y volvió a sus quehaceres con una enigmática sonrisa dibujada en el rostro.

Me alejé en silencio, buscando una respuesta que apareció enseguida: no, no había luchado lo suficiente. Tal vez aquello era lo que debía pasar, tal vez Héctor se marchó convencido de que, si en ese momento no había luchado por él, no lo haría nunca. Tal vez fue aquello lo que quiso decir pero no se atrevió.

Regresé al salón. Mi familia salía ya a uno de los jardines para, supuse, tomar un café tras el almuerzo.

—Pero, hija —exclamó mi madre al verme—, ¿y esos ojos? ¿Estás llorando?

Entre mi madre y mi hermana, que me casi me sostenían en el aire, fui arrastrada hasta la terraza. Me sentaron ante una mesa y alguien pidió una tila.

—¿Qué ha pasado, cielo? —preguntó Diana.

—Ese horrible Héctor —respondió mi madre—. Es evidente que un hombre así no te merece. Hacerte llorar a ti...

—Mamá —la interrumpí entre moqueos—, tampoco es eso... No es tan malo.

—A ver, cuéntanos —pidió mi hermana.

Resumí la conversación que habíamos mantenido Héctor y yo minutos antes y mostré la nota.

—¿Garantías? —dijo Diana—. ¿Qué garantías quiere? No eres una puñetera aspiradora, joder, tú no tienes garantía.

—Por favor, Diana, ahora mismo tu hermana no necesita esas cosas. Cariño —mi madre empezó a menear la tila que el camarero había dejado en ese momento frente a mí—, no debes venirte abajo. A veces las cosas suceden por un motivo muy especial. Míranos a tu padre y a mí. Germán, ¿cuántas veces te mandé a freír espárragos antes de casarnos?

—Varias —respondió mi padre—. Recuerdo, en cierta ocasión, que tu madre amenazó con dejarme por cierto artista cubano que...

—La cuestión —interrumpió mi madre— es que aquí estamos, después de no sé cuántos años juntos y muchas discusiones, y aún nos queremos. Ese chico quiere garantías y tiene miedo. Eso es normal, no podemos juzgarlo sin más. ¿Quién no tiene miedo en algún momento? Vamos a hacer una cosa. Te tomarás esta tila y, cuando estés más tranquila, le llamarás y le dirás que la única garantía que puedes ofrecerle es la misma que él puede ofrecerte a ti: la ilusión por iniciar algo bonito. Si después de eso sigue manteniendo su negativa, entonces Héctor no es para ti. Y sonrío, que estás más guapa —levantó la mirada sobre mi cabeza y observó algo que se acercaba—. O mejor aún —añadió con otra voz—: sonrío porque ha vuelto.

Todos los demás miraron en la misma dirección. Me giré y encontré a Héctor a unos pasos, serio, con un ligero temblor en sus labios y la mirada fija en mí.

—¿Podemos..., podemos hablar? —preguntó dubitativo.

—Hora de marcharnos —animó mi madre—, vamos, vamos, vamos.

Todos se alejaron mientras yo me levantaba y me acercaba a Héctor.

—Has vuelto —dije con una ilusión que no quería controlar.

—He vuelto por ti.

Héctor se acercó aún más y cogió mis manos, que temblaban tanto como las suyas.

—Olivia, lo siento, he sido un estúpido. Enseguida me he dado cuenta de que no podía marcharme, jamás me lo perdonaría. ¿Me perdonas tú?

Aún temblando, mi cuerpo tocó el suyo y abracé su cuello con ternura.

—No tengo nada que perdonarte —respondí—, pero sí quiero que ambos prometamos una cosa.

—Lo que sea.

—Que peleemos juntos contra el viento, pero sin miedo, porque sólo así tendremos la oportunidad de vencer.

## Fin

Cuando amamos no sabemos si es lo correcto, pero lo hacemos porque no podemos hacer otra cosa. Amar es un ejercicio de fe, de confianza, es saltar al vacío sin saber si al final del abismo nos encontraremos con la red que nos salvará.

Un buen hombre me dijo una vez que luchar contra el amor no tenía sentido, porque el amor es imparabile. Con ese mismo hombre aprendí que juntos podíamos vencer a pesar de todo, incluso si decidíamos luchar contra el viento.

La historia de Olivia y los hombres terminó aquel día, tras un beso de película que no fue el primero, pero sí el más importante de todos. Fue entonces cuando descubrí que sólo había un hombre en el mundo, él, mi Héctor.

Respecto a Bruno, aún mantuvimos una buena amistad y pude ser testigo de cómo, si eres valiente y te expones a la felicidad, la alcanzas. Él se expuso sin miedo y lo consiguió.

En cuanto a Maribel, mi particular *dominatrix* del amor, no volvió a aparecer de ninguna manera en mi vida. En ocasiones lo intentó, sí, pero supe cómo frenarla a tiempo. Desde entonces, desde aquel día en me hice cargo de mis propias decisiones, sigo teniendo el control. Como le dije en cierta ocasión: ahora mando yo, zorra.

Nuestras vidas, la de Héctor y la mía, continuaron su camino, pero esta vez juntas, de la mano. Y pasaron los días, las semanas y los meses y, como en los cuentos de dulces princesas y valientes caballeros, Héctor y yo fuimos felices y comimos perdices.

Pero esa, queridos lectores, es otra historia.

Gracias por la lectura.

Sígueme en redes sociales para más contenido y  
no dudes en dejarme un mensaje con tu opinión:

Instagram: @oscar\_r.campos  
Facebook: Oscar R. Campos - Escritor